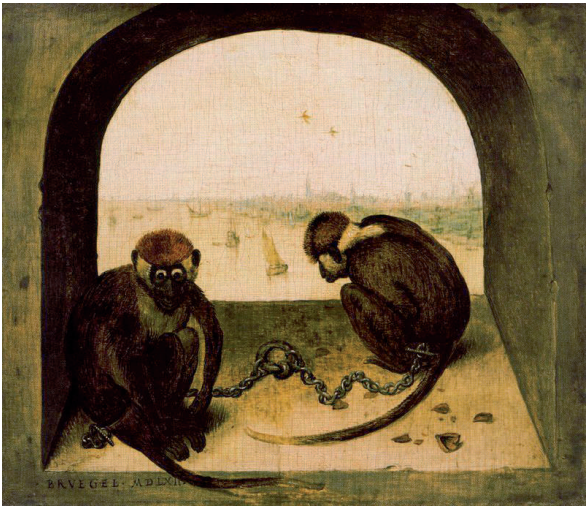
Julián González-Barrera

Nº 23

UN VIAJE DE IDA Y VUELTA:
AMÉRICA EN LAS COMEDIAS DEL PRIMER LOPE (1562-1598)



Prólogo de Giuseppe Bellini

CUADERNOS DE AMÉRICA SIN NOMBRE

Un viaje de ida y vuelta: América en las comedias del primer Lope (1562-1598)

Julián González-Barrera

Un viaje de ida y vuelta: América en las comedias del primer Lope (1562-1598)

Prólogo de Giuseppe Bellini

Cuadernos de *América sin nombre*

Cuadernos de *América sin nombre*
dirigidos por José Carlos Rovira
Nº 23

Comité Científico:
Carmen Alemany Bay
Miguel Ángel Auladell Pérez
Beatriz Aracil Varón
Eduardo Becerra Grande
Teodosio Fernández Rodríguez
José María Ferri Coll
Virginia Gil Amate
Aurelio González Pérez
Rosa Mª Grillo
Ramón Lloréns García
Francisco José López Alfonso
Remedios Mataix Azuar
Sonia Mattalia
Ramiro Muñoz Haedo
María Águeda Méndez
Pedro Mendiola Oñate
Francisco Javier Mora Contreras
Nelson Osorio Tejeda
Ángel Luis Prieto de Paula
José Rovira Collado
Enrique Rubio Cremades
Francisco Tovar Blanco
Eva Mª Valero Juan
Abel Villaverde Pérez

El trabajo está integrado en las actividades de la Unidad de Investigación de la Universidad de Alicante «Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericanos» y en el proyecto «Desarrollo y consolidación de las investigaciones sobre creación de un corpus textual de recuperaciones del mundo precolombino y colonial en la literatura hispanoamericana» (MEC/HUM 2005-04177/ FILO). «La formación de la tradición hispanoamericana: historiografía, documentos y recuperaciones textuales (MCI FFI2008-03271/FILO).

Los cuadernos de *América sin nombre* están asociados al Centro de Estudios Iberoamericanos Mario Benedetti.

Ilustración: *Los dos monos* de Pieter Brueghel el Viejo

© Julián González-Barrera

I.S.B.N.: 978-84-86809-39-3
Depósito Legal: MU-2322-2008

Fotocomposición e impresión: Compobell, S.L. Murcia

Índice

Presentación 11

Introducción 17

Un prisma teórico roto: el cisma entre vida y literatura 19
El primer Lope (1562-1598) 22
América y Lope de Vega 24
Objetivos 29

Lista de comedias leídas 33

Otras comedias consultadas 37

El viaje de ida: más allá de la línea del horizonte 39

El descubrimiento 39

Colón, héroe renacentista 42
Indias, tierra fabulosa 46
El Sol, hacedor del oro 49
Oro, plata y otros tesoros indianos 51
¿La nueva Atlántida? 52
Indias, sinónimo de riquezas 54
La geografía de un Nuevo Mundo 58
Al otro lado del Mar Tenebroso 59
Un lugar remoto 61
Las Indias portuguesas 66
El Caribe 68
México 72
Perú 76
Chile 77
Lope, poeta científico 85
Reyes, tribus y naciones 91
Araucanos 92
Caribes 93
Chichimecos 96
El toqui Caupolicán 98
El emperador Atabaliba 99
El indio 101
La imagen del otro 103
Paganismo 110
Dioses y demonios 115
Abrasados por el sol 119
La lengua del otro: americanismos 122
Armas, utensilios y herramientas 126
El indio también se divierte: fiestas, bodas y bailes 131
Mitos, invenciones y leyendas 134
Alimentos indígenas 136
Flora y fauna del Nuevo Mundo 140
Flora 140

Fauna 147
La espada y la cruz: hacia la conquista de América . . 151
El juicio de la conquista 152
La guerra contra el demonio 159
La lucha contra el indio 163
Los héroes 166

El viaje de vuelta: el largo camino a casa 171
Los peligros de la travesía 171
Piratas, corsarios y bucaneros 172
Naufragios 176
Concepto de indiano 180
Definición de indiano 181
Convivencia y confusión con otras palabras 184
El indiano, una nueva clase social 186
El poder del dinero 191
El caso de Las ferias de Madrid: *¿una pincelada autobiográfica?* 195
Animales exóticos en la metrópoli 197
El mono 198
El papagayo 200
Uñas, palos y piedras: otros tesoros del Nuevo Mundo 201
Medicina indígena 202
Joyas, esencias y perfumes 207
Otros artículos de lujo 212
América en España: la parte por el todo 213
La moderna retórica de los amantes 217
América en la calle: frases, apodos y expresiones populares 220
América en Lope 223

Bibliografía citada 225

Presentación

Varias son las fechas, en la historia del mundo, que han determinado cambios de gran relieve, pero ninguna ha tenido tanta relevancia como la que marca el descubrimiento de las tierras americanas. Todavía resuena como la de un evento excepcional y misterioso la nota que Cristóbal Colón consigna en su *Diario*, con lenguaje secillo, que sin embargo se ha cargado de tanto significado, "A las dos horas después de medianoche paresció la tierra", expresión que vale toda una literatura.

El evento fue tan importante desde el comienzo, que bien podía Gómara, en la dedicatoria de su *Hispania Victrix* al emperador Carlos V, afirmar, tomadas todas las precauciones posibles, que el descubrimiento era "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió".

Justamente evoca la expresión consignada en el *Diario* colombino Julián González-Barrera al comienzo de su libro, dedicado a estudiar la presencia del mundo americano en las comedias del primer Lope, autor que tanto influyó en el naciente teatro de la Nueva España y del Perú.

Un gran artista como Lope no podía quedar insensible frente a las infinitas noticias que llegaban a España desde el comienzo del descubrimiento y en las décadas sucesivas, durante las cuales el Nuevo Mundo iba afirmándose como tal, pronto inundando, con sus peculiaridades, riquezas, productos, animales, no solamente España sino toda Europa, el mundo que por entonces contaba y que durante siglos seguiría contando.

Por eso el examen que el autor de este libro dedica a la inmensa primera producción del gran dramaturgo español –tarea de veras notable–, pone de relieve cómo y cuánto América entra en la sensibilidad del gran creador escénico y al mismo tiempo atestigua la atención con la que el público que asistía a esas representaciones participaba de la novedad americana, de su singularidad, de su halo entre real y fantástico.

Con razón afirma González-Barrera que no hay que entrar demasiado en el aspecto autobiográfico cuando estamos frente a una obra artística, pero no cabe duda de que, a pesar de todo, en ella se reflejan, dominadas por la invención, las reacciones del individuo creador frente a lo de que está tratando.

¿Tendría al menos simpatía, o, mejor, entusiasmo, Lope por América y lo americano? No es posible decirlo con seguridad, pero el mismo autor de este estudio, con todos los reparos justificados, pone de relieve que el gran dramaturgo no debía de tener entusiasmo con relación a la conquista. ¿Sería partidario de las ideas del padre Las Casas? Tampoco lo podemos decir con seguridad, aunque ciertamente Lope no ensalza nunca la penetración armada de sus compatriotas en América, mientras celebra, a partir de la comedia dedicada a Cristóbal Colón, el descubrimiento como un hecho excepcional.

El mundo americano parece que representó para Lope, más que todo, una entidad curiosa, de la que participó en sus comedias con abundancia, siguiendo, es más que cierto, el interés y los gustos de su público. Por otra parte, su orgullo de español no debía de ver negativamente, a pesar de todo, la expansión de su nación, ya tan poderosa en Europa, más allá del Atlántico.

Julián González-Barrera divide atinadamente su estudio dedicado a Lope y América en dos sectores: el primero, después de una fundamental introducción a la obra, va dedicado al "viaje de ida", o sea, a la curiosidad con que el dramaturgo se interesa por la realidad americana: mitos de los origenes, riquezas fabulosas, geografía, reyes, tribus y naciones, figura del indio, alimentos, flora y fauna, conflicto entre la espada y la cruz, exaltación de los héroes, etc.

Es éste el sector principal del libro, el más extenso, estudiado con una documentación que me atrevo a decir pasmosa, a la que nada se le escapa, para dar una idea convincente de la vivísima curiosidad americana de Lope, de cuyo producto llenaba sus obras dramáticas, seguro de recibir la atención del público, el aplauso no solamente por el argumento de sus comedias, sino por su absoluta novedad, en la que implicaba una realidad que tantos espectadores sentían propia, en cuanto a América se habían ido parte de sus parientes o vecinos y ellos mismos hubieran acaso deseado ir.

El segundo sector del libro de González-Barrera ilustra, con la misma abundancia de documentación, el "viaje de vuelta", el "largo camino a casa". Otro "retorno de los galeones", como lo había definido en su tiempo, con relación a la cultura, Max Henríquez Ureña.

En el estudio de nuestro autor vivimos todo un mundo que desde América se dirige hacia España, afrontando una travesía difícil, extraordinariamente peligrosa, debido a los

ataques de corsarios y bucaneros, insidiada también por la ira del mar, con los consiguientes naufragios, argumento ya bien presente, este último, en las relaciones portuguesas y en las crónicas de Indias.

El sector aludido representa con eficacia el peligro de la aventura americana, sea en la ida, sea en la vuelta a España, donde, una vez llegado, el "indiano", rico o pobre que fuese, iba a constituir en poco tiempo una nueva clase social, despreciada o bien aceptada por su riqueza.

Que Lope participara de la condena moral del dinero, o a lo menos de su ostentación, parece evidente. El indiano rico era, en sustancia, un "parvenue" presumido, un personaje a veces curioso y pintoresco, del que las mujeres se mofaban o bien lo adoraban, no por su atractivo físico, sino por su ostentada riqueza. Lope había tenido a este propósito una amarga experiencia sentimental, a la que Julián González-Barrera no deja de aludir, acaso único rasgo biográfico transparente, puesto que a su denuncia el dramaturgo no se resiste.

Del mundo americano que "regresa" a España no es solamente el indiano lo que interesa al autor de este estudio, sino que él va ilustrando la lista de animales y productos que de allende el océano llegan a la Península: el mono y el papagayo, el auge de la medicina indígena, la moda de joyas y perfumes exoticos, los artículos de lujo, etc. Una suerte de invasión que determina la moda de las clases pudientes, y la imitación en las clases pobres.

Un sector de gran relieve concluye el libro, y va dedicado a "América en España: la parte por el todo". El estudioso sevillano ilustra en estas páginas un fenómeno de gran interés: el cambio determinado por la nueva realidad americana en la retórica del amor, que pone fin al petrarquismo hasta entonces imperante. Y además se detiene en el impacto de la

expresión americana en el habla del pueblo: frases, apodos y expresiones populares. Un conjunto que merece atención, susceptible de ulteriores investigaciones.

Una experiencia fundamental para España y su cultura, el viaje de ida y vuelta americano y para el gran Lope una vasta ocasión para ejercitar su arte y, no es de excluir del todo –tampoco lo excluye, al fin y al cabo, con cautela, Julián González-Barrera–, para revelarse a sí mismo.

La lectura del estudio que tengo el honor de presentar, no solamente ha llamado mi atención y entusiasmo por el tema y las preciosas noticias que a nosotros los interesados en las relaciones culturales entre Viejo y Nuevo Mundo nos ofrece. La documentación textual y crítica es escrupolosa, siempre oportuna, y da vida a un discurso cultural que en cada momento es de relevante interés, documentando una adhesión meditada al tema asumido, la seriedad de una investigación que no está destinada a quedarse en el presente libro, por valioso que es. En su libro Julián González-Barrera confirma una vez más como la cultura sea una misma a los dos lados del Atlántico e íntimamente se interrelacionen España y América.

Giuseppe Bellini
Universidad de Milán

Introducción

Desde la década de los setenta, ha venido dominando una visión de Lope de Vega que, inspirada por la obra de Maravall, nos ha legado el retrato inmérito de un hombre al servicio de los grandes poderes del Estado, cuyo teatro, no sólo evitaba cualquier diatriba con la Santa Inquisición, sino que también soslayaba cualquier enfrentamiento con el orden monárquico-señorial. Adalid de la «primera cultura de masas», en palabras del propio Maravall, su Comedia Nueva se mostraría como un eficaz instrumento de propaganda para atraer al público hacia un concepto de sociedad –y sus valores morales asociados–, que languidecía a ojos vista:

> Los españoles emplearon el teatro para, sirviéndose de instrumento popularmente tan eficaz, contribuir a socializar un sistema de convenciones, sobre las cuales en ese momento se estimó había de verse apoyado el orden social concreto vigente en el país, orden que había que conservar, en cualquier caso, sin plantear la cuestión de un posible contenido ético[1].

1 Maravall, 1990: 20.

Sin embargo, el panorama de la crítica actual ha cambiado mucho desde entonces. El modelo de Maravall y otros está definitivamente agotado. A lo largo de los últimos años, aquella percepción parcial, indebida y sesgada del teatro barroco ha sido puesta en entredicho, ya que está más que probada la existencia de una denuncia más o menos encubierta de los graves problemas, errores y delitos que fustigaban a la sociedad española de finales de siglo. Y en más de una comedia.

No haría falta abandonar las fechas del primer Lope para descubrir la sátira o incluso la invectiva en las materias más sensibles. El poeta madrileño llevó a las tablas el trasunto de cualquier problemática, por incómoda que fuera, y no siempre pareció escoger el final deseado por un orden monárquico-señorial. Bastaría recordar cuando castigó los crímenes del príncipe en escena –*El marqués de Mantua*– o destapó las miserias de la vida en la milicia –*El galán Castrucho*–. En el texto dramático lopesco es frecuente hallar un mensaje o significado oculto, una lectura ulterior que a veces pasa desapercibida. Y, por supuesto, la conquista de América fue un debate vivo del que también quiso dar su opinión:

> Pero ese texto [comedias], legible a plena luz, lleva *otro texto*, que en ocasiones funciona como un contratexto del texto global llamado conquista de América, y en ocasiones como una especie de intratexto en donde aparece algo mucho más profundo y más radical[2].

Entre la crónica de Indias y el teatro barroco, es decir, entre la historia y la ficción, encontramos la voluntad del poeta convertida en una acción dramática libre, dirigida e

2 Ruiz Ramón, 1989: 239.

intencionada, que llamaríamos 'dramaturgia'[3]. No sólo entra en la polémica *lascasiana*, sino que se erige en juez del debate porque, por una parte, celebra la magna empresa americana y, por otra, exorciza los demonios asociados a ella. Hay que tener en cuenta que el escritor renacentista se podía aproximar a un tema desde diferentes posturas, incluso dentro del mismo texto. Lejos quedaba todavía la subjetividad romántica, donde autor y voz narrativa se convertían en una unidad indisoluble. En el Quinientos, el poeta veía, sentía y pensaba, conciencia que fue herida de muerte por el racionalismo francés, donde el individuo se movía por la divisa: «*cogito, ergo sum*».

Un prisma teórico roto: el cisma entre vida y literatura

El análisis positivista de la crítica del siglo XIX y de buena parte del siglo XX acabó derrumbándose bajo la negación de su postulado principal: la literatura es el reflejo de la vida, es decir, la relación entre las vivencias personales y la obra de arte sería una simple correspondencia de causa y efecto. Esto se ha demostrado como falso. Un trabajo artístico no es un documento biográfico. Como afirmó Wellek, existe un 'hiato ontológico' entre la obra y la psicología del autor; entre la vida y la sociedad, por un lado, y el objeto estético, por el otro[4]. Incluso cuando una obra contiene elementos que pueden considerarse como autobiográficos con total seguridad, quedarán dispuestos, descritos y transformados de la forma que más conviene al autor. No se pretende negar la utilidad del estudio biográfico, por supuesto, pero hay que advertir que los eslabones, paralelismos y semejanzas entre la vida

3 Ruiz Ramón, 1993: 28.
4 Wellek, 1963: 293.

real y la literaria son sólo un espejo deformante que tiene que ser objeto de un examen escrupuloso antes de sacar ninguna conclusión: «La obra del poeta puede ser una máscara, una convencionalización dramatizada, pero a menudo lo es de sus propias vivencias, de su propia vida»[5].

Los críticos positivistas –o 'románticos'– entendían que la literatura dibuja episodios de la vida del autor. En el caso de Lope de Vega, eminentes filólogos como Castro o La Barrera leyeron la ficción del poeta madrileño como si fuese una autobiografía en verso o prosa. Incluso se llegaron a extremos difícilmente defendibles hoy en día como el esbozo de un cuadro clínico a partir de sus textos[6]. Toda esta búsqueda de datos vitales ha contribuido a crear una imagen negativa de Lope, que se ha venido percibiendo como un ingenio simple, inclinado por naturaleza a confesar sus secretos más íntimos y no como un autor complejo, meticuloso y preocupado por las teorías literarias de su tiempo.

Como consecuencia de estos excesos, la crítica de inspiración romántica fue rebatida en un primer momento por la estilística, el *New Criticism* después y las diferentes escuelas estructuralistas, más recientemente. En nuestros días, con el modelo positivista definitivamente deshecho, predominan las corrientes post-estructuralistas, donde se han explicado las huellas biográficas como una auto-presentación del autor, que rara vez coincide con la realidad. Esta auto-presentación del escritor se fundamentaría en dos aspectos íntimamente relacionados: la construcción del 'yo' sujeto y el uso de sus 'máscaras'.

No obstante, no estamos ante nada nuevo. El concepto de máscara ya fue desarrollado por Ezra Pound, T. S. Eliot

5 Wellek y Warren, 1974: 95.
6 Rico-Avelló, 1973.

y más tarde por el *New Criticism*. Ezra Pound escribió una vez que el arte es una ciencia como la física o la química: «Las artes nos proporcionan un gran porcentaje de los datos, constantes e inatacables, referentes a la naturaleza del hombre, del hombre inmaterial, del hombre considerado como criatura que piensa y que siente»[7]. Era la conciencia renacentista donde el poeta veía, sentía y pensaba al mismo tiempo.

En esta línea, T. S. Eliot llegó a lanzar su 'teoría impersonal de la poesía' donde proclama que la poesía no es la expresión de la personalidad «sino un escapar de la personalidad»[8]. El autor, lejos de confesarse y desnudar su intimidad, escapa a la obsesión de sus emociones. Para el crítico, poeta y dramaturgo de Saint Louis, «cuando más perfecto sea el artista, más completamente están separados en él el hombre que sufre y el espíritu que crea, y el espíritu digiere y transmuta más perfectas las pasiones que constituyen su material»[9]. En la práctica, significa que la personalidad que se refleja en una obra no es la personalidad empírica y anecdótica sino el modelo de individualidad que surge del mismo texto, es decir, una máscara que vive en el poema y no en el poeta.

El post-estructuralismo entiende que esta concepción de un sujeto no unificado resulta especialmente apropiada para describir el estado de la cuestión en el Siglo de Oro. Para Thomas Greene, a comienzos de la Edad Moderna, la subjetividad del individuo puede ser alterada a voluntad, como defendían los humanistas del Renacimiento[10]. Así, llegamos

7 Pound, 1968: 42.
8 Wellek, 1988: 299.
9 Aguiar e Silva, 1972: 418.
10 Greene, 1968: 244.

al famoso 'self-fashioning' acuñado por Stephen Greenblatt[11] y que más tarde Carreño traduciría por *auto-figuración*. Éste último detecta el proceso en Lope por «ese hablar continuamente de sí mismo (autobiografía), y en sus numerosos seudónimos»[12]. Estudiosos como Aurora Egido o Harm den Boer coinciden en afirmar que existe una intención poco disimulada por parte del poeta madrileño de labrarse su propia fama, según las condiciones culturales, personales y de público en cada momento[13]. Dicho de otro modo, la crítica ha observado que Lope utiliza un 'yo' narrativo diferente para configurar diversas identidades, adaptándolas a su contexto[14].

El primer Lope (1562-1598)

El teatro del primer Lope, que es el objeto de estudio aquí, está inscrito en una etapa crucial para entender un poco mejor a un escritor que pasó toda su existencia escondiéndose bajo trágicas máscaras de cartón y brillantes disfraces poéticos. Un período literario que abarcaría desde sus comienzos como poeta dramático en la década de los ochenta hasta el cierre definitivo de los corrales a finales de siglo (1598)[15]. No hay ninguna comedia fechada en 1598 y de las cuatro

11 Greenblatt, 1980.

12 Carreño, 1996: 35.

13 Egido, 2000; den Boer, 1998.

14 Véase una lista de trabajos sobre el tema en Sánchez Jiménez, 2006: 9, n. 35.

15 En los últimos meses del reinado de Felipe II, con el viejo rey enfermo, los moralistas consiguieron arrancar del monarca una prohibición de cualquier actividad teatral; primero en la corte y de forma transitoria el 6 de noviembre de 1597 y más tarde extensiva a todo el reino por real disposición el 2 de mayo de 1598.

que están documentadas al año siguiente[16], al menos tres de ellas son contemporáneas o inmediatamente posteriores a las bodas reales de 1599. Hay un parón evidente en su producción dramática que, sin duda, benefició a la configuración definitiva de la práctica escénica de la Comedia Nueva. Por lo tanto, estamos de acuerdo con el profesor Oleza cuando decide adelantar el *terminus ante quem* desde la publicación de *El peregrino en su patria* (1604). Demasiado tiempo para una primera etapa, si tenemos en cuenta la esperanza de vida en los siglos XVI y XVII:

> Pero en diciembre de 1603, cuando firma la dedicatoria del libro, Lope no era ya un hombre joven según los parámetros de edad del siglo XVI, pues acaba de cumplir los cuarenta años, y 1603-1604 tampoco parecen años que delimiten nada ni en la biografía ni en la producción dramática[17].

Desde un punto de vista biográfico, nos enfrentamos a años cruciales en la vida del poeta madrileño. La muerte de su primera mujer, Isabel de Urbina, marcó también el final de su destierro y su consiguiente vuelta a la corte, probablemente a principios de 1596. Toda una etapa vital que quedó definitivamente clausurada con sus segundas nupcias en abril de 1598. Con el nuevo siglo, se produjo un cambio de rumbo en la biografía de Lope. La pasión por Micaela de Luján le llevó a fundar otra familia en Toledo mientras la paciente Juana Guardo cuidaba del hogar y los hijos en Madrid:

> La impronta doméstica, la condición de doble padre de familia hasta 1605-1607, y después la de padre de familia

16 Las cuatro comedias de 1599 son: *El alcaide de Madrid*, *El Argel fingido*, *El blasón de los Chaves* y *Las pobrezas de Reinaldos*.

17 Oleza, 1997: X.

> de una sola casa pero con hijos asumidos de varias parejas, marcan con un sello distintivo esta época de su vida, iniciada en 1598 y que durará, al menos, hasta 1614[18].

Por lo tanto, debido a todos estos condicionantes, no creemos que sea posible extender una historiografía del joven o primer Lope más allá de 1598.

América y Lope de Vega

Desde muy joven, la remembranza que tuviera Lope de Vega de las Indias no podía ser demasiado buena, pues sufrió en sus carnes aquella «iglesia de los alzados»[19] en la que se había convertido el Nuevo Mundo. A la muerte de sus padres, un acreedor de la familia liquidó el exiguo patrimonio y huyó a América con el dinero. Ya, en la vejez, el poeta madrileño lo recordaba con algo de resentimiento desde las páginas de su autobiografía literaria:

> FERNANDO Murieron mis padres, y un solicitador de su hacienda cobró la que pudo y pasose a Indias, dejándome pobre; que siempre fui desdichado en las Indias; pues como otros traen dellas hacienda, me llevaron allá la mía[20].

De todos modos, según Hamilton no todo fueron malas experiencias, pues al parecer Lope recibió una donación por parte del obispo de Puerto Rico como 'compensación'[21].

---

18 Ibíd., XI.

19 Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 49), 2001, p. 326.

20 Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 102), 1987, p. 315.

21 Hamilton, 1967: 260.

Verdad o no el robo de la herencia, parece ser cierta su desconfianza hacia el nuevo horizonte americano, como era la tendencia generalizada en amplios sectores de la población, que observaban con recelo todo lo que procediera de más allá de sus fronteras cotidianas:

> Y aunque las noticias sobre las riquezas y el exotismo de las Indias y el Oriente desataban la fantasía de muchos –y algunos, incluso, se decidían a emigrar en busca de nuevas formas de vida y nuevas oportunidades–, para la mayoría, anclada en el angosto marco de su geografía vital, contaban antes que nada los espacios conocidos[22].

En el caso de nuestro poeta, aún mancebo, que en aquellos años comenzaba su carrera profesional para la escena, el encontronazo con la realidad americana no terminó con el insidioso ejecutor de la herencia familiar. Su gran amor de juventud, la actriz Elena Osorio, le abandona por don Francisco Perrenot, un pretendiente más rico, influyente y poderoso, sobrino del cardenal Granvela, que había hecho fortuna en el Nuevo Mundo[23]. Aquél que fuera inmortalizado como don Bela en las páginas de *La Dorotea* (1632) era un indiano de sangre ilustre, no mucho mayor que él (por más que el poeta madrileño se empeñara en lo contrario), cuyo

22 Alcalá-Zamora, ed., 1999, p. 38.

23 «No sólo de su tío podía recibir Francisco Perrenot una elevada situación: su padre, Tomás Perrenot, había sido embajador de Felipe II en Francia y cerca de Maximiliano II de Austria. En 1583, Francisco Perrenot tomó parte en la expedición a las Azores, y los contemporáneos que se ocuparon de este hecho ponen de relieve su heroica conducta. Notoriedad mucho mayor significaba el ser, como fue, embajador de Rodolfo II de Austria cerca de la Señoría de Venecia antes de 1587, fecha del proceso de Lope. Y como dato concreto sobre su fortuna, Francisco había recibido 'la partie indivisible de l'heritage des Granvelle'» (Castro y Rennert, 1968: 53-54).

dinero logró lo que aquel apasionado amante jamás hubiera concebido: arrebatarle a Elena; y es que en aquella ocasión el enemigo que le presentaba batalla era más que fuerte, irresistible, «*Iamque nocens ferrum ferroque nocentius aurum / prodierat*»[24]:

> Yo he sabido que un caballero indiano bebe los vientos desde que la vio en los toros las fiestas pasadas, que estaba en un balcón vecino al suyo. Y sé yo a quién ha dicho, que me lo dijo a mí, que le daría una cadena de mil escudos con una joya, y otros mil para su plato, y le adornaría la casa de una rica tapicería de Londres, y le daría más dos esclavas mulatas, conserveras y laboreras, que las puede tener el rey en su palacio. Es hombre de hasta treinta y siete años poco más o menos, que unas pocas de canas que tiene son de los trabajos de la mar, que luego se le quitarán con los aires de la corte; y yo vi el otro día un rétulo en una calle que decía: "Aquí se vende el agua para las canas". Tiene linda presencia, alegre de ojos, dientes blancos, que lucen con el bigote negro como sarta de perlas en terciopelo liso; muy entendido, despejado y gracioso; y, finalmente, hombre de disculpa, y no mocitos cansados, que se llevan la flor de la harina y dejan una mujer en el puro salvado, que ya entendéis para lo que será buena[25].

Las consecuencias de la ruptura, el desdén y el rechazo de Elena son bien conocidas. Después de un proceso judicial por unos libelos escritos por Lope y esparcidos por los cuatro rincones de la villa y corte, el poeta madrileño tuvo que afrontar la pena de destierro lleno de hiel, tristeza y resenti-

---

24 Ov., *Met.*, I 141-2.

25 Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 102), 1987, pp. 82-83.

miento hacia la mujer que había sido señora absoluta de sus pensamientos. Y todo por el oro de un rico indiano.

¿Qué efectos pudo tener aquel desengaño en la opinión de Lope hacia las Indias? Quizás sea una meta demasiado ambiciosa, pues la psicología del poeta es por naturaleza fingida, huidiza y oscura, por lo que es difícil separar la realidad de la ficción, incluso cuando nos cuenta la verdad:

> *O poeta é um fingidor.*
> *Finge tão completamente*
> *que chega a fingir que é dor*
> *a dor que deveras sente*[26].

Todavía más, si cabe, en un escritor que nunca pisó el Nuevo Mundo y que jamás mostró el menor interés por cruzar el océano Atlántico. Lope nunca participó del sueño de la magna empresa americana[27]. Las Indias representaban un nuevo horizonte para grupos sociales sin futuro como hidalgos segundones o mercaderes desclasados, que vieron en el Nuevo Mundo una fuente de inspiración para la forja de su propio destino. Pues si América alimentaba las ambiciones de los españoles, también mantenía vivos sus sueños. Y como afirmó el hispanista John H. Elliot: «Quizá los sueños fueron siempre más importantes que las realidades en la relación del Viejo Mundo con el Nuevo»[28]. Ajeno a todo aquello, Lope

---

26 Fernando Pessoa, *Obra poética*, Rio de Janeiro, Aguilar, 1960, p. 97.

27 «Y no hay duda, ni siquiera para el más elemental observador, que la libertad, tanto en lo social y en lo político como en lo religioso, ha sido en América un inseparable elemento de su paisaje. A la imagen que interpreta la codicia y la esclavitud, hay que añadir, por ende, la imagen de la ilusión que interpretan los sueños» (Souto Alabarce, 1988: 17).

28 Elliot, 1984: 130.

escribe desde la barrera, con la frialdad del observador desinteresado y sin la pasión con la que se enfrentaba a otros asuntos, aunque tampoco es cierto que no haya una especificidad del hecho americano en su Comedia Nueva:

> En su conjunto, el teatro indiano de Lope no es en forma alguna ni lo mejor ni lo más representativo suyo. Pertenece al ciclo histórico, pero apenas admite comparación con las comedias que escribió sobre la historia medieval de España[29].

Sin embargo, a pesar de tantas advertencias, quizá sea en una estructura dramática donde seamos capaces de vislumbrar mejor al hombre debajo de la máscara, aunque sólo sea a media luz. A diferencia de la lírica, donde el poeta tiene la posibilidad de exiliarse de sí mismo y alejarse de su interioridad, «*se outrar*» que diría Pessoa, en el teatro sí existe una representación –más o menos deformada– del mundo objetivo y, lo que es más importante, una relación entre los personajes y la realidad externa. El carácter estático de la poesía frente al dinamismo del drama o la narrativa configura un mundo lírico donde el poeta evoca el estado de su alma, prescindiendo de la descripción o el discurso, más propios de otros géneros como la comedia o la novela. Así, sobre las tablas del escenario, la confluencia de personajes diversos provoca que el escritor se pueda esconder detrás de uno de ellos sin la necesidad de negar otras posturas enfrentadas o simplemente complementarias, a las que puede dar acomodo en otros protagonistas, evitando así una controversia no siempre deseada; por ejemplo, misoginia/filoginia. Entonces, la acción dramática avanza hacia la última escena sin verse

29 Souto Alabarce, 1988: 25.

alterada por la multiplicidad de voces, siendo una de ellas –a veces, ninguna– la del propio autor.

Por consiguiente, el molde del drama es más permeable a la psicología del escritor que la lírica o la novela, donde el narrador en ocasiones actúa como barrera natural entre el autor y el lector. No obstante, no nos podemos llevar a engaño. Aun con todo, desenmascarar es una tarea ardua, compleja y no siempre factible, especialmente cuando tratamos con escritores renacentistas, tan proclives a una visión poliédrica de una misma realidad. Además, una exégesis de la inclinación o voluntad de Lope en determinados pasajes necesitaría de un acercamiento peligroso a la ecuación vida = literatura, ya enterrada para siempre.

Objetivos

En el presente estudio hemos buscado la recopilación, análisis y estudio de cualquier información sobre el Nuevo Mundo que el primer Lope nos ofrece en su obra dramática. El propósito es el de establecer una visión lo más cercana, concreta y nítida posible de la imagen que el poeta madrileño tuvo de una realidad que estaba presente en la cotidianidad de finales del Quinientos, pero que de alguna manera se le escapaba entre los dedos, ya que nunca llegó a contemplarla de cerca y con sus propios ojos: minas de oro, animales fabulosos, hombres de tez broncínea, frutos exóticos… todo un nuevo mundo que transformó la sociedad española del XVI –por supuesto, también la europea– y que, de manera voluntaria o inconsciente, más allá de las tres comedias de tema americano, impregnó su obra dramática de una fuerza, colorido y belleza a las que merece la pena dedicar unas pocas páginas.

Para una presentación más atractiva de los datos obtenidos hemos dividido el libro en dos grandes bloques: el viaje de ida y el camino de vuelta. Tanto en uno como en otro apartado intentaremos reorganizar los conocimientos de Lope sobre la materia a manera del diario imaginado de un pasajero camino de las Indias. ¿A qué peligros se enfrentaba hasta llegar a las playas americanas? ¿Cómo eran el paisaje y los pobladores nativos del Nuevo Mundo? ¿Cuáles eran los sueños o ambiciones de los que cruzaban el Atlántico? A través de las noticias que fue dejando en sus comedias, conseguiremos esbozar la opinión que tenía el poeta madrileño de aquel *homo viator* en el que se había convertido el pasajero a las Indias.

Pasado el tiempo, cuando regresaba al Viejo Mundo, aquel emigrante volvía convertido en una clase nueva: el indiano. Extraños en una sociedad tan cerrada como la España de la Contrarreforma, aquellos individuos eran observados con recelo, desconfianza y una buena dosis de envidia, sobre todo si habían desembarcado con los bolsillos llenos de oro. El indiano era un tipo social amplio por definición, pues comprendía a cualquiera que tuviera tratos con las Indias, independientemente de que hubiera pisado o no tierras americanas –aunque esto último no era lo habitual–. Por supuesto, la mayoría no volvían enriquecidos de su periplo americano, sino más bien todo lo contrario, pero los prejuicios hacia el indiano pasaron a la literatura, donde es frecuente hallar una representación muy negativa. En esta segunda parte del libro, intentaremos verificar si el indiano lopesco se asemejaba más al personaje real o al arquetipo literario: rico, anciano y depravado –todos recordamos al celoso Cañizares– o si había una variedad de caracteres en un grupo social que distaba mucho de ser homogéneo. Por último, se nos antoja como interesante conocer cómo influyó la

nueva realidad americana a la vieja sociedad española: bailes, comidas, moda femenina, remedios medicinales, etc. Todo un compendio procedente de las Indias que ya formaba parte de la vida diaria a finales del Quinientos, con una importante repercusión en la sociedad imperial de los Austrias. A veces, olvidamos que el intercambio cultural fue siempre en ambas direcciones y que el descubrimiento, conquista y colonización de América supuso un hecho tan trascendente que sacudió con fuerza los cimientos de la Europa del Antiguo Régimen, dándole un corazón nuevo a un viejo mundo.

Lista de comedias leídas

Para una documentación amplia, fidedigna y lo más completa posible hemos recurrido a un corpus inicial de treinta comedias inscritas en el primer Lope, teniendo en consideración cualquier título que pudiera enmarcarse dentro de aquellos años (hasta 1598), aunque estuviéramos bordeando el límite superior o inferior de la horquilla temporal[30]:

Adonis y Venus (1597-1603)
Arauco domado (1598-1603)[31]
Batuecas del duque de Alba, Las (1598-1600)

30 El corpus de comedias se ha establecido a partir de la cronología ofrecida por Morley y Bruerton en su conocido libro (1968).

31 La datación propuesta por Morley y Bruerton ha sido puesta en entredicho por el profesor Shannon, que la retrasa con dificultades hasta el trienio 1607-1609 (1989: 99-107). Ya con anterioridad, Juan M. Corominas, haciéndose eco de la opinión de Toribio Medina, había propuesto una fecha de composición cercana a 1620 (1981: 162), algo impensable si tenemos en cuenta que esta comedia aparece en la segunda lista de *El peregrino en su patria* (1618).

Bella malmaridada, La (1595-1598)[32]
Caballero del milagro, El (1593)[33]
Castigo del discreto, El (1598-1601)
Comendadores de Córdoba, Los (1596-1598)
Desposorio encubierto, El (1597-1603)
Difunta pleiteada, La (1593-1603)[34]
Escolástica celosa, La (1596-1602)
Españoles en Flandes, Los (1597-1606)
Favor agradecido, El (1593)[35]
Ferias de Madrid, Las (1585-1588)
Fuerza lastimosa, La (1595-1603)
Galán escarmentado, El (1595-1598)
Hermosa Alfreda, La (1596-1601)
Imperial de Otón, La (1597-1598)[36]

---

32 La copia manuscrita de la colección de Ignacio de Gálvez (siglo XVIII) lleva la fecha del 17 de diciembre de 1596.

33 Gálvez, 30 noviembre-diciembre de 1593.

34 *La difunta pleiteada* es una comedia de autoría dudosa, en disputa entre Lope de Vega y Rojas Zorrilla. De hecho, se imprimió por vez primera en 1663, dentro de la *Parte XX* de la colección de *Comedias escogidas*, a nombre del hijo del alférez Pérez de Rojas.

No obstante, primero Goyri de Menéndez Pidal (1909: 55-59) y después Cotarelo y Mori (ed., 1916-1930: IV, xxi-xxiv) coinciden en atribuir a Lope de Vega la paternidad de la obra. Morley y Bruerton les dan la razón, aunque continúan encuadrándola bajo el epígrafe de «Comedias de dudosa o incierta autenticidad» (1968: 445-446). En los últimos años, la autoría lopesca ha sido defendida por Cano Navarro (2003: II, 465-475).

35 Gálvez, 19 de diciembre de 1593.

36 Gálvez, 28 de septiembre de 1597.

Ingratitud vengada, La (1590-1595)[37]
Locos de Valencia, Los (1590-1595)[38]
Maestro de danzar, El (1594)
Molino, El (antes de 1596)
Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón, El (1596-1603)
Obediencia laureada, La (1597-1606)
Padrino desposado, El (1598-1600)
Palacios de Galiana, Los (1597-1602)
Pastoral de Jacinto, La (1595-1600)
Pobreza estimada, La (1597-1603)
Torneos de Aragón, Los (1597-1598)[39]
Tragedia del rey don Sebastián, La (1595-1603)[40]
Viuda valenciana, La (1595-1603)

---

37 Si bien nadie discute la autoría de Lope, el profesor Arjona duda de la autenticidad del texto que ha llegado hasta nosotros: "If the authorship of *La ingratitud vengada* is beyond doubt, the same cannot be said for the authenticity of the text that Lope himself prepared for the *Parte catorce*, the only one extant […] the irregularities are more numerous than he [Cotarelo] indicated and far more serious than the typical errors of careless copyists or printers" (Arjona, 1960: 338).

38 En un artículo reciente (2008), creemos poder demostrar que esta comedia fue compuesta entre mayo de 1591 y principios del año siguiente, como más tarde.

39 Gálvez, 14 de noviembre de 1597.

40 Esta comedia es conocida también como *El bautismo del príncipe de Marruecos*.

Otras comedias consultadas

Asimismo, para completar la documentación, hemos estudiado un segundo corpus de otras veinte comedias, también del primer Lope:

Asalto de Mastrique por el príncipe de Parma, El (1596-1607)
Boda entre dos maridos, La (1595-1601)
Campana de Aragón, La (1598-1600)
Cerco de Santa Fe, El (1596-1598)
Francesilla, La (1595-1598)[41]
Galán Castrucho, El (1598)
Laura perseguida (1594)[42]
Leal criado, El (1594)[43]
Mármol de Felisardo, El (1594-1598)

41 Gálvez, 6 de abril de 1596.
42 Gálvez, 12 de octubre de 1594.
43 «Lope firmó el autógrafo (ahora perdido) en Alba de Tormes, el 24 de junio de 1594» (Morley y Bruerton, 1968: 75).

Marqués de Mantua, El (1598-1603)[44]
Pérdidas del que juega, Las (1596-1603)[45]
Perseguido, El (1590-1595)[46]
Primer rey de Castilla, El (1598-1603)
Rey Bamba, El (1597-1598)
Roma abrasada (1594-1603)
San Isidro, labrador de Madrid (1598-1608)
Santa Liga, La (1598-1603)
Soldado amante, El (1590-1600)
Testimonio vengado, El (1596-1603)
Verdadero amante, El (1585-1589)

---

44 Gálvez, 10 de enero de 1596.

45 Morley y Bruerton dudan de su autoría (1968: 531-532). Augusto Portuondo recoge la opinión de Helen I. Moyer, que en su tesis doctoral inédita rechaza la autenticidad de ocho comedias declaradas dudosas por Morley y Bruerton, entre ellas ésta de *Las pérdidas del que juega* (1980: 27-28).

46 Gálvez, 2 de noviembre de 1590.

El viaje de ida: más allá de la línea del horizonte

El descubrimiento

Pocos acontecimientos históricos –quizás ningún otro– cambiaron el curso de la Historia como aquel 12 de octubre de 1492. En nuestros días, más de quinientos años después de aquella fecha, se siguen escribiendo ríos de tinta acerca del Descubrimiento de América, como si el Almirante acabara de poner el pie en tierra. Controversias al margen, la trascendencia de semejante gesta merece tanto reconocimiento. No sólo se franquearon los confines del orbe conocido y se abrieron nuevas rutas ente Oriente y Occidente, sino que la llegada de los españoles al Nuevo Mundo supuso un encuentro, choque y lucha de civilizaciones como jamás se ha vuelto a vivir. El devenir de los siglos así lo atestigua. Sin embargo, no necesitamos evocar el pasado desde el presente, puesto que el propio Colón era consciente de la significación de lo que había logrado:

> [...] a tanto tiempo qu'estoy en la Corte de Vuestras Altezas con oppósito y contra sentençia de tantas personas

prinçipales de vuestra casa, los cuales todos eran contra mí, poniendo este hecho que era burla, el cual espero en Nuestro Señor que será la mayor honra de la Cristiandad que así ligeramente aya jamás apareçido[47].

En tiempos de Lope, el hombre renacentista, primero, y el barroco, después, vivió en perpetua conmoción por los relatos de reinos olvidados, tesoros fabulosos y animales de fantasía que arribaban a Sevilla «puerto y puerta de las Indias, por donde todos los años se puede decir que entra dos veces en ella el sustento universal de España»[48] con el atraque de cada nueva flota. Y todo por el sueño, visión y perseverancia de un solo individuo. Y el poeta madrileño así se lo reconoce en más de un lugar:

TRISO ¡Cosa extraña!
¿España se llama el mundo?
BRIANDA No, sino una parte dél.
TRISO ¿Parte dél? ¡Caso profundo!
¿Luego hay más que España en él?
BRIANDA Y aun otro mundo segundo,
que va a descubrir Colón.
TRISO ¿Quién es Colón?
BRIANDA Un varón
que otro mundo piensa hallar[49].

47 Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos. Nuevas cartas*, eds. Consuelo Varela y Juan Gil, Madrid, Alianza Universidad, 1992, p. 218.

48 Lope de Vega, *El peregrino en su patria*, ed. Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 55), 1973, pp. 353-354.

49 Lope de Vega, *Las Batuecas del duque de Alba*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 885.

El homenaje a Cristóbal Colón se convierte en un acto de pleitesía cuando le dedica toda una comedia, en concreto, la más antigua de las dos piezas de tema americano que se han conservado de nuestro período[50]. Por su posible fecha de composición estamos en un período de *interregnum*, en el salto del primer Lope (1562-1598) al Lope maduro (1598-1627), donde el Fénix se dedicará en cuerpo y alma a poner en escena la historia de España. Por supuesto, ya había escrito dramas o comedias de materia histórica –*Los comendadores de Córdoba*, valga como ejemplo–, pero con el cambio de siglo la necesidad era bien distinta. El Quinientos fue la época de la consolidación de los estados modernos. La categoría que el Renacimiento le había otorgado a la Antigüedad como pasado mítico se trasladó a las nuevas conciencias nacionales, que precisaban de su propia mitología. En este contexto, se rescataron las crónicas medievales, el romancero viejo y los héroes legendarios. Y que mejor personaje al que glorificar que aquél que consiguió que la Monarquía Hispánica se extendiera desde la península Ibérica hasta sus antípodas, hasta el punto de que se llegó a decir que en el Imperio de Felipe II nunca se ponía el sol:

REY — Que un Carlo dicen que le espera a España
y otro Filipo que con nuevos mundos
verán los que la Aurora en perlas baña,
tocando las Antípodas profundas[51].

El navegante genovés era sólo la piedra clave en la gesta del Descubrimiento. Comparada con toda la tierra que que-

50 Si el corpus lo ampliáramos más allá del primer Lope, habría que añadir una tercera: *El Brasil restituido* (1625).

51 Lope de Vega, *Los comendadores de Córdoba*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 1253.

daba por descubrir a su muerte, su aportación fue mínima, pero su relevancia máxima. De ahí, su loa, aplauso y encumbramiento como *homo novus*, imagen del hombre hecho a sí mismo tan del gusto de los humanistas, que aun hoy día sigue estando vigente:

> [...] running through the fifteenth and sixteenth centuries into the seventeenth, there was a continuous and by no means negligible tradition of writing which argued that a man born into humble circumstances could properly rise to eminence in the world by the exercise of virtue and ability, and deserved general acclaim when he had done so[52].

A pesar de los pleitos, discusiones y polémicas que giraron en torno al Almirante ya en vida, Lope, como paradigma de las generaciones futuras, no dudó en reconocerle como un modelo ejemplar de hombre que había abierto camino hacia la fama con sus propias manos –*selfmade man*–.

Colón, héroe renacentista

En *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, el protagonista no es un galán enamorado o un villano rico, sino un hombre de carne y hueso, envuelto en su individualidad y forjador de su destino. Poco importaba que aquel nuevo emblema nacional ni siquiera fuera español, pues había conseguido sus logros al servicio de la Corona:

> [En el *Nuevo Mundo* de Lope] la elección del personaje central [...] es el resultado de la cristianización del ideal humanístico del Renacimiento que se encarna en Colón, *homo novus* que lucha por la realización de la propia per-

52 Truman, 1969: 62.

sonalidad, en antagonismo constante con el ambiente que le rodea[53].

En el retrato lopesco de Colón tropezamos con el verdadero héroe renacentista, que, a pesar de la burla, escarnio y rechazo que sufren tanto él como su hermano Bartolomé, no desiste en su empeño de buscar una ruta hacia el Oriente, tal y como escribiera Pico della Mirándola: «Con tu decisión puedes rebajarte hasta igualarte con los brutos, y puedes levantarte hasta las cosas divinas»[54]. A nuestro juicio, las humillaciones por parte de reyes o duques no son ni «una concesión al indelicado paladar mosqueteril»[55] ni un exceso de ligereza en el tratamiento del protagonista –como otras veces se ha acusado con razón a Lope–, sino una preparación para el final del primer acto, cuando es finalmente recibido por los Reyes Católicos, que lo tratan con cordialidad, incluso afecto –el mismo rey le llama «amigo»–, y se le promete el patronazgo para una expedición hacia el oeste. En realidad, se trata de un simple ejercicio de construcción dramática, donde lo importante para el Fénix es recalcar la clarividencia de Isabel y Fernando –que no olvidemos también forman parte del ideario histórico del hombre barroco– frente a la ceguera de otros reyes, como el de Portugal o Inglaterra, que desecharon de manera despreciativa los planes del navegante genovés. La gloria del Descubrimiento de América será para Castilla y, por ende, de todos los españoles. Así se anuncia como profecía aún en los albores del reino castellano, siglos antes del nacimiento de Colón:

---

53 Garelli, 1981: 291.

54 Giovanni Pico della Mirándola, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, en *Humanismo y Renacimiento*, selección de Pedro R. Santidrián, Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 123.

55 Morínigo, 1946: 222.

[GITANA] De vosotros irá siempre,
Castilla el reino aumentando,
llamándose reyes della,
emperadores romanos.
Será vuestra España toda,
discurriendo siglos largos,
Nápoles, Milán, Sicilia,
y otros mil reinos cristianos,
la Oriental, y Occidental
del indio. Mas ya me tardo,
que me aguardan aquí fuera.
Luego vuelvo, espera un rato[56].

Como si se tratara de un viajero medieval, Colón buscaba una nueva ruta hacia un Oriente mítico: el reino del Preste Juan, la isla de Cipango, el imperio del Gran Khan, la fabulosa Catay... Una empresa comercial para unir Europa y Asia por el occidente. El camino hacia la tierra de las especias acabó convirtiéndose en uno de los mayores logros acometidos por la Humanidad: el descubrimiento de un nuevo mundo. Un continente que fue bautizado con el nombre de la tierra que se creía que se estaba hollando:

> [...] quiero decir mi parecer acerca de este nombre Indias, porque algunos tienen creído que se llamaron así por ser los hombres de estas nuestras Indias del color que los indios orientales. Más paréceme que difieren mucho en el color y en las facciones. Es bien verdad que de la India se dijeron las Indias[57].

56 Lope de Vega, *El primer rey de Castilla*, en *Obras completas. Comedias, X*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 371.

57 Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, ed. Jorge Gurria Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 34.

No es el único pasaje donde Lope, dejando a un lado el rigor histórico, presagia la magna empresa americana. En *Los comendadores de Córdoba*, unos embajadores le desean al Rey Católico que pueda quitar el *Non* del lema «*Non plus ultra*» de las columnas de Hércules, es decir, que descubra nuevas tierras más allá del estrecho de Gibraltar:

REY — Partid, Embajadores, al momento;
que para el tiempo ya será forzoso.
EMBAJ. 2º. — Guárdete el cielo y tan dichoso seas,
que en tus columnas el *Plus ultra* veas[58].

En el cierre de la comedia, Lope honra a Colón como merecen sus hazañas y el rey le concede el ducado de Veragua, el título de Almirante y un escudo de armas[59], los más altos honores en una sociedad donde se temía más a la infamia que a la muerte. Al fin y al cabo, él había sido el «inventor» de aquella nueva realidad:

CONTADOR — No te espante que cause maravilla,
Colón amigo, la que a España has dado
con prometer al suyo un mundo nuevo,
siendo tú el inventor de aquestas Indias[60].

Colón es recordado, elogiado y favorecido no sólo por el poeta madrileño, sino por la inmensa mayoría de los escri-

58 Lope de Vega, *Los comendadores de Córdoba*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 1253.

59 En realidad, el ducado de Veragua nunca fue concedido al Almirante, sino a su nieto Luis, y no fue Fernando el Católico, sino Carlos V quien otorgó el título, así como el de marqués de la isla de Santiago, alias Jamaica.

60 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 948.

tores de su tiempo: Alemán, Castillo Solórzano, Cervantes, Jáuregui, Quevedo, Salas Barbadillo,... y así hasta una lista interminable.

Indias, tierra fabulosa

El Descubrimiento de América trajo consigo una apertura en el imaginario popular, que se llenó de mitos increíbles, ideas grandiosas e ilusiones fatuas. La oportunidad de enriquecerse fue el mejor incentivo para la inmensa mayoría de los españoles que se atrevían a cruzar el océano. La fama de las Indias como una cornucopia moderna comenzó bien temprano, con la llegada de los primeros botines de conquista. La cantidad desorbitada de oro y plata sacada de México, primero, y Perú, después, ocasionó una profunda convulsión en los cuatro rincones de la Monarquía Hispánica. En enero de 1534, arribaba al Arenal sevillano el magnífico tesoro de los Incas que Hernando Pizarro, en nombre de su hermano Francisco, traía de Nueva Castilla. El quinto real entregado al Emperador necesitó de catorce bueyes para su traslado a la Casa de la Contratación:

> Año de mil y quinientos y treinta y cuatro, a nueve de enero, llegó al río de Sevilla la segunda nao, nombrada Santa María del Campo, en la cual vino el capitán Hernando Pizarro, hermano de Francisco Pizarro, gobernador y capitán general de la Nueva Castilla. En esta nao vinieron para Su Majestad ciento y cincuenta y tres mil pesos de oro y cinco mil y cuarenta y ocho marcos de plata [...] Allende de la sobredicha cuantidad trujo esta nao para Su Majestad treinta y ocho vasijas de oro y cuarenta y ocho de plata entre las cuales había una águila de plata que cabrán en su cuerpo dos cántaros de agua, y dos ollas grandes, una de oro y otra de plata que en cada una cabrá una vaca despedazada; y dos

costales de oro que cabrá cada uno dos hanegas de trigo, y un ídolo de oro del tamaño de un niño de cuatro años, y dos atambores pequeños. Las otras vasijas eran cántaros de oro y plata, que en caduno cabrán dos arrobas y más[61].

El nombre de las Indias quedó inmediatamente asociado a tesoros opulentos, por razones obvias, y pronto evocó en el pueblo la imagen de un lugar prodigioso de campos fértiles, mares copiosos y minas inagotables. Y, por encima de todas las cosas, se estableció como la geografía del oro:

MARTÍN Sin que tengas de Troya inciertas calles,
ni de Atenas heroica escuelas ciertas,
ni, como Roma, montes tengas, valles,
ni, cual Venecia, tengas casas, puertas;
sin que oro en ti, como en las Indias, hallas[62]

Sin embargo, no sólo de las minas de México o Perú se podía sacar el tan perseguido oro indiano. En otras partes del continente, como al sur de los Andes, también se encontraban los codiciados filones:

[FELIPE] Venid, que como a Valdivia
os sacaremos las almas,
donde la codicia viene
del oro antártico y plata[63].

61 Francisco de Jerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987, p. 243.

62 Lope de Vega, *El cerco de Santa Fe*, ed. Delmiro Antas, en *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, coord. Patrizia Campana, Luigi Giuliani, María Morrás y Gonzalo Pontón, Lérida, Milenio, 1997, I, p. 473.

63 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 787.

La expresión de «riquezas americanas» era tan proverbial que incluso fue utilizada por algunos poetas, como Quevedo, para formular uno de los principios neoestoicos más conocidos, el rechazo de los placeres mundanos:

> De nada hace tesoros, Indias hace
> quien, como yo, con nada está contento,
> y con frágil sustento
> la hambre ayuna y flaca satisface[64].

Es cierto que el Nuevo Mundo estaba lleno de yacimientos de metales preciosos, pero la forma primitiva de beneficio, el llamado sistema de fundición, hacía que las minas americanas no fueran demasiado productivas. El panorama cambiaría en 1555, con los experimentos del sevillano Bartolomé de Medina, que inventaría un nuevo método para la purificación de la plata: la amalgamación. Dicho sistema revolucionó la minería en toda Europa, pues permitía hasta el aprovechamiento de las menas más pobres o de escasa ley. El proceso se basaba en la capacidad del mercurio –o azogue– de fusionarse –amalgamarse– con la plata. El mercurio era mezclado con la plata molida y depositado en grandes patios por un par de meses. Luego, esta amalgama era recogida, lavada y fundida, obteniéndose una plata más pura y recuperándose parte del azogue, que volvía a ser reutilizado. No nos puede sorprender, entonces, que Apolo, señor de las Indias como dios del Sol, fuera capaz de «hacer» oro o plata en los crisoles sin necesidad de mercurio:

---

64 Francisco de Quevedo, *Un Heráclito cristiano, Canta sola a Lisi y otros poemas*, eds. Lía Schwartz e Ignacio Arellano, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 62), 1998, p. 29.

[FRONDOSO] Diga, señor Apolo,
[…]
que sin mercurios vivos
sabe hacer oro y plata
en los crisoles indios[65].

El recurso al numen griego no era baladí. El espacio americano, tan alejado, atractivo y recóndito generaba toda una serie de historias, leyendas y misterios que necesitaban de una simbología propia, pero que en un primer momento fue explicada a través de la que se tenía a mano: el eje retórico clásico.

El Sol, hacedor del oro

No era la primera vez que la mitología grecorromana se reutilizaba para hacer frente a aquella nueva realidad. Los poetas elegían a Apolo como divinidad indiana porque, como dios del Sol, se le atribuía la paternidad áurea. Y es que los españoles creían que los rayos solares hacían crecer bajo la tierra el oro, la plata y las piedras preciosas:

[AUDALA] ¿De qué sirvió mi caminar solícito,
[…]
de qué el buscar en los cristales húmedos
[…]
entre los indios bárbaros y etíopes,
hasta debajo de la zona tórrida,
cosas más raras que la fénix única?[66]

65 Lope de Vega, *Adonis y Venus*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 552.

66 Lope de Vega, *Los palacios de Galiana*, en *Obras completas. Comedias, VII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 422.

Esta creencia tenía su origen en la alquimia oriental, que postulaba que el calor del sol generaba el oro y la fría luz de la luna la plata, así como convertía la roca en diamantes. En el cuento de «Las palabras bajo las noventa y nueve cabezas cortadas» de *Las mil y una noches* (noches 845-847), el joven hijo del rey responde de esta manera a uno de los acertijos de la princesa:

> —¡Oh, princesa! Esas palabras encierran todo el secreto de la piedra filosofal, y quieren decir místicamente lo que sigue: «Haz corromper con la humedad que viene de Occidente la tierra sana adámica que viene de Oriente, y de esta corrupción se engendrará el mercurio filosófico, que es todopoderoso en la Naturaleza, y que engendrará el sol, y el oro hijo del sol, y la luna, y la plata hija de la luna, y que convertirá los guijarros en diamantes…»[67]

Lope de Vega no era el único autor que así lo creía. Poetas cultos como fray Luis de León también ensalzaron la capacidad del sol para generar el oro en el cálido suelo americano[68]. Tan convencidos estaban de ello, que ésta es una de las razones, probablemente la más poderosa, que explicaría por qué los españoles despreciaron las tierras al norte de la Florida, cuyo clima templado se asemejaba mucho más al que

---

67 *Las mil noches y una noches*, ed. J. C. Mardrus, Madrid, Cátedra, 2007, 2 vols., II, p. 2369.

68 En la *Imitación a la Oda 12, lib. 2º,* leemos:

¿Por dicha avrá tesoro
que a su rico cabello se compare,
aunque se junte el oro
que el indiano suelo engendra y pare,
y quanta pedrería
Ormuz a Portugal, y Persía, embía? (Fray Luis de León, *Poesías completas*, ed. Cristóbal Cuevas, Madrid, Castalia, 2000, p. 280).

habían dejado atrás en la Península. A pesar de lo inhóspito del clima tropical, los conquistadores prefirieron siempre las zonas tórridas, atraídos por el oro que se decía se criaba en las entrañas de la tierra recalentada por el sol:

ELISA Oí decir
que el sol era de oro un día
BEATRIZ Antes al oro el sol cría[69].

A pesar de la fama del oro de las Indias, que atrajo numerosas historias, algunas incluso de nuevo cuño, como la leyenda del Dorado, los tesoros que anhelaban encontrar los españoles eran mucho más que el oro azteca o la plata de los incas: sal, gemas, especias, etc.

Oro, plata y otros tesoros indianos

En el acervo popular, el Nuevo Mundo era un continente fecundo en toda clase de riquezas, pero sobre todo oro. Tanto que parece que el preciado metal aurífero sólo era posible de hallar en las Indias:

[RAMIRO] no de la India el tesoro,
perlas y aljófar del sur;
que nuestra tosca segur
no cava minas de oro[70].

69 Lope de Vega, *El desposorio encubierto*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 484.

70 Lope de Vega, *El testimonio vengado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 134.

Empero, el mar y la tierra americanas encerraban muchos tesoros, no sólo oro o plata: sal de Cumaná, perlas de Cubagua, ámbar de México, esmeraldas de Colombia… son sólo algunas de las joyas o materias primas que llegaban de América a manos llenas. En *Los españoles en Flandes*, cuando don Juan de Austria describe la opulencia de los dominios de su hermano, salen inmediatamente a relucir los tesoros del Nuevo Mundo:

> [DON JUAN] aunque el indio le da en Chile
> oro puro, y el cristal
> del Sur perlas y coral,
> y ámbar que España destile;
> estos Estados de Flandes
> estima en más, como prenda[71].

Las numerosas menciones de Lope a las riquezas indianas son sólo la evidencia de un lugar común, una idea que había calado en el acervo del pueblo, que, conociera o no las Indias de primera mano, tuvo presente que más allá del océano se extendía un horizonte de prosperidad. Una esperanza para una población que sobrevivió a duras penas a las sucesivas crisis económicas que azotaron España –y en especial, Castilla– en la segunda mitad del siglo XVI.

¿La nueva Atlántida?

Una tierra tan fértil, rica y exuberante pedía a gritos un paralelo mitológico. Como ya hemos advertido con el dios

---

71 Lope de Vega, *Los españoles en Flandes*, en *Obras completas. Comedias, XIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1997, p. 551.

Apolo, no era la primera ocasión. No podía haberse tardado tanto en descubrir aquella inmensa masa continental. Alguien tenía que haber estado allí antes o al menos haber oído el relato de algún marinero que jurara haber navegado más allá de la línea del horizonte, hacia Occidente: la leyenda del piloto anónimo[72]. Para Lope el trasfondo mítico existía; lo que el Almirante estaba buscando no era una ruta hacia las Indias, sino la derrota a la legendaria Atlántida, cornucopia de los antiguos:

[COLÓN]	cuando dijo en el sexto de su *Eneida* que había una tierra fuera del camino del sol y las estrellas, donde Atlante arrimaba sus hombros a su fuego?
CONTADOR	Eso Servio lo entiende de Etiopía.
COLÓN	Creed que son las Indias que yo busco; creed que hay gentes, plata, perlas y oro, animales diversos, varias aves, árboles nunca vistos y otras cosas[73].

De nuevo, como se demuestra en numerosos lugares, el poeta madrileño sigue la opinión y los escritos de López de Gómara, que también pensaba que América era la Atlántida de Platón y todo gracias a una etimología disparatada que hubiera hecho las delicias de San Isidoro:

---

72 Para una exposición de las diferentes teorías acerca de dónde sacó Colón la idea de llegar al Oriente navegando por occidente, véanse Cristóbal Colón, *Diario de a bordo*, ed. Luis Arranz Márquez, Madrid, Historia 16, 1991, pp. 37-40 y, especialmente, el libro de Juan Manzano Manzano (1989).

73 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 949.

> Pero no hay para qué disputar ni dudar de la isla Atlántide, pues el descubrimiento y conquistas de las Indias aclara llanamente lo que Platón escribió de aquellas tierras, y en México llaman al agua *atl*, vocablo que parece, ya que no sea, al de la isla. Así que podemos decir cómo las Indias son las islas y tierra firme de Platón y no las Hespérides[74].

La identificación cogida con alfileres entre América y la Atlántida redunda otra vez en la imagen proverbial del Nuevo Mundo como puerto franco para aquellos que deseaban enriquecerse de manera fácil, vertiginosa y sin escrúpulos.

Indias, sinónimo de riquezas

Tanta abundancia provocó que la palabra Indias terminara equiparándose con cualquier signo de fortuna o hacienda. Surge una retórica nueva para reemplazar a la vieja, rancia y desgastada de origen medieval-caballeresco. Símbolos, metáforas y comparaciones se renuevan, convirtiéndose pronto en un lugar común en la obra de Lope. En *La tragedia del rey don Sebastián*, las joyas que adornan el vestido de la infanta Eugenia Clara, fueran o no del Nuevo Mundo, son dignas de tal sentido traslaticio:

> [GASENO] La señora Infanta ha sido
> madrina, que sobre raso
> pajizo y blanco, descubre
> nuevos tesoros indianos[75].

74 Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, ed. Jorge Gurria Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. 313-314.

75 Lope de Vega, *La tragedia del rey don Sebastián*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 514-515.

Por supuesto, la idea de fortuna, plenitud y abundancia asociada con las Indias también se hizo extensiva al adorno de ambos sexos. Un soldado presume orgulloso de la gala con la que vuelve a casa, puesto que capa, espada y plumas eran las únicas riquezas posibles en la milicia –«Indias de Marte»–:

[FABRICIO] Entré en mi tierra, Toledo,
lleno de plumas y galas,
que de las Indias de Marte
suelen ser trato y ganancia[76].

Como consecuencia natural, por aquel entonces cualquier hombre próspero era inmediatamente entendido desde un imaginario americano. Y en aquella ocasión había algo más que sentido metafórico. El trato o comercio con las Indias ocasionó el advenimiento de una nueva clase: el indiano –que analizaremos un poco más adelante–. Aquel tipo social emergente reforzó la idea de que todo signo de riqueza estuviera vinculado con el Nuevo Mundo:

MAURICIO Señora, el conde Cipión
es caballero romano,
deudo del otro Africano,
y trae el mismo blasón.
No hay Indias como su casa,
ni Alejandro como él[77].

---

76 Lope de Vega, *La escolástica celosa*, en *Obras completas. Comedias, VII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 357.

77 Lope de Vega, *La bella malmaridada*, ed. Christian Andrès, Madrid, Castalia (Clásicos Madrileños, 24), 2001, p. 52.

Por tanto, si el rico patrimonio de un caballero era frecuentemente comparado con unas Indias, cualquier suma inesperada de dinero sólo podía tener un origen: una herencia o un negocio al otro lado del Atlántico. En *La ingratitud vengada*, una madre no se acaba de creer que el pobre galán de su hija disponga de repente de tanto oro:

> [CORCINA] ¿Qué dineros son aquéstos?
> ¿De qué Indias ha venido?
> ¿Qué rica herencia ha tenido?[78]

A veces, las comparaciones con fortunas indianas tenían un matiz peyorativo. Está más que acreditado que Lope y Cervantes nunca fueron grandes amigos. Por el desprecio del uno o la envidia del otro, pasaron del afecto a la enemistad en poco tiempo, pero, al parecer, tuvieron un 'enemigo' común: las dueñas. En más de un pasaje, el Príncipe de los Ingenios ataca la inmoralidad de aquellas viudas entocadas, sombras rigurosas y centinelas de la honra de sus señoras. Por boca de don Quijote será cuando se muestre más inclemente:

> Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo. ¿Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? ¡Afuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningún humano regalo! ¡Oh, cuán bien hacía aquella señora de quien se dice que tenía dos dueñas de bulto con sus anto-

78 Lope de Vega, *La ingratitud vengada*, en *Obras completas. Comedias, III*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 775.

jos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servían para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas![79]

En el caso del Fénix, las dueñas tampoco son tratadas con benevolencia. En sus comedias aparecen retratadas como la puerta de atrás por donde el galán, tenga o no intenciones honorables, podía comunicarse con la dama. Movidas por la codicia, pasan papeles, hacen llegar regalos y conciertan citas; en ocasiones, incluso, sin el consentimiento de su señora. Al parecer, muchas de aquellas celosas guardianes eran difíciles de sobornar, más por avaricia que por conciencia, porque el galán acababa pagando siempre:

[LEANDRO] Paréceme como un oro;
pero vive acompañada
de una viuda ensabanada
más que canónigo en coro;
tan taimada y bellacona,
que no hay plata en Potosí
para que negocie un sí[80].

El hallazgo de las minas de plata del Potosí en 1545 supuso que el nombre del cerro peruano –actual Bolivia– asumiera por sinécdoque el valor como tierra de riquezas inagotables. Potosí se convirtió en un tópico manoseado no sólo en la obra del poeta madrileño, sino también en el acervo popular.

---

79 Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 50), 1998, I, p. 1017.

80 Lope de Vega, *El desposorio encubierto*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 477.

La geografía de un Nuevo Mundo

Cuando el viajero ponía finalmente los pies en una playa americana, nunca hubiera creído la inmensidad de las tierras que se extendían más allá de la línea del horizonte. Los cuatro viajes que realizó Colón al Nuevo Mundo fueron sólo el principio de la empresa. A aquéllos le siguieron incontables expediciones de exploración, conquista y colonización en los dos siglos posteriores. Ningún coetáneo del navegante genovés sospechó la vasta masa continental, desde la isla de Ellesmere hasta la Tierra del Fuego, que se iría descubriendo largo tiempo después de la muerte del Almirante, acaecida en 1506. América se configuró como una entidad independiente, un auténtico mundo nuevo, una tierra virgen a los ojos del europeo. No era el país del Gran Khan, como llegó a creer Cristóbal Colón. Se trataba de un cuarto continente:

APOLO Tesifonte sangrienta
[…]
yo no quiero que al mundo
como otras veces vayas,
ceñida de serpientes,
y de diamantes armada,
a destruir la Europa,
a disfamar el Asia,
al África desierta
ni a las indianas playas[81].

A lo que se enfrentaba cualquier pasajero a las Indias era un verdadero viaje a un Nuevo Mundo –y más teniendo en cuenta el periplo interminable hasta alcanzar las playas ame-

81 Lope de Vega, *Adonis y Venus*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 566.

ricanas–, donde el premio se antojaba inmenso, especialmente para aquellos que partían con los bolsillos vacíos, pero los riesgos o peligros eran proporcionales a semejantes recompensas. Sólo la travesía por mar era ya una seria amenaza.

Al otro lado del Mar Tenebroso

El paso hacia el Nuevo Mundo no era nada sencillo. Para llegar hasta tierras americanas había que cruzar un ancho, oscuro y temido océano, llamado en honor del gigante Atlante[82], que había sido condenado por Zeus a sostener sobre sus hombros la bóveda del cielo, y que se decía que tenía su morada en el occidente extremo. Mitos, leyendas y supersticiones lo habían poblado de animales diabólicos que acechaban en lo más profundo de sus aguas –el mismo Colón creyó ver sirenas[83]–. Un océano que hasta los viajes del genovés parecía patrimonio exclusivo de los portugueses, que lo llamaban su 'Mare Nostrum'[84]:

> [PAULO] Corrí de España la frontera y costa,
> catorce años por el mar de Atlante,
> desde las Indias hasta Famagosta,
> Málaga, Cartagena y Alicante[85].

82 Grimal, 2001: 61.

83 Miércoles, 9 de enero de 1493: «El día passado, cuando el Almirante iva al río del Oro, dixo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara; dixo que otras vezes vido algunas en Guinea en la costa de la Manegueta» (Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos. Nuevas cartas*, eds. Consuelo Varela y Juan Gil, Madrid, Alianza Universidad, 1992, p. 192).

84 Vakil, 1995: 153.

85 Lope de Vega, *El rey Bamba*, ed. David Roas, en *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, coord. Patrizia Campana, Luigi Giuliani, María Morrás y Gonzalo Pontón, Lérida, Milenio, 1997, I, p. 609.

Estamos en desacuerdo con la interpretación de este pasaje que hace David Roas, que piensa que la mención al mar de Atlante es una referencia a la parte del Mediterráneo a orillas de la cordillera del Atlas, es decir, la costa argelina[86]. Sólo habría que mirar en otra comedia, *Los torneos de Aragón*, cuando a la infanta Marcela le recomiendan buscar a su enamorado por donde sea, incluso pasar a Indias, si es necesario: «[DINARDO] gasta y busca a tu amante / desde el mar español al mar de Atlante»[87].

Otro de los nombres del océano Atlántico por aquel entonces fue el de mar de Occidente, por motivos geográficos obvios; de ahí que las tierras descubiertas al otro lado fueran bautizadas como las Indias Occidentales. De esta manera, amenazaba un conquistador a los indios:

> [TERRAZAS] Y sabiendo el rey de España
> que no acudís a la fe,
> deshará cuanto se ve
> que el mar Occidente baña[88].

Si navegando por sus aguas procelosas se alcanzaba el borde occidental del mundo, era porque se creía que allí iba a morir el día. El océano Atlántico es aquel que recibe al sol a la caída de la noche y el que, por consiguiente, lo «esconde» de los ojos de los hombres:

---

86 Ibíd., I, p. 667, n. v. 1110.

87 Lope de Vega, *Los torneos de Aragón*, en *Obras completas. Comedias, V*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 593.

88 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 996.

REY No hay palmo, desde aquesta tierra adonde
al contrapuesto mar del Occidente
la cabeza del sol baña y esconde,
que no haya andado y visto variamente;
pero jamás, Rufino amigo, he visto
tan bellos ojos, boca, ceja y frente[89].

La derrota natural del sol es declinar hacia el oeste y aquello era bien conocido por todos, moros y cristianos. Por lo tanto, anunciar la venida de la noche como la marcha del sol hacia las Indias era un recurso retórico de uso común. Para avisar de la cercanía del anochecer, en *Los palacios de Galiana* se dice:

[ALIME] pero recogeos, cristianos;
que se va el sol a las Indias
y es hora de irnos[90].

Lope no hace otra cosa que recoger toda una amplia tradición, más supersticiosa que científica, que situaba al océano Atlántico como frontera natural entre el mundo conocido y la oscuridad del fin de la tierra, hogar de monstruos mitológicos y defendido por violentas tormentas.

Un lugar remoto

La noción del Nuevo Mundo como un pedazo apartado en el mapa era una de las ideas predominantes en aquellos

89 Lope de Vega, *El molino*, en *Obras completas. Comedias, II*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 283.

90 Lope de Vega, *Los palacios de Galiana*, en *Obras completas. Comedias, VII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 477.

tiempos. Para el hombre barroco, la distancia que había que recorrer para alcanzar las playas americanas rozaba la odisea homérica. Hacinados en los lentos convoyes escoltados por la Armada de Indias, se tardaba alrededor de cincuenta días en arribar al puerto de Nombre de Dios –actual Panamá– o algo más de un mes en divisar las primeras antillas caribeñas:

> Parten los que navegan a Indias de San Lúcar de Barrameda, donde entra Guadalquivir en la mar, que está de la línea Equinoccial treinta y siete grados, y en ocho días o doce van a una de las islas de Canaria, que caen a veintisiete grados, y a doscientas y cincuenta leguas de España, contando hasta el Hierro, que es la más occidental. De allí hasta Santo Domingo, que hay al pie de mil leguas, suelen por la mayor parte ir en treinta días[91].

Por consiguiente, no nos puede extrañar que los indígenas, antes que paganos o antropófagos, fueran una realidad remota. Tanto que se convierten en una imagen fosilizada en el ideario popular. Lope nos lo recuerda en más de una comedia:

> [LEONIDO] ¡Oh, moro, de mi remedio
> el instrumento divino!,
> di que goce a Dorotea
> el pobre hidalgo Leonido;
> así reines desde Argel
> hasta los remotos indios[92].

91 Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, ed. Jorge Gurria Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 314.

92 Lope de Vega, *La pobreza estimada*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 609.

La lejanía del indio se convirtió en un lugar común en el nuevo eje retórico, pasando a formar parte de expresiones o juramentos cuando se quería dar a entender que se abarcaba todo el mundo conocido en una sola frase. Así se expresa un rey en *El soldado amante*:

[REY DINACREONTE] Haz de suerte que tu nombre
deste mar al Indio asombre,
que no es hazaña vencer
la fuerza de una mujer
quien se precia de tan hombre[93].

Asociado a este tópico, apareció naturalmente el concepto de 'antípoda' o 'en las antípodas' tal y como lo encontramos en el diccionario hoy en día: «En lugar o posición radicalmente opuesta o contraria» (*DRAE*), aunque sea evidente para cualquiera que América no está en las antípodas de la península Ibérica:

REINA Sol de España, quien dese sol es luna
razón fuera que diera luz alguna;
mas, como cuando está en medio la tierra
el sol alumbra a todo el horizonte,
y cuando en los antípodas se encierra,
queda obscura la tierra, el llano, el monte,
ansí vuestra presencia ata la tierra,
haciendo que el contrario se remonte[94].

93 Lope de Vega, *El soldado amante*, en *Obras completas. Comedias, VI*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 411.

94 Lope de Vega, *El cerco de Santa Fe*, ed. Delmiro Antas, en *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, coord. Patrizia Campana, Luigi Giuliani, María Morrás y Gonzalo Pontón, Lérida, Milenio, 1997, I, p. 521.

A finales del Quinientos, el vocablo 'antípoda' era utilizado también en sus otras acepciones, como: «Que se contrapone totalmente a otra cosa o persona». De este modo, la envidia –uno de los siete pecados capitales– se declara enemiga del cielo en la comedia hagiográfica sobre San Isidro:

[ENVIDIA] ¡Isidro muera, muera!
¡Al arma, guerra fiera,
aunque el auxilio celestial le valga!
¡Pastores deste suelo,
la Envidia soy, antípoda del cielo![95]

Esta palabra dio origen a numerosos juegos de contrarios, tan del gusto de la poesía conceptista. Admirar lo grande por lo chico o lo hermoso por lo feo era la manera singular que se tenía de argumentar la existencia de algo: enfrentándolo con su contrario; es decir, la inteligencia y la necedad son incompatibles en un ser humano, pero nadie podría ser juzgado por sabio si no existiera la estupidez. En Lope, destacaron especialmente los juegos de naturaleza astronómica, una de las pasiones confesas del poeta madrileño[96]. En *Laura perseguida* leemos:

[ORANTEO] ¡Vive el cielo, que primero
ves resolverse en nada
esta máquina estrellada
hasta el Antípoda fiero[97]

95 Lope de Vega, *San Isidro, labrador de Madrid*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 363.

96 Acerca de la afición de Lope por la astronomía, véanse los trabajos de Halstead (1939), Márquez Villanueva (1988) y Granja (1989).

97 Lope de Vega, *Laura perseguida*, ed. Silvia Iriso Ariz, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Giuliani, Lérida, Milenio, 2002, I, p. 75.

Para expresar lo remoto de las tierras americanas no sólo se empleaba el término 'antípoda', sino que también se recurrió a otra confrontación: de hemisferios. De esta manera, aparecen conceptos como «polo antártico» cuando en el *Arauco domado* los hermanos Hurtado de Mendoza conversan acerca de la gloria que supondría vencer al pueblo araucano:

FELIPE Si el fin dichoso gozas que pretendes
y el nombre Hurtado extiendes en el polo
Antártico, tú solo decir puedes
que de Alejandro excedes las memorias[98].

El Descubrimiento de América y el paso por el cabo de Buena Esperanza habían abierto los confines del mundo, de norte a sur y de este a oeste, pero a pesar de la gran extensión del imperio español, una buena parte de aquellas nuevas tierras había caído bajo el poder de los portugueses, primeros rivales en la carrera por la expansión colonialista. La competencia no duraría mucho. En 1580, la Corona lusa terminó siendo incorporada a la Monarquía Hispánica tras la reclamación del trono hecha por Felipe II, después de la muerte sin hijos del rey Sebastião I en la batalla de Alcazarquivir (4 de agosto de 1578). Un acontecimiento histórico de suma importancia que llevó a Lope a escribir una de las comedias del período que nos ocupa en este estudio: *La tragedia del rey don Sebastián*. No obstante, a pesar de la anexión de Portugal, por aquel entonces se siguió distinguiendo entre Indias Occidentales –de dominio español– e Indias Orientales –de ámbito luso–.

98 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 769.

Las Indias portuguesas

A finales del siglo XVI, la voz «Indias» tenía una significación bastante amplia. Para distinguir entre las áreas bajo autoridad española y portuguesa del Nuevo Mundo, se empleaba el término de «occidentales» para los territorios hispánicos y «orientales» para los lusos, incluyendo el Brasil. Todavía más. No hemos de olvidar que «Indias», aun referida sólo a las colonias españolas, no se limitaba a América, sino que incluía también a las islas Filipinas:

> Esto resulta natural, no sólo por razones de significado histórico de la palabra Indias, sino porque, desde su descubrimiento en 1521, su bautismo en honor del príncipe Felipe [futuro Felipe II] en 1542, y su colonización en 1565, las Filipinas fueron parte integrante de los dominios españoles en América, dependientes del virreinato de Méjico[99].

Si bien durante el período en el que se centra nuestro libro –el primer Lope– se produce la anexión de Portugal y todas sus posesiones ultramarinas –la asimilación de las colonias asiáticas fue un proceso largo, costoso y delicado—, todavía quedaba en el imaginario general –y de Lope, por supuesto, como oráculo del vulgo– la existencia de unas Indias portuguesas u orientales:

[PIALÍ] Portugal hace en las Indias
carros del agua en sus naves;
los polacos palatinos,
casas para letras hacen,
duerme Castilla, y Orán
roba por tu tierra alarbes[100].

99 Urtiaga, 1965: 16.

100 Lope de Vega, *La Santa Liga*, en *Obras completas. Comedias, X*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 487.

De todas las colonias portuguesas, sin duda el Brasil fue la más importante por extensión, recursos naturales y emplazamiento estratégico. Sin embargo, en más de una ocasión, Lope demuestra que no desconocía los puertos asiáticos y africanos como Macao, Cabo Verde y Timor Oriental, entre otros[101]. Estas posesiones tan apartadas eran mucho más difíciles de alcanzar, puesto que era necesaria la navegación por «mil largos mares»:

CAMILO (¿Por ver a Italia no pasa,
o las naciones francesas,
quien deja su patria y casa?
Por las Indias portuguesas,
mil largos mares traspasa[102].

Tanto es así que el poeta madrileño hizo suyo el uso de la palabra «Guinea» de origen portugués. Por «Guinea», los vecinos lusos entendían todo el mar y la costa africana más allá de las islas Canarias, concretamente una zona indeterminada que comenzaba al sur de la desembocadura del río Senegal o río del Oro:

---

101 Sin salirnos del primer Lope, en *La Dragontea* (1598) ya mencionaba el asalto a Cabo Verde de una flota pirata al mando de Drake en noviembre de 1585:

Pues mira si es razón que se te acuerde
cuando robaste con tu inglesa armada,
con tanto valor a Cabo Verde,
antiguamente "Hespérida" llamada (Lope de Vega, *La Dragontea*, ed. Antonio Sánchez Jiménez, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 608), 2007, p. 190).

102 Lope de Vega, *La viuda valenciana*, ed. Teresa Ferrer, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 263), 2001, p. 175.

CALANDRIO ¡De oji per diante, hermosa Lisida,
por vosso amor conquistarán mis mãos
tuda la Índia é costa de Guinea![103]

Precisamente, una de las tres comedias de tema americano que escribió Lope está centrada en la reconquista de Bahía, asaltada por una flota holandesa: *El Brasil restituido* (1625). Empero, esta pieza dramática pertenece a una etapa de la producción lopesca distinta al objeto de estudio que nos ocupa.

El Caribe

Cuando el 12 de octubre de 1492 Cristóbal Colón descubría América, en realidad no pisaba la masa continental, sino que había hollado las playas de un pequeño islote –probablemente Cayo Samaná en el archipiélago de las Bahamas– que fue bautizado como San Salvador, aunque el propio navegante genovés reconociera que ya tenía nombre en lengua taína:

> Amainaron todas las velas, y quedaron con el treo que es la vela grande, sin bonetas, y pusiéronse a la corda, temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los lucayos, que se llamava en lengua de indios Guanahaní[104].

Guanahaní sería la primera de cinco ínsulas que visitaría Colón antes de alcanzar la isla de La Española, y que fueron bautizadas por orden como Santa María de la Concepción, Fernandina, Isabelina y Juana:

---

103 Lope de Vega, *Los locos de Valencia*, ed. Héléne Tropé, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 277), 2003, p. 312.

104 Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos. Nuevas cartas*, eds. Consuelo Varela y Juan Gil, Madrid, Alianza Universidad, 1992, pp. 109-110.

BARTOLOMÉ ¿Cómo se llama esta tierra?
DULCANQ. Guanahamí, Guanahamí.
COLÓN Digno por cierto es de loa
Su ingenio que al mundo espante.
¿Hay tierra más adelante?
DULCANQ. Barucoa, Barucoa.
COLÓN ¡Gran tierra debe de haber![105]

La isla Juana –nombrada así en honor del príncipe Juan y no de la princesa Juana, como cree la mayoría[106]– fue avistada el 27 de octubre, aunque no se alcanzaron sus playas hasta un día después. Los relatos de los indios le dieron a Colón señas de la extensión de su línea de costa, la riqueza de sus minas y la abundancia en perlas, así que llegó a pensar que se trataba de la isla de Cipango (Japón), otro lugar mítico por sus tesoros. Una vez allí, a los españoles les maravilló su tamaño, fauna y flora, por lo que creyeron pisar la tierra firme del Catay (China), aunque no encontraran ciudades dignas del reino del Gran Khan:

> Dize el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles todo cercado el río, hermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto cada uno de su manera; aves muchas y paxaritos que cantavan muy dulçemente; avía gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras, […] Dezían los indios que en aquella isla avía minas de oro y perlas y vido el Almirante

105 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 981.

106 Juan de Aragón y Castilla (1478-1497): hijo y heredero de los Reyes Católicos, murió en el lecho, intentando complacer a su fogosa esposa, Margarita de Austria, futura tía de Carlos V.

> lugar apto para ellas y almejas, qu'es señal d'ellas. Y entendía el Almirante que allí venían naos del Gran Can y grandes, y que de allí a tierra firme avía jornada de diez días[107].

El nombre de Barucoa (o Baracoa) había sido mencionado en las crónicas de López de Gómara como el puerto cubano de Santiago de Barucoa, en el que, años más tarde, sería alcalde un joven hidalgo llamado Hernán Cortés, antes de su partida hacia la conquista de la Nueva España:

> Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniziento, la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerça, mucho ánimo, destreza en las armas. Fue trauiesso quando muchacho, y quando hombre fue assentado; y assí, tuuo en la guerra buen lugar, y en la paz fue alcalde de Santiago de Barucoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vezinos. Allí cobró reputación para lo que después fue[108].

Este topónimo cubano, probablemente sacado del cronista de Gómara, lo utiliza Lope en *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón* junto a Guanahaní y Haití, que fueron las islas más importantes que descubriera el navegante genovés en su primer viaje a América:

> ARANA ¿Adónde el indio despachas?
> PINZÓN A Haití, señores, le envío.
> [...]

107 Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos. Nuevas cartas*, eds. Consuelo Varela y Juan Gil, Madrid, Alianza Universidad, 1992, pp. 125-126.

108 Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, ed. Jorge Gurria Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 375.

[ARANA] ¡Vive Dios que hay hombre aquí
que diera todo el caudal
por hallar en Guanahamí
despacho a ventura igual!
[…]
[PINZÓN] Pienso que la conversión
de Haití y la Barucoa
causan esta remisión[109].

En las comedias del primer Lope, tampoco falta una referencia a la importante ciudad de La Habana, puerto principal de Cuba y escala forzosa de la potente Armada de Indias, en cuyas bodegas se transportaban los opulentos tesoros americanos, que iban camino de España:

[IMAGINACIÓN] a América, que le rinde,
porque le dio tantas almas,
oro, plata, perlas, palmas,
desde La Habana a Melindre[110].

En la misma pieza dramática también hallamos una mención a Chile, una tierra de la que Cristóbal Colón jamás conoció su existencia. Anacronismos al margen, aparece dentro de una expresión donde se intentaba abarcar a todas las Indias, de norte a sur, «desde Haití a la hermosa Chile», aunque ninguno de los dos lugares fueran realmente la frontera norte y sur de nada, ni siquiera de las posesiones españolas de ultramar:

---

109 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 987.

110 Lope de Vega, *Los españoles en Flandes*, en *Obras completas. Comedias, XIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1997, p. 589.

[TACUANA] y la cruz que nos predica
aquese bendito monje,
que la trajo en sus espaldas
por la redención del orbe,
desde Haití a la hermosa Chile[111].

No muy lejos de las antillas caribeñas se encontraban las costas de América Central, donde dominaba un poderoso imperio precolombino, el de los aztecas o mexicas. Aquellas ricas tierras, que serían sojuzgadas por Hernán Cortés, Díaz del Castillo y demás conquistadores, se convertirían pocos años más tarde en el Virreinato de Nueva España, verdadero epicentro del imperio colonial de los Austrias.

México

Sin duda, uno de los lugares del Nuevo Mundo que más fascinó a los españoles fue el imperio de los mexicas, cuya existencia se conoció a partir del descubrimiento del Yucatán por parte de Francisco Hernández de Córdoba en 1517. A pesar del fracaso de las primeras expediciones, la fertilidad del terreno, la existencia de oro y los espléndidos regalos que recibían de los indígenas fueron un aliciente para seguir explorando lo que en un principio creían era una isla:

> Como acordamos de ir la costa adelante hacia el poniente, descubriendo puntas y bajos y ancones y arrecifes, creyendo que era isla, como nos lo certificaba el piloto Antón de Alaminos, íbamos con gran tiento, de día navegando y de noche al reparo y parando […] algunos de nuestros solda-

111 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 988-989.

> dos maldecían al piloto Antón Alaminos y a su descubrimiento y viaje, porque siempre porfiaba que no era tierra firme, sino isla; donde los dejaré ahora, y diré lo que más nos acaeció[112].

Pronto, las noticias de un gran reino copioso en riquezas despertaron la codicia del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, que no tardó en pertrechar una armada con su propio dinero. Después de un tenso, largo e incierto debate, donde jugaron un papel decisivo los pactos secretos, la capitanía general de la expedición fue concedida a un joven encomendero de la isla llamado Hernán Cortés:

> […] un buen hidalgo, que se decía Hernando Cortés, natural de Medellín, el cual fue hijo de Martín Cortés de Monroy y de Catalina Pizarro Altamirano, e ambos hijosdalgo, aunque pobres; […] fue de los buenos linajes de Extremadura, e tenía indios de encomienda en aquella isla, e poco tiempo había que se había casado por amores con una señora que se decía doña Catalina Xuárez Pacheco[113].

Como cualquier español de su tiempo, Lope conocía bien la historia de Hernán Cortes y su conquista de la Nueva España. En más de una ocasión, el poeta madrileño aprovecha para elogiar al personaje de manera encendida. A pesar de que el botín sacado por Francisco Pizarro en el Perú había sido bastante más considerable que el conseguido por Cortés, la fama de este último fue siempre ilustrísima, probablemente porque fuera el primer gran héroe de la mag-

---

112 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. Carmelo Sáenz de Santa María, Barcelona, Sopena, 1970, pp. 95-99.

113 Ibíd., p. 125.

na empresa americana –con permiso de Colón, claro– y la traición de Gonzalo Pizarro manchara sin remedio el linaje de los conquistadores de Trujillo. Si bien no hemos recogido su presencia en las comedias del primer Lope que conforman nuestro objeto de estudio[114], en *La Arcadia* (1598) Cortés aparece en una galería de grandes personajes de la Historia:

> Cortés soy, el que venciera
> por tierra y por mar profundo
> con esta espada otro mundo,
> si otro mundo entonces viera.
> Di a España triunfos y palmas
> con felicísimas guerras,
> al rey infinitas tierras,
> y a Dios infinitas almas[115].

Lo que ocurrió después del desembarco de Cortés es conocido por todos. La conquista de Tenuchtitlán dio lugar a un largo, lento y penoso proceso de pacificación que llegaría hasta el establecimiento de la primera organización administrativa en suelo americano: el Virreinato de Nueva España, ordenada por el Emperador mediante cédula real en 1535. Inmediatamente, comenzaron a arribar al puerto del Arenal

---

114 En la lista comedias de la segunda edición de *El peregrino en su patria* (1618) aparece una obra titulada *La conquista de Cortés*, hoy perdida, lamentablemente.

115 Lope de Vega, *La Arcadia*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 63), 1975, p. 245. Pocas páginas antes, ya lo había presentado como un héroe nacional:

> Este a cuyos pies has visto tantos reinos y ciudades, y cuyas sienes dignas laurea y cerca el árbol sagrado a Alcides, es el famoso conquistador del Nuevo Mundo, Fernán Cortés, cuyas inauditas hazañas ni el tiempo las podrá acabar ni la envidia oscurecer (Ibíd., p. 230).

de Sevilla los primeros tesoros indianos y hacia México se dirigió siempre una parte importante de la emigración a las Indias. En *El galán escarmentado*, Celio se viste de luto por Ricarda, pero para disimular le ordena a su criado que haga saber por la ciudad que el duelo es por un pariente fallecido, por supuesto ficticio, que residía en Nueva España:

CELIO Si te preguntan por quién,
di que por un tío mío
que estaba en Méjico[116].

Para desgracia del galán, su estratagema se descubre pronto como falsa, pues el mismo padre de Celio exclama estupefacto que nunca un hermano suyo pasó a las Indias y menos a Nueva España:

ANTANDRO ¿Cómo o dónde tiene tío?
ROBERTO Por su tío, señor mío.
ANTANDRO ¿Yo, hermano en Méjico? ¿Yo?
¿Quién dijo tal desvarío?[117]

El Virreinato de Nueva España no era el único centro de poder en el Nuevo Mundo, pues pronto se consolidaría una nueva división territorial en las tierras que habían pertenecido al Imperio Inca y que hoy en día se reparten diversos países: «No quiero yo tratar agora de lo que los reyes ingas señorearon, que fueron más de mil y docientas leguas; mas solamente diré lo que se entiende Perú, que es desde Quito

116 Lope de Vega, *El galán escarmentado*, en *Obras completas. Comedias, IV*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 863.

117 Ibíd., p. 864.

hasta la villa de Plata [actual Sucre, Bolivia], desde el un término hasta el otro»[118].

Perú

El Virreinato del Perú fue la otra gran entidad administrativa del imperio colonial español. Si el botín conseguido por la conquista del Azteca había sorprendido sobremanera a la corte de Carlos V, el tesoro obtenido por Francisco Pizarro de la batalla contra el Inca maravilló a la Europa cristiana, dejando marcadas a las generaciones futuras. En el ideario del pueblo, Perú quedó inscrito como sinónimo del oro, sustituyendo a las Indias como cornucopia de riquezas. Una tierra lejanísima a la que se llegaba después de navegar por las aguas del mar Antártico:

PILLALONCO Cuéntame, Pillán divino,
quién es aqueste famoso
capitán, que del Perú
viene a Chile, y sobre el hombro
del mar Antártico, dando
tanto miedo a nuestro polo[119].

Como ya hemos señalado en páginas precedentes, la apertura de las minas de plata del cerro del Potosí provocó que aquel remoto lugar acaparara los laureles de ser la tierra del oro –en este caso, de la plata–. La producción argentífera

118 Pedro Cieza de León, *La Crónica del Perú*, en *Historiadores primitivos de Indias*, ed. Enrique de Vedia, Madrid, Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, 26), 1862, p. 387.

119 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 762.

se disparó con la explotación de aquellas minas, así como los ingresos de la Corona española, impulsados por el aluvión de metales preciosos que arribaban con cada flota. Semejante identificación entre el Potosí y grandes riquezas dio pie a diálogos tales como:

> [LUPERCIO] En fin, ¿tomó la cadena?
> LEANDRO Y el cerro del Potosí.
> ¡Bonita es el alma en pena!
> Más sabe que Malgesí[120].

Al sur del Perú había un terreno fronterizo donde continuaba la conquista, aunque no con el ardor, intensidad y medios de otras empresas, pues el extremo meridional del continente era una tierra agreste, no tan rica en oro y llena de tribus indómitas a las que era muy difícil someter bajo la égida de las armas:

> «[…] a la parte austral, pasada la línea equinocial de estas nuestras Indias, hay grandísimas tierras llenas de infinitas naciones, no sólo el espacio que hay entre la línea y el trópico de Capricornio, pero el espacio que hay después del dicho trópico donde cae la grande y feliz tierra de Chile, que es la postrera provincia o reino del Perú»[121].

Chile

Desde fechas tempranas, la historia colonial de Chile aparece vinculada a la del Perú por las sangrientas guerras civiles

120 Lope de Vega, *El desposorio encubierto*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 494.

121 Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria*, eds. Vidal Abril Castelló y otros, Madrid, Alianza, 1992, I, p. 431.

que asolaron la región andina a mediados del Quinientos. La administración de las nuevas tierras había pergeñado las gobernaciones de Nueva Castilla y Nueva Toledo, que fueron confiadas a Francisco Pizarro y Diego de Almagro, respectivamente. Pronto, el reparto del territorio ocasionó luchas intestinas entre los partidarios de quienes habían sido compañeros en la conquista del Inca. Por un lado, el Perú era ya una tierra prácticamente pacificada, con niveles notables de colonización –Pizarro había fundado la Ciudad de los Reyes [Lima] en 1535– y abundante en metales preciosos; por el otro, Chile estaba aún sin conquistar, tenía poca población española y carecía de la riqueza en oro y plata de sus vecinos del norte. No nos puede extrañar, entonces, que la envidia y la codicia jugaran un rol fundamental en el estallido de las hostilidades. Los derechos legales sobre la ciudad del Cuzco, cuya posesión quedó en litigio durante años, se convirtió en caballo de batalla entre quienes querían conservar a toda costa sus opulentos dominios y quienes reclamaban un pedazo más grande de la tarta andina.

La imagen de Chile en la literatura del Quinientos es bien distinta a la peruana. Y Lope lo sabía. Mientras el pueblo recordaba al Perú como la famosa tierra del oro, Chile pasó al ideario popular como el hogar de los feroces araucanos, temibles enemigos de los españoles. Tamaña hazaña merecía una comedia. En el *Arauco domado*, un indio advierte a los confiados conquistadores de que Chile no será una empresa tan 'fácil' como lo fue el Perú:

RENGO Infames, puesto que altivos;
Y tú, García, si tú
piensas que es Chile el Perú
¿por adónde saldréis vivos?
Hoy os llevará cautivos…

LA VOZ Al cerro de Andalicán[122].

De nuevo, estamos ante una de sus tres comedias de tema americano. Como bien apunta el profesor Dixon, el *Arauco domado* es una obra de encargo que fue escrita para mayor gloria del linaje de los Mendoza, ensalzando la figura de don García, que acabó con la rebelión araucana: «In our case, however, the hero of the play was still very much alive, and its commissioning was only one manoeuvre in a complex publicity campaign»[123]. La relación del poeta madrileño con la familia está documentada por una doble vertiente: primero, en 1598 Lope fue secretario del marqués de Sarria, sobrino de don García[124], y, segundo, en febrero de 1607, don Juan Andrés Hurtado de Mendoza, hijo del conquistador, fue el padrino de Lope Félix, vástago habido con Micaela de Luján[125]. Por consiguiente, no nos puede sorprender que la familia pusiera sus ojos en Lope para componer una pieza dramática que encumbrara a tan ilustre personaje. Para intentar hacer justicia a don García, el poeta madrileño se inspiró en mayor medida en dos cantos épicos de corte bien distinto: la *Primera parte del Arauco domado* de Pedro de Oña (1596), donde se alaba sin tapujos la destreza al mando de don García, y *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1597), donde los aciertos del marqués de Cañete son deliberadamente empequeñecidos por el poeta, resentido con su capitán

122 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 771.

123 Dixon, 1993: 79.

124 Castro y Rennert, 1968: 110.

125 Ibíd., 163.

general desde el suceso de La Imperial, que a punto estuvo de costarle la vida[126].

A la vista queda que el dramaturgo empleó sendas fuentes para adornar su comedia de una fecunda toponimia chilena, desde lugares de nombre indígena como ríos o valles hasta emplazamientos levantados por los soldados como ciudades o fuertes[127]. A finales del siglo XVI, después de numerosos enfrentamientos, la frontera entre españoles y araucanos se estableció en el caudaloso río Biobío o Bío-Bío, límite natural entre el norte colonial y el sur mapuche:

> [FELIPE] Y entrando la tierra adentro,
> belicosa y rebelada,
> al río de Bío-Bío
> valerosamente marcha[128].

En otro lugar del *Arauco domado*, Lope demuestra también ser un buen conocedor de los diferentes emplazamientos coloniales, como Concepción del Nuevo Extremo, fundada

---

126 «Vuelto a la Imperial con la compañía expedicionaria, Ercilla se ve envuelto en un incidente durante una 'justa y desafío' entre jóvenes caballeros que le costó grave amenaza de ajusticiamiento e 'impertinente' prisión durante 'gran tiempo'. Debió ser injusto el castigo pues el texto lo menciona dos veces con términos duros, acusando al juez de 'celeridad'» (Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 359), 1993, p. 16).

127 La influencia de ambas obras en el *Arauco domado* lopesco ha sido ampliamente estudiada en los últimos años; por ejemplo, Corominas (1981), Lauer (1993) y Sánchez Jiménez (2006).

128 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 786.

por Pedro de Valdivia en 1550[129]. Al norte, la joven ciudad poseía un importante puerto militar, Talcahuano, que tomó el nombre de un caudillo indígena:

[CAUPOLICÁN] El español don García,
aunque la mar alteré
[…]
ya llegó a la Concepción;
tomó puerto en Talcahuano,
pasó a Tierra Firme. En vano
intento su perdición;
que en Penco ha formado un fuerte,
donde defenderse piensa
[…]
Arremete al fuerte luego,
no quede vivo español,
antes que al valle de Engol

129 Así describía toda la región de Concepción un viajero español del siglo XVIII: «La Provincia de la Concepción está reducida al corto terreno que hay de poniente a oriente desde el mar hasta los términos de las Provincias de Cauquenes y Puchacay, las quales se hallan al Nordeste y Leste de la Concepción, como dos leguas de distancia, y desde N. a S. desde el río Andalién hasta el de Biobío: comprendiéndose en ella los sitios llamados la Mochita, Quebrada de Cárcamo y de Palomares, Hualpén (y) los Puertos de Penco el Viejo y San Vicente, no frecuentados de embarcaciones: en este último, que está situado detrás de las Tetas de Biobío, se echó al agua en 1783 el navío San Miguel, hallándonos presentes los Botánicos. Finalmente está el Puerto de Talcahuano, con una grande Bahía, la qual tiene a la entrada Isla pequeña, de dos leguas de largo, llamada Quiriquina. En esta hacen quarentena las personas que desde el Perú ó de otras partes llegan al Puerto con Viruelas u otras enfermedades epidémicas. Tiene dos entradas esta Bahía: una grande, á la parte del Norte, por la qual entran los buques de todo porte, y otra pequeña, a la del Sur, para solo barcos menores» (Hipólito Ruiz López, *Relación histórica del viaje a los reinos del Perú y Chile*, ed. Jaime Jaramillo-Arango, Madrid, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Matemáticas, 1952, p. 249).

pongan, los que vienen, fuego.
[…]
Tocad a guerra, saquemos
las armas que dieron muerte
a Valdivia, y este fuerte
de Penco por tierra echemos[130].

En realidad, cuando se menciona el valle del Penco, se trata del asentamiento primitivo de la villa de Concepción hasta el maremoto de 1764, que obligó a trasladar la ciudad unos pocos kilómetros más hacia el sur. El fuerte de Penco que menciona Lope no puede ser el famoso fuerte «La Planchada», monumento nacional chileno, pues no fue construido hasta el año 1687, por orden del gobernador José de Garró, para hacer frente a las incursiones de piratas ingleses y holandeses. Otra posibilidad es que al hablar de Penco se refiera a una de las siete ciudades que levantaron los españoles en territorio araucano. Engol o Angol para Ercilla era un valle del Arauco donde se fundó la población de Los Confines de Angol, que también tomó su nombre de un cacique:

Dejando allí el seguro suficiente
adelante los nuestros caminaron;
pero todas las tierras llanamente,
viendo Arauco sujeta se entregaron,
y reduciendo a su opinión gran gente,
siete ciudades prósperas fundaron:
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,
La Imperial, Villarica, y la del Lago[131].

---

130 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 766.

131 Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 359), 1993, p. 101.

Nada más desembarcar en La Serena el 23 de abril de 1557, una de las primeras medidas que emprendió el nuevo gobernador fue recuperar los asentamientos perdidos. Don García mandó reconstruir las ciudades arrasadas por los araucanos tras la muerte de Valdivia y una de ellas recibió el nombre de Cañete de la Frontera[132], en honor del marqués, su padre:

[LAUTARO] ¿Al cerro de Tucapel
consientes que ya camine,
y que donde tuvo casa
Valdivia, a quien muerte diste,
funde una ciudad, que llama
Cañete, del nombre insigne
del estado de su padre?[133]

Volviendo a la toponimia indígena, Lope torna a enumerar las regiones de aquella parte del continente americano desde la orilla septentrional del río Biobío, Chile –que acabó denominando a todo el país–, hasta el extremo meridional en la Patagonia chilena, la provincia de Ancud[134]:

---

132 Cuenta Herrera y Tordesillas que el gobernador Francisco de Villagrán mandó cambiar el nombre de esta ciudad por el de Tucapel –otro caudillo araucano– y después la despobló (Antonio Herrera y Tordesillas, *Descripción de las Indias Occidentales*, ed. Antonio Ballesteros Beretta, Madrid, Real Academia de la Historia, 1934, p. 172).

133 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 815.

134 El nombre de Ancud no sólo aparece vinculado al de una provincia, sino también al de un lago y un archipiélago patagónico. De este modo la describe Alonso de Ercilla:

Siete días perdidos anduvimos
abriendo a hierro el impedido paso,
que en todo aquel discurso no tuvimos,

[GUALEVA] […] para que al Rey español,
antes que la espada afile,
se rindiera todo Chile,
Ancud, Arauco y Engol[135].

Por último, nos queda por mencionar Purén, que era un valle del Arauco que, como la mayor parte de la toponimia chilena, recibió su nombre de un cacique indígena. Alonso de Ercilla nos cuenta en *La Araucana* que fue el escenario de una batalla cruenta entre españoles y araucanos:

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
de las armas y voces resonaban.
Unos van en montón allá corriendo,
otros acá socorro demandaban.
Era la senda estrecha y no pudiendo
ir atrás ni adelante, reparaban
que el bagaje, la chusma y el ganado
tenía impedido el paso y ocupado[136].

---

do poder reclinar el cuerpo laso.
Al fin una mañana descubrimos
de Ancud el espacioso y fértil raso,
y al pie del monte y áspera ladera
un estendido lago y gran ribera.
Era un ancho archipiélago, poblado
de innumerables islas deleitosas,
cruzando por el uno y otro lado
góndolas y piraguas presurosas (*La Araucana*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 359), 1993, pp. 927-928).

135 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 821.

136 Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 359), 1993, p. 776.

Sin embargo, en el canto épico del soldado poeta aparece este nombre en más de un lugar, ya que no sólo es el escenario de una batalla, sino también el emplazamiento de un fuerte y el nombre de un cacique. En el caso del *Arauco domado*, Lope se centra en las quebradas de Purén, donde se reúnen los escuadrones araucanos al mando del toqui Caupolicán:

CAUPOLICÁN Las quebradas de Purén,
para hacer cualquier contrato,
son secretas y seguras;
allí podremos juntarnos[137].

La prolijidad en las descripciones geográficas de Chile, con sus ciudades, valles y puertos, no era una demostración baladí. A nadie se le escapa que sólo un puñado de los espectadores del corral de comedias conocería aquellos nombres tan exóticos. Ahora bien, aunque es cierto que existe una intención de darle colorido a la pieza dramática, no nos podemos olvidar que detrás de todo aquello se escondía el propósito de Lope de lucir su ciencia.

Lope, poeta científico

En todo este despliegue de conocimientos cosmográficos, se esconde una vez más la intención del dramaturgo de demostrar su condición de poeta científico y que se reconociera su erudición como bóveda clave de su poesía. Entendida como compendio de todas las ciencias, este concepto tuvo

137 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 829-830.

su origen en el siglo XV, alcanzando un nuevo vigor a finales del Quinientos cuando es refrendado por el Pinciano en su *Filosofía antigua poética* (1596):

> Fadrique dixo: Es assí la verdad; pero es de saber que las ciencias fueron dichas Musas, que quiere dezir vnidas. Y assí, tratando de la vna en la poética, es necessario muchas vezes entrar en la otra. Y esto no es vicio, antes deleyta por la variedad, y tiene más doctrina por la misma razón. Y lo que yo dixe de la trágica que enseña política, entendedlo principalmente, y que las demás doctrinas son acesorias, y, aunque, como dize Manilio, poeta, "Quanto el mundo capaz dentro contiene / cantado fue de los poetas sabios". Materia de la Poética es el vniversal, digo, q[ue] principalme[n]te lo son las tres artes dichas, ente[n]didas debaxo la Philosophía moral, Etica, Económica y Política; y esto quiso dezir Horacio quando dixo en su *Arte*: "El officio de los poetas es apartar a los hombres de la Venus vaga; dar leyes a los maridos; fundar repúblicas"[138].

Ya esta idea había aparecido en Cervantes, en el coloquio de Don Quijote y el caballero del Verde Gabán, pero el Príncipe de los Ingenios nunca arriesgó la llaneza del lenguaje que defendía el siglo de Juan de Valdés. En cambio, Lope, quince años más joven que Cervantes, sí se atrevió a enmarañar la sencillez de la lengua renacentista con un vocabulario nuevo, extenso y provisto de largas enumeraciones históricas, geográficas, astronómicas, botánicas, etc. Es la llegada de la innovación barroca a la lengua poética.

Esta conciencia culta se convierte en rasgo singular del estilo lopesco. La poesía debe presentarse acicalada por las

---

138 Alonso López Pinciano, *Filosofía antigua poética*, ed. Alfredo Carballo Picazo, Madrid, CSIC, 1953, I, pp. 218-219.

otras ciencias, como la doncella cervantina. El nuevo fundamento poético tiene detrás la autoridad incontestable de Homero y Virgilio, por lo que, en realidad, se basaba en el pensamiento del Pinciano:

> [...] como si las obras de los antiguos Virgilio, Homero y otros no estuviesen llenas de moral y natural filosofía, que ésta es la principal maestra de los concetos y bellas invenciones, y llenas también de mil discreciones de tiempos y lugares en que se les conoce ser grandísimos cosmógrafos y astrólogos[139].

El adorno erudito podía llegar a desorientar al público, que se quedaría maravillado con listas interminables de animales fabulosos, cordilleras majestuosas, constelaciones desconocidas... A veces, aquel afeite estético llegaba a límites insospechados. En el *Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, Lope se gusta a sí mismo y para dar una simple referencia geográfica 'de sur a norte' prefiere hablar de «el Sur a los Triones», es decir, la Osa Mayor, el norte para cualquier astrónomo:

> [TACUANA] Yo soy Tacuana, de Haití,
> que ha vivido desde entonces
> sin mi esposo, a quien Dulcán
> me robó la misma noche
> que Clapillán, padre mío,
> me le dio para que goce
> del indio más generoso
> que hay desde el Sur a los Triones[140].

139 Lope de Vega, *La Arcadia*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 63), 1975, p. 268.

140 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 989.

De nuevo, Lope no inventa nada. Este extraño nombre para la constelación más famosa tuvo su origen en la Antigüedad latina. En su libro *Astronomía Poética*, Cayo Julio Higino (64 a.C. – 17 d.C.) menciona uno de los nombres populares de la Osa Mayor: triones, o sea, «bueyes». Ya que son siete las estrellas más brillantes de esta constelación, se solía anteponer 'siete' a su nombre, resultando el vocablo *septem triones*, «siete bueyes», o 'septentrión' –también el viento del norte–, palabra de la que derivó el adjetivo 'septentrional', y que pasó a denominar a cualquier región norteña –respecto a Roma, por supuesto–. Dicho adjetivo es muy utilizado en nuestros días, aunque en su significado haya perdido a Roma como epicentro. Es posible que los bueyes que los romanos veían en esta constelación estuvieran relacionados con el carro griego, pero se ha sugerido que los triones tengan su ascendente en los *Hapto-iringas*, los siete toros de los persas.

Así que Lope se aparta por un momento de su condición de «poeta llano» para demostrarnos que posee conocimientos de astronomía, lejos de ser un experto, es cierto, pero muy por encima de la furia mosqueteril[141], que era lo importante. Al fin y al cabo, sólo estaba siguiendo su propio consejo:

---

141 Recordemos que en la dedicatoria de una de nuestras comedias, *La pobreza estimada*, Lope había dividido los poetas en dos bandos, como si fuesen Castelvines y Monteses: «[…] a los unos llaman *culteranos*, de este nombre culto, y a los otros *llanos*, eco de castellanos, cuya llaneza verdadera imitan» (Case, 1975: 195). Por lo tanto, la humildad en la poesía es una virtud, como declara el primer Lope entre 1596 y 1597, que es cuando probablemente compusiera esta quintilla del *Isidro* (1599):

Si os pusiere por objeto
de tantos algún discreto,
que sois humildes y llanos,
decid que son castellanos

los versos como el sujeto (Lope de Vega, *Isidro*, en *Obras completas. Poesía, I*, ed. Antonio Carreño, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 2002, p. 212).

> No sólo ha de saber el poeta todas las ciencias, o a lo menos principios de todas, pero ha de tener grandísima experiencia de las cosas que en tierra y mar suceden, para que, ofreciéndose ocasión de acomodar un ejército o de escribir una armada, no hable como ciego, y para que los que lo han visto no le vituperen y tengan por ignorante. Ha de saber ni más ni menos el trato y manera de vivir y costumbres de todo género de gente; y, finalmente, todas aquellas cosas de que se habla, trata y se vive, porque ninguna hay hoy en el mundo tan alta o ínfima de que no se le ofrezca tratar alguna vez, desde el mismo Criador hasta el más vil gusano y monstro de la tierra[142].

Respecto a América, la oportunidad era inmejorable. La flamante realidad de un nuevo continente le permitía lucirse. En *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón* pone en boca de un solo personaje todo un compendio de conocimientos sobre la fauna y flora americana, pasando por sus gemas, minerales y metales preciosos:

[DULCANQUELLÍN] Diome la paz y la guerra
a mí poner o quitar:
perla y coral en el mar,
el oro y la plata en la tierra.
Sale el diamante en su escoria
de la mina, donde en vano
resiste al trabajo humano,
de su dureza victoria.
Sale el topacio de gualda
y la morada amatiste,
el jacinto que azul viste,
la continente esmeralda,

142 Lope de Vega, *La Arcadia*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 63), 1975, p. 268.

el colorado rubí,
con el vario girasol
y cuanto sustenta el sol
desde Guaira a Potosí.
Y todo sirve a mis pies,
y servirá a los de entrambos,
sólo adornando los tambos
adonde conmigo estés.
De la tierra tendrás luego
bravos animales y aves,
en los aromas süaves,
que son de la fénix fuego:
la perdiz, el papagayo
con el avestruz plumoso,
la garza, el padrón hermoso
y el vistoso guacamayo,
la oveja que sufre carga,
la vaca fértil, el gamo,
la liebre, al tronco del ramo
de tuna o mezquique amarga.
Y en la mar el tiburón
que el huevo saca a la arena,
el delfín que a la ballena
de quien estos arcos son.
Pues de frutas y mayque,
cazabe, miel, cocos, chiles
y otras, cuya agua destiles
de su sabrosa raíz,
es tierra dichosa y bella,
y mucho más mi afición,
que no hay rica posesión
que se compare con ella[143].

143 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 958-959.

El cacique Dulcanquellín le ofrece un espléndido patrimonio a su futura esposa, donde se incluye toda clase de riquezas indianas, aunque, evidentemente, más de una no fueran exclusivas del continente americano, como el oro o la liebre. Poco importaba. Lope quería demostrar una vez más su condición de poeta científico, de ahí la larga lista de piedras preciosas (diamante, topacio, amatista, jacinto, esmeralda, rubí y ópalo «vario girasol»), animales terrestres (perdiz, papagayo, ñandú «avestruz plumoso», garza, caballo semental «padrón hermoso», guacamayo, llama «oveja que sufre carga», vaca, gamo y liebre) marinos (tiburón, delfín y ballena) y alimentos (maíz «mayque», cazabe, miel, coco y chile)[144].

Reyes, tribus y naciones

Lo primero que los colonos advertían nada más arribar era que no estaban solos. En las comedias del primer Lope no faltan las referencias a los diferentes pueblos que poblaban América a la llegada de Colón. Poco a poco, las sucesivas oleadas colonizadoras fueron descubriendo nuevos paisajes, territorios y civilizaciones. Ya sea gracias a la navegación por océanos desconocidos o la exploración de tierras vírgenes, los españoles entraron en contacto con cientos de naciones indígenas –entendiendo «nación» tal y como se concebía en tiempos del Fénix–. Cada una con sus propios usos, costumbres y tradiciones, según fueran civilizadas o primitivas,

144 Para completar este catálogo de la Naturaleza, no nos olvidamos de los tesoros marinos (perla y coral) y de la tierra (oro y plata), así como la «tuna» o higuera de las Indias y el «mezquique» o mezquite, árbol mexicano de cuyas vainas se saca todavía hoy una harina para preparar pan, tortas y pasteles.

sedentarias o nómadas, pacíficas o belicosas, etc. Un hermoso mosaico etnográfico que comprendía desde las tribus de la isla de Nootka hasta los indios fueguinos de la Patagonia. Todo un florilegio de culturas del que la inmensa mayoría de los españoles del Quinientos apenas llegaba a oír hablar. Sólo un número limitado de estos pueblos fue conocido en el Viejo Mundo y fue a través de los relatos de viajeros, soldados y, por supuesto, poetas.

Araucanos

Normalmente, la fama de aquellos pueblos fue debida más a las riquezas que se sacaban de su conquista o la fiereza de sus armas, que a cualquier otro motivo. Pertenecientes a esta última clase, los araucanos fueron inmortalizados gracias a *La Araucana* de Ercilla, que los presentó como un pueblo feroz, indómito y heroico, que incluso a pesar de la muerte de su caudillo Caupolicán, seguían con el alma «llena de nueva rabia y mayor ira»[145]. Los araucanos –o mapuches, como prefieren ser llamados hoy en día– habitaban el sur de Chile, en la región conocida como el Arauco, al sur del río Biobío, por lo que eran una más –y no la totalidad– de las distintas tribus chilenas:

> [TIPALCO] Si toda la chilena y araucana,
> con ser Aguirre y Villagrán dos viejos
> de igual respeto y de experiencia cana,
> previenen armas y hacen sus consejos[146].

145 Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 359), 1993, p. 905.

146 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 753.

Celebrados por su espíritu rebelde; no obstante, los araucanos no quedan libres de una caracterización como bárbaros en toda la extensión del término: extranjeros[147], faltos de un mínimo grado de civilización[148] y crueles en la práctica de sus costumbres[149], tal y como está recogido en el *Diccionario de Autoridades*:

> REBOLLEDO Este mancebo,
> el César ha de ser de aquesta hazaña;
> […]
> viene a domar a Chile y a la gente
> bárbara que en Arauco se derrama[150].

Sin duda, el hecho de que Lope les dedicara una comedia tuvo una especial trascendencia para que el pueblo araucano fuera conocido en el Viejo Mundo, pero otras naciones nativas no necesitaron de ninguna pieza dramática para ser temidas o respetadas. El relato de los viajeros que volvían de América fue suficiente para despertar el miedo a lo desconocido.

Caribes

Otro de los pueblos indígenas que se hizo un hueco en el imaginario popular fueron las tribus caribeñas o caribes, ya mencionadas por Cristóbal Colón en su diario, donde des-

---

147 En su sentido etimológico; del gr. *bárbaros*.

148 *bárbaro*: «inculto, grosero, lleno de ignorancia y rudeza, tosco y salvaje» (*Autoridades*).

149 *bárbaro*: «fiero, cruel, despiadado» (*Autoridades*).

150 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 753.

cribió a aquellos indígenas como brutales, agresivos y peligrosos no sólo para los españoles, sino para cualquiera que se cruzara en su camino, nativo o europeo[151]. Y así quedaron en la mente del hombre del Quinientos:

> [ARMELINA] haz cuenta que a Libia llegas,
> y entre sus áspides vives;
> haz cuenta que a los caribes
> por huésped la vida entregas[152].

Sin embargo, por encima de cualquier condicionante, los caribes no eran temidos por su belicosidad, puesto que, como el propio Almirante admitía, no conocían el hierro o el acero. Aquellos nativos de las Antillas eran devoradores de hombres, algo que hacía muchos siglos que no se veía en el Viejo Mundo:

> [DOÑA TERESA] hombre el más bárbaro y duro
> que orilla del Tanais vive,
> donde beben sangre humana
> los abrasados caribes[153]

---

151 Miércoles, 26 de diciembre: «[…] aunque diz que el comienço fue sobre él habla de los de Caniba qu'ellos llaman caribes, que los vienen a tomar, y traen arcos y flechas sin hierro, que en todas aquellas tierras no avía memoria d'el y de azero ni de otro metal salvo de oro y de cobre, aunque cobre no avía visto sino poco el Almirante. El Almirante le dixo por señas que los Reyes de Castilla mandarían destruir a los caribes y que a todos se los mandarían traer las manos atadas» (Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos. Nuevas cartas*, eds. Consuelo Varela y Juan Gil, Madrid, Alianza Universidad, 1992, p. 180).

152 Lope de Vega, *Los palacios de Galiana*, en *Obras completas. Comedias, VII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 427.

153 Lope de Vega, *El primer rey de Castilla*, en *Obras completas. Comedias, X*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 302.

El horror de los sacrificios humanos fue una nueva realidad que sacudió las conciencias en la metrópoli. Los europeos –y por ende, los españoles– creían tener desterrada aquella práctica abominable, por lo que enfrentarse a un adversario cuyo fin último era devorar a su enemigo vencido era algo para lo que los conquistadores no estaban preparados:

[SOTO] que sin duda imaginó
que comían los soldados
los luteranos asados
que el fuego entonces quemó.
¡Pues no son los españoles
caribdes, borracho![154]

La comparación entre caribes y españoles que presenta *El asalto de Mastrique* no era tan exagerada porque, si bien, evidentemente, los arcabuceros no comían carne humana, su fiereza en combate atemorizaba a sus enemigos. En otro lugar, sin salirnos del primer Lope, hallamos uno de los elogios más encendidos a aquellos famosos soldados en forma de arenga antes de la batalla:

¡Españoles hidalgos, envidiados
por las armas de todas las naciones,
temidos, perseguidos y estimados
por vuestros indomados corazones;
sangre de los católicos soldados
que han puesto los cristíferos pendones
en las remotas playas de Occidente,
peregrina ocasión tenéis presente![155]

154 Lope de Vega, *El asalto de Mastrique por el príncipe de Parma*, ed. Enrico di Pastena, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Giuliani, Lérida, Milenio, 2002, I, p. 321.

155 Lope de Vega, *La Dragontea*, ed. Antonio Sánchez Jiménez, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 608), 2007, p. 441.

En las comedias del poeta madrileño no sólo descubrimos huellas de las naciones indígenas del Nuevo Mundo, sino también los nombres de algunos de sus más célebres reyes o caciques, que se enfrentaron con las armas a las sucesivas oleadas de conquistadores. Pero antes queda decir algo de los chichimecos.

Chichimecos

Si los araucanos presentaron una resistencia fiera a los conquistadores en el sur del continente; en el norte, el pueblo chichimeco entabló batalla sin cuartel durante décadas en lo que pareció una guerra sin fin. Los chichimecos habitaban las tierras septentrionales de México, desde Querétaro hasta Saltillo y desde Guadalajara hasta San Luis Potosí. Su carácter indómito fue despreciado por los españoles, que consideraron a los chichimecos como antropófagos salvajes, infieles y traicioneros, que aprovechaban la más mínima oportunidad para alzarse en armas nada más abandonar los soldados españoles un lugar recién pacificado. Su mala fama nos la recordaba Baltasar Gracián de esta manera:

> Yo he rodeado y aun rodado todo el mundo, y siempre por tierra de mi rey, y con que he visto cosas bien raras, como los gigantes en la tierra del fuego, los pigmeos en el aire, las amazonas en el agua de su río […] los sátiros y los faunos, batuecos y chichimecos, sabandijas todas que caben en la gran monarquía española, yo no he topado ese gran prodigio que ahora oigo[156].

156 Baltasar de Gracián, *El Criticón*, en *Obras completas*, ed. Arturo del Hoyo, Madrid, Aguilar, 1967, pp. 697-698.

Historiadores del siglo XVI como Luis Cabrera de Córdoba o fray Jerónimo de Mendieta[157] no tuvieron mejores palabras para describir la barbarie de aquel pueblo. La cruenta guerra chichimeca se prolongaría medio siglo (1550-1600) hasta la firma de la paz entre los caciques y la Corona española, representada por el capitán mestizo Caldera y el franciscano Francisco de Magdalena[158].

A pesar de la fama horrible de la que 'disfrutaban' los chichimecos y que le hacían ser bien conocidos dentro y fuera de los corrales de comedias, en *El galán escarmentado*, Lope comete un pequeño error al confundir a los chichimecos con los incas, pues nunca jamás vivió el primero en tierras del segundo:

ANTANDRO Que te han engañado, digo,
y ¿quién era?
CELIO Un mejicano,
que fue a su muerte testigo.
Dice que en los campos secos
del Cuzco, por do pasó,
le mataron chichimecos[159].

Confundía México con Cuzco, un desliz sensible para aquel hijo de un modesto bordador, que se había ocupado toda su vida de demostrar a cualquiera que quisiera escu-

157 En su *Historia eclesiástica indiana* (1596), el franciscano relata numerosos ejemplos de martirio entre los religiosos que intentaron evangelizar a los chichimecos.

158 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *Historia de la nación chichimeca*, ed. Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1985.

159 Lope de Vega, *El galán escarmentado*, en *Obras completas. Comedias, IV*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 864.

charle, amigo o enemigo, que era un poeta culto, instruido y, sobre todo, científico.

El toqui Caupolicán

Bien es cierto que en el *Arauco domado* se nombran muchos personajes históricos, pero quizás uno de ellos destaque sobre el resto como el más famoso de todos los araucanos (con permiso de Colo-Colo): el toqui –o caudillo– Caupolicán, uno de los vencedores de Pedro de Valdivia en la batalla de Tucapel (25 de diciembre de 1553) y al que Ercilla le dedica versos laudatorios[160]. Su larga resistencia llena de tintes heroicos acabó tras varias derrotas consecutivas ante las tropas imperiales dirigidas por don García. A la postre, Caupolicán fue hecho prisionero en la batalla de Antihuala (1558) y llevado ante el veterano capitán Alonso de Reinoso, quien le condenó a morir empalado. Al día siguiente el caudillo fue ajusticiado, vengando así los españoles el horrible tormento que había sufrido Valdivia a manos de Caupolicán. Como el mismo Lope reconoce, la muerte del toqui era fundamental para el feliz devenir de la guerra del Arauco:

---

160 «Esto confirma bien Caupolicano,
famoso capitán y gran guerrero,
que en el término Américo-indiano
tuvo en las armas el lugar primero;
mas cargóle Fortuna así la mano
(dilatándole el término postrero),
que fue mucho mayor que la subida
la miserable y súbita caída» (Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 359), 1993, p. 896).

Sobre el tratamiento de la figura de Caupolicán en el poema épico de Ercilla nos parece interesante el artículo de Durand (1978).

[CAUPOLICÁN] Mas ¿dónde voy, o qué camino sigo?
Mi tambo está de aquí larga distancia.
Sangre me falta, descansar es justo,
si ya es mi vida a Chile de importancia[161].

En el último momento, cuenta Ercilla que Caupolicán quiso convertirse al cristianismo antes de morir[162], deseo inesperado que los españoles le concedieron antes de entregarle al verdugo y que en *La Araucana* se relata de manera fervorosa[163]. El bautismo del cacique dio lugar a toda una interpretación alegórica de su muerte que Lope presenta en su comedia, pero manipula más adelante, ya que en su auto *La Araucana*[164] Caupolicán no muere en el palo, sino en la cruz, como si se tratara de un «Cristo Indígena, Redentor del Arauco»[165].

El emperador Atabaliba

Otro de los príncipes indígenas cuyo nombre fue conocido más allá de los límites del Nuevo Mundo fue el rey inca Atahualpa (o Atabaliba). Grande fue su fama porque su inmensa fortuna maravilló al hombre del Quinientos. Cautivo de Francisco Pizarro, el oro pagado por su rescate fue tan fabuloso que todos cuantos marchaban junto al con-

---

161 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 814.

162 Sobre el tratamiento que el poeta madrileño le da a la muerte de Caupolicán, véanse Ruano de la Haza (2004) y Castillo (2004).

163 Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 359), 1993, pp. 900-901.

164 Miró Quesada, 1935: 33-39.

165 Kirschner, 1998: 108.

quistador extremeño se hicieron ricos. Aquel opulento botín no tenía parangón con ninguno obtenido en los campos de batalla europeos:

> ¿Puede ser cosa más clara y visible, para verificación de lo que digo de su potencia y tesoros, que haberle dado sus capitanes y gente en la mar austral destas Indias, en un día solo, el año de mill quinientos e treinta y tres, con la prisión del rey Atabaliba, cuatrocientos mill pesos de oro de valor, en oro e plata, de solo su quinto, e quedar un millón e seiscientos mill pesos de oro de valor, en solos estos dos metales, para partir entre los pocos españoles que allí se hallaron? Y ved cuán pocos en número fueron estos cristianos, que el caballero cupo a nueve mill castellanos de oro de parte; e tal hobo que a quince e veinte e cincuenta mill, si era capitán; y el más mínimo infante a pie, a tres e a cuatro mill pesos de oro de parte, sin muchas e muy ricas e presciosas esmeraldas, como se dirá más particularmente en su lugar, en la tercera parte destas historias. ¿Cuál saco de Génova; cuál de Milán; cuál de Roma; cuál prisión del rey Francisco de Francia; cuál presa o despojo grande del rey Motezuma en la Nueva España?...[166]

Entonces, no nos puede sorprender que el nombre de Atabaliba quedara vinculado a cualquier signo de lujo o riqueza. En *Las ferias de Madrid*, durante un baile, uno de los galanes sale disfrazado de cacique indio, pero tan engalanado que un amigo lo compara con el mismo Atabaliba:

ROBERTO ¡Qué bueno va Lucrecio de morisco!
¡Parece el mismo Muza desterrado!

166 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1992, I, p. 158.

LUCRECIO Y vos, de indio, el mismo Atabaliba.
¡Galán salís, a fe de caballero![167]

De nuevo, Lope trasladaba a las tablas los conocimientos del vulgo, que ya identificaba lo peruano con el oro o las riquezas sin límites. Como prueba de ello, tales comparaciones populares no impedían que otros grandes autores como Quevedo emplearan el nombre del rey inca para satirizar la poca liberalidad de algunos caballeros de la corte[168].

El indio

El choque de civilizaciones era inevitable. El viajero se encontraba frente a un calidoscopio de culturas con el que la administración real establecía una frágil convivencia, que rara vez se mantenía por largo tiempo. Si bien un inca se parecía poco a un chichimeco o un magüey nada tenía en común con un tehuelche, el recién llegado portaba en su bagaje un crisol de ideas preconcebidas que creía comunes a cualquier indígena del Nuevo Mundo. La información que manejaba en la Península alguien que no tuviera acceso a las crónicas de Indias era deficiente. La comunicación entre ambas orillas del Atlántico sufría las limitaciones logísticas de la época y la oralidad se acabó convirtiendo en el único instrumento válido para una amplia mayoría, fascinada con cada noticia

167 Lope de Vega, *Las ferias de Madrid*, en *Obras completas. Comedias, II*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 447.

168 «"Envié cien ducados para pagar la casa". No quisiera ser nacido cuando tal cosa oí. ¡Cien ducados! No los tuvo Atabaliba ni Motezuma. Y pedirlos todos de una vez sin más ni más, es para espiritar un buscón» (Francisco de Quevedo, *Epístolas del caballero de la Tenaza*, en *Obras completas. Prosa*, ed. Felicidad Buendía, Madrid, Aguilar, 1961, p. 82).

que llegaba en las bodegas de los galeones. Sin embargo, los relatos de colonos y soldados eran juguetes para las mentes ociosas, que distorsionaban los hechos –normalmente, de manera involuntaria– con cada boca a boca. Pronto surgirían tópicos, quimeras y sucesos mal interpretados que el teatro, como garante de la idiosincrasia popular, ayudó en cierta manera a fijar, favorecer y difundir.

A finales del XVI, las comunicaciones a distancia eran harto lentas, costosas y complicadas. El medio de transporte idóneo para emprender aquellos grandes viajes era el barco y todavía lo seguiría siendo por varios siglos. Valdría como paradigma el llamado 'galeón de Manila', que enlazaba con regularidad la masa continental de la Nueva España con las islas Filipinas[169]. Desde 1565, el convoy zarpaba una vez al año desde el puerto mexicano de Acapulco y tardaba alrededor de tres meses en llegar al archipiélago[170]. Por lo general, como ya hemos señalado con anterioridad, era necesario más de un mes para cruzar el océano Atlántico o prácticamente un año para llevar un despacho real desde la corte hasta las Filipinas –navegando por el Oriente–. Demasiado tiempo y distancia. Como en el juego de niños de los vasos comunicantes, la información oral, que era la que tenía verdadero calado en el pueblo, se deformaba al cambiar de oído y algunas veces de manera intencionada, como fue el caso de la propaganda. Así pues, las noticias que llegaban al Viejo

169 Las islas Filipinas dependían de la administración del Virreinato de la Nueva España.

170 Para saber más sobre el uso, ruta y servicio del galeón de Manila, véase Lorente Rodríguez, 1944. La comunicación entre las Filipinas y el otro gran virreinato, el del Perú, no se abriría hasta 1581, cuando el gobernador de las islas envió la nao 'Nuestra Señora de la Cinta' para «socorrer las necesidades de artillería del virreinato peruano» (Iwasaki Cauti, 1990: 124).

Mundo eran un torbellino de pareceres más bien pobres o, por decirlo de otra manera, de escasa veracidad.

La imagen del otro

Uno de los que más sufrieron aquella falta de rigurosidad fue el indio. Las diversas empresas de conquista ayudarían a formar en el imaginario popular una serie de ideas, tópicos y prejuicios sobre todo lo que arribaba desde allende de los mares y, en particular, de los indígenas que poblaban aquel Nuevo Mundo. En muchas ocasiones, era simple propaganda al servicio de los intereses de la Corona. Como ya sucedía con moros o franceses, el retrato del enemigo fue emborronado con falsos mitos que alentaban, sostenían y justificaban las acciones de guerra. Los relatos sobre la fiereza de los indios, sus costumbres abominables y lo primitivo de su modo de vida, provocaron que la mayoría los viera como seres salvajes, desalmados y faltos de clemencia. ¿Lope estaba de acuerdo con esta visión distorsionada de la realidad americana? Poco nos debe importar aquí la valoración del poeta madrileño, pues es prácticamente inaccesible a través de su literatura –como venimos remarcando a lo largo de todo este estudio–. Según algunos investigadores como Kirschner o Carey-Webb[171], el dramaturgo estaría más cerca de los planteamientos de Las Casas que de los de Sepúlveda, que abogaba por una cruzada contra los indios, pero los prejuicios o expresiones coloquiales de su querido vulgo afloran en más de una pieza dramática:

171 Cfr. Bibliografía citada.

MARCELA ¿Y a mí, qué te ha faltado de robarme?
Fiero rigor en tus entrañas mora;
no tienes más piedad que un indio, un moro[172].

De nuevo, el poeta madrileño utiliza los corrales de comedias para poner sobre las tablas una cadena de códigos o convencionalismos que eran aceptados por la inmensa mayoría del público y que le eran válidos para la práctica escénica de la Comedia Nueva. En el *Arauco domado*, a pesar de que se ensalzan el brío, la valentía y la resistencia de los araucanos, los conquistadores –incluso el propio don García– dan por segura la naturaleza cruel de aquellos indígenas:

GARCÍA No porque el indio es cruel,
no es por temor de su pecho;
pero porque los soldados,
de vuestro ejemplo movidos,
no intenten...[173]

En pocos años, la barbarie del indio pasó a ser un tópico empleado con valor categórico. En *La viuda valenciana*, el galán se queja de que sus esfuerzos por seducir a la joven viuda han sido en balde, aunque ha hecho cosas que hubieran conmovido incluso a un corazón de piedra:

[CAMILO] He hecho cosas por verla
–que no pienses que soy corto–,

172 Lope de Vega, *La obediencia laureada*, en *Obras completas. Comedias, XIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1997, p. 649.

173 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 819.

que hubieran enternecido
un indio, un bárbaro, un monstruo[174].

Tan amplia, extendida y manoseada quedó aquella falsa idea, que se llegó a utilizar para definir a cualquier criatura, real o fantástica, que fuera sinónimo de crueldad. De este modo, en *La hermosa Alfreda*, el marido le ruega a su mujer que no le abandone, llevándole los dos hijos que habían tenido en el matrimonio:

[GODOFRE] ¿Cómo dejas estas prendas,
que con esos pechos mismos
diste esa leche de tigre,
de dragón indiano o libio?[175]

Si una buena parte de los españoles del Quinientos creía que los indios eran crueles por naturaleza, no nos puede extrañar que también juzgaran sus rasgos físicos como toscos, desagradables y poco agraciados. Aquel prejuicio era común a todas las naciones europeas, aunque, paradójicamente, en las crónicas de Indias rara vez se aludiera a la belleza o fealdad de los nativos:

[FLORIANO] No os alteréis, deteneos;
que ni entre los indios feos
ni en Etiopía nací[176].

---

174 Lope de Vega, *La viuda valenciana*, ed. Teresa Ferrer, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 263), 2001, p. 230.

175 Lope de Vega, *La hermosa Alfreda*, ed. Maria Alessandra Giovannini, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IX*, coord. Marco Presotto, Lérida, Milenio, 2007, II, p. 1028.

176 Lope de Vega, *Los locos de Valencia*, ed. Héléne Tropé, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 277), 2003, p. 158.

Por motivos más sociales que racistas, aquellos hombres y mujeres de tez broncínea quedaban excluidos del canon de belleza de la época, y por ende de la plena ciudadanía, aunque a la hora de la verdad los matrimonios o amancebamientos con indias fueran una realidad abrumadora en la América colonial[177].

En el teatro barroco, el indio acompañará al hombre negro –o etíope– como modelo paradigmático de fealdad. Las comparaciones entre ambos se volverán frecuentes, tediosas y, a veces, exageradas, porque ningún pueblo precolombino tuvo el color de piel de un africano:

> JACINTO ¿Qué Adonis bello, o hijo de Liríope,
> para darle tal diosa? ¿Qué indio américo
> más necio, feo y negro que un etíope?[178]

Siguiendo con los paralelismos entre indios y etíopes, ambos compartían también la costumbre de andar desnudos bajo el sol[179]. Falsamente atribuida a Lope o no, en *La difunta pleiteada* hallamos un triple entente (alarbe – indio – negro):

---

177 «Esta separación de castas procede de prejuicios sociales y no raciales. La limpieza de sangre, originada en la Península por sus sentimientos religiosos, se convierte en el Nuevo Mundo en un medio de mantener y asegurar los privilegios de la clase dominante europea» (Konetzke, 1946: 237).

178 Lope de Vega, *La pastoral de Jacinto*, en *Obras completas. Comedias, VI*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 585.

179 Este tópico falso proviene del encuentro de Colón con los primeros indios antillanos, aunque ni siquiera éstos iban completamente desnudos: «Muchos de ellos usan pinturas, hojas, pendientes en la nariz, camisas de palma, prendas de algodón, confecciones de plumas, coronas, collares y guirnaldas» (Caballero, 2006: 37).

CALIXTO Dime, alarbe,
como animal nacido en la campaña,
desnudo al sol, como indio o negro etíope[180].

No nos debe importar ahora la autoría de la comedia, pues en otro lugar de la producción del primer Lope volvemos a encontrar una referencia a la desnudez del indio. En un solo verso, tenemos una síntesis magistral de la imagen del otro tal y como venimos describiéndola hasta ahora: «¿[…] en el indio crüel, desnudo y rico?»[181].

En el caso de las mujeres indígenas, la contemplación de sus cuerpos desnudos excitó el deseo sexual de los conquistadores, a veces con consecuencias nefastas: raptos, violaciones... Con su consentimiento o no, las indias vinieron a reemplazar a las castellanas como esposas o amantes de los soldados, ya que la presencia de europeas en las primeras etapas de la Conquista fue nula o prácticamente testimonial, según cada zona. En las comedias del primer Lope, el retrato de las indias se asemeja mucho al de los varones: curiosidad, inocencia, miedo ante el caballo, etc.

> Las mujeres indias aparecen en las obras de teatro del Siglo de Oro español con determinadas características que se repiten insistentemente: su estupor ante el caballo, el asombro al verse reflejadas en un espejo, el gusto por las cuentas y cascabeles de colores, su facilidad de entrega a los soldados, el súbito enamoramiento que el conquistador les provoca, su ingenuidad…[182]

---

180 Lope de Vega, *La difunta pleiteada*, en *Obras de Lope de Vega. Nueva edición*, ed. Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Real Academia Española), 1917, IV, p. 550.

181 Lope de Vega, *La Dragontea*, ed. Antonio Sánchez Jiménez, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 608), 2007, p. 211.

182 Minián de Alfie, 1993: II, 687.

Uno de los corolarios de aquel retrato ingenuo de las indias era su facilidad para ser seducidas. Bien es cierto que la moral tridentina era mucho más férrea respecto al sexo que la de la inmensa mayoría de los pueblos precolombinos y que aquella relajación de las costumbres tuvo que ser una alegría para los soldados y colonos, pero de ahí a creer que se arrojaban en los brazos de los conquistadores españoles se nos antoja como excesivo, incluso para un corral de comedias[183], por mucho que anduviesen en cueros:

ARANA (No vi tal facilidad
por deshonra tienen éstas
el negar la voluntad;
que del no vestirse honestas
les nace la enfermedad.)[184]

La inocencia del buen salvaje, que diría Rousseau, era aplicable también a los hombres, que reaccionaban con incredulidad ante los artefactos de aquella civilización extraña que había desembarcado en sus playas; como, por ejemplo, el libro. Las tribus amerindias no lo conocían, hecho que Lope lleva a las tablas en el *Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón* en una doble escena muy divertida entre un indio y unas naranjas, primero, y unas aceitunas, después. El delator, un papel escrito, que avisa al religioso de que algo se ha perdido por el camino:

183 «[*El Nuevo Mundo*] se trata de una 'crónica teatral popularizada', donde, a veces, las leyendas se presentan como realidades y sin explicación razonable posible» (Nuez, 1990: 457).

184 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 992.

AUTÉ (¡Oh, traidor!)
FRAY BUYL Mirad que es Dios el jüez.
AUTÉ (¿Calláis cuando lo comía
y habláis cuando acá las doy?)[185]

Esta escena representa un retrato del indio muy distinto a lo que venimos explicando hasta ahora. Y es que en el teatro lopesco confluyen imágenes complementarias del indio, a veces fundidas en el mismo personaje; ej. Dulcanquellín en el *Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*. A la vez, es el caníbal feroz que inspirado por el demonio se resiste a ser evangelizado y el salvaje inocente que padece indefenso las consecuencias de la codicia de aquellos hombres barbudos:

> Sendos discursos, el de la cruzada (indio bárbaro) y el del género de la comedia (indio honorable), que despliega Lope en el drama [*Nuevo Mundo*] y que respectivamente esclavizan y ennoblecen al indio, son complementarios dentro de la misma estructura histórica[186].

Como bien señala Castillo no hay un doble lenguaje en Lope, sino una estructura única. La denuncia de los abusos de los conquistadores, que algunos investigadores se han apresurado a leer como una filiación a las posturas 'lascasianas', sirve para confrontarlo con la llamada para la evangelización de un Nuevo Mundo. El fin último de la expansión de la fe católica a pueblos enteros era más importante que cualquier deseo mundano de botín o gloria[187].

185 Ibíd., p. 994.

186 Castillo, 2002: 58.

187 «While the dramatist has by no means masked his countrymen's thirst for gold, he has emphasized throughout the play [*El Nuevo Mundo*] that the spiritual direction of the Conquest is of far greater importance and will, in the end, triumph and stand as Spain's overwhelming achievement in América» (Shannon, 1989: 91-92).

Paganismo

La realidad cotidiana del indígena en la América bajo control hispano era muy dura, aunque distinta a la que se vivía en las colonias británicas del norte. La sociedad estamental de los Austrias no pretendía desalojar o aniquilar a la población indígena de las mejores tierras, sino acomodarla al orden político, económico y cultural de su tiempo. En un nivel político, que los indios se reconocieran sujetos a la autoridad real como vasallos; económicamente, que trabajaran como mano de obra en las encomiendas; y en un plano cultural, que abandonaran a los dioses paganos y se convirtieran al catolicismo. Para ayudar a la feliz culminación de este último objetivo, el esfuerzo evangelizador venía aparejado de una burla al paganismo de los nativos. Las comedias de Lope están llenas de referencias al carácter infiel del indígena americano:

IDOLATRÍA Yo la pienso defender
con armas, industria y gente.
Unos indios ignorantes
que adoran sólo la luz,
¿adorarán vuestra cruz?[188]

Poco importaba que estuvieran en la India, el reino del Gran Khan o en un nuevo mundo, cuando Cristóbal Colón emprendió su viaje camino de Occidente sabía que se toparía con pueblos paganos, cuya evangelización asumió desde un principio: «[…] pensaron de enbiarme a mí, Cristóval Colón, a las dichas partidas de India para ver los dichos prínçipes y los pueblos y las tierras y la disposiçión d'ellas y

188 Ibíd., p. 944.

de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversión d'ellas a nuestra sancta fe»[189]. El poeta madrileño, que era un buen conocedor de la vida de Colón gracias a las crónicas de López de Gómara y Fernández de Oviedo, lo expone así sobre las tablas:

[COLÓN] Yo iré si tú, señor, me das ayuda
a conquistar los indios, los idólatras;
que es justo que a la fe cristiana nuestra
reduzca un Rey que se llamó Católico[190].

Una de las características del paganismo amerindio que más llamó la atención a la sociedad española del XVI –y de Lope, por supuesto, como oráculo del vulgo– fue la adoración del astro rey. A la llegada de los primeros europeos en 1492, América era un vasto mosaico de religiones animistas, donde el sol, como creador de vida, ostentaba un lugar preeminente en el panteón divino junto a la luna, que muchas veces aparecía representada como su esposa o hermana (a veces incluso con ambos roles como en el caso de *Tayta Inti* –el sol– y *Mama Quilla* –la luna– en la religión inca). Los ejemplos en las comedias del primer Lope caen unos detrás de otros:

ARISCOTE Por la vida
de don Juan, que el español,
como el indio adora el sol,
la tiene del alma asida.

189 Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos. Nuevas cartas*, eds. Consuelo Varela y Juan Gil, Madrid, Alianza Universidad, 1992, pp. 95-96.

190 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 950.

Tanto su vida celebran,
que mil veces que por Dios
juren, no lo cumplen dos,
y a don Juan nunca lo quiebran[191].

[ATANAG.] De estrellas resplandecientes
traía el manto cubierto,
que al cielo se las quitaba
por hacer cielo a Toledo.
Traía a sus pies la luna,
y no alumbraba a los nuestros,
y el sol faltaba a los indios
por venir allí sujeto[192].

[ATANAG.] Volviose luego María
a subir al cielo eterno:
volviose el sol a los indios,
dio luz la luna a los nuestros[193]

La difusión abundante de aquellas noticias y una feliz coincidencia con la imaginería petrarquista ocasionaron que aquel paganismo solar se incorporara al nuevo instrumental retórico que había surgido a la luz de lo maravilloso del elemento americano[194]. Desde un remoto pasado platónico[195], el astro rey había simbolizado la fuente del amor divino –mundo de las Ideas– en contraposición a las tinieblas del amor

191 Lope de Vega, *Los españoles en Flandes*, en *Obras completas. Comedias, XIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1997, p. 539.

192 Lope de Vega, *El rey Bamba*, ed. David Roas, en *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, coord. Patrizia Campana, Luigi Giuliani, María Morrás y Gonzalo Pontón, Lérida, Milenio, 1997, I, p. 578.

193 Ibíd., I, p. 579.

194 Cfr. el epígrafe *Indias, sinónimo de riquezas*.

195 Plat., *Rep.*, VI, XIX 508b-509b.

mundano –mundo sensible–. Aquella imagen fue adoptada más adelante por la tradición patrística –San Agustín, San Buenaventura, San Gregorio de Nisa, Pseudo Dionisio Aeropagita etc.–, que explicaba así cómo el amor de Dios o *caritas* se derramaba sobre todos los hombres por igual, identificando al sol, como fuente eterna de luz y vida, con Jesucristo. Ya en el Renacimiento, con Marsilio Ficino a la cabeza[196], los neoplatónicos habían establecido puentes entre aquella luminosa *caritas* divina y la lóbrega *cupiditas* humana, gracias a que la *religio amoris* había convertido a la dama en medio de ascensión hacia Dios. No obstante, a pesar del trasfondo místico y neoplatónico, será principalmente del poderoso influjo petrarquista de donde el poeta madrileño se valdrá para escribir los siguientes versos:

[LAURO] Ya Febo alumbra contento
en el Oriente divino
donde amaneció aquel sol
de quien ahora soy indio[197].

Garcilaso de la Vega, tan querido por Lope, se había lamentado en la *Égloga I* (vv. 310-323) de que la pérdida de Elisa le dejaba a oscuras, lleno de temor y rodeado de sombras, aunque conservaba la esperanza de resucitar en ella[198].

196 Incluso le dedica un libro, *De sole et lumine* (Florencia, 1493).

197 Lope de Vega, *La boda entre dos maridos*, ed. José Roso Díaz, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Giuliani, Lérida, Milenio, 2002, II, p. 859.

198 «Esta dimensión cósmica –a la vez platónica y cristiana– también se puede rastrear en los citados versos de Garcilaso: el símbolo del sol (cuerpo celeste) hay que vincularlo con la muerte y la resurrección, pues la falta de luz, la muerte de la amada (cuerpo terrestre), le libera, a su vez, de los accidentes existenciales (vale decir 'sensitivos') y le permite resucitar en ella» (Serés, 1996: 226).

Otro poeta bien conocido por el dramaturgo, Fernando de Herrera, fiel seguidor del toledano, había recurrido al mismo concepto en más de una ocasión en su poesía amatoria[199]. El propio Petrarca había empleado ya la imagen de la amada como sol que guía los pasos del amante en su *Canzionere*: «Occhi miei, oscurato è 'l nostro sole…»[200]. De lo sacro a lo

---

199 «De los rayos del sol por quien me guío
Llega la luz al alma, que la ençiende;
y las delgadas venas, brava, ofende,
y del presto calor destierra el frío.
Miro la pura ymagen del bien mío
con aquella verdad que l'alma entiende,
y, quanto más la miro, en mí s'emprende
la cierta luz que al coraçón envío.
Presente queda y vive en mi memoria,
entrando por mis ojos de sus ojos,
en los quales Amor tiene más gloria.
Por ellos beve el bien y los enojos,
que Amor dio a su belleza la vitoria
como a causa mayor de sus despojos» (Fernando de Herrera, *Poesía castellana original completa*, ed. Cristóbal Cuevas, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 219), 2000, pp. 267-268).

200 «Occhi miei, oscurato è 'l nostro sole;
anzi è salito al cielo, et ivi splende:
ivi il vedremo anchora, ivi n'attende,
et di nostro tardar forse li dole.
Orecchie mie, l'angeliche parole
sonnano in parte ove è chi meglio intende.
Pie' miei, vostra ragion là non si stende
ov'è colei ch'exercitar vi sòle.
Dunque perché mi date questa guerra?
Già di perdere a voi cagion non fui
vederla, udirla et ritrovarla in terra:
Morte biasmate; anzi laudate Lui
che lega et scioglie, e 'n un punto apre et serra
e dopo 'l pianto sa far lieto altrui (Petrarca, *Cancionero*, ed. Jacobo Cortines, Madrid, Cátedra (Letras Universales, 122), 1999, II, soneto CCLXXV).

profano: el viaje había concluido. Era tanto el afán de Lope por demostrar su conocimiento de la tradición que renueva el símbolo tan manoseado por los petrarquistas, pero mantiene su sentido intacto, pues el poeta antes mariposa ahora indio se siente atraído por la luz que emana de su amada.

Dioses y demonios

Quizás, pretender que el Fénix estuviera al corriente de religión o mitología precolombina era pedir demasiado; para empezar porque el poeta madrileño, como buen católico tridentino, no estaba interesado en profundizar en otros sistemas teológicos –algo que por cierto le hubiera acarreado algún que otro problema con la Santa Inquisición–, y después porque la información a la que Lope pudiera tener acceso sería escasa, más allá de lo que le pudieran contar los misioneros de vuelta en España. Si de un grupo religioso tan cercano y numeroso como los musulmanes apenas se conocía nada, salvo lo más llamativo, mucho menos de religiones allende de los mares[201].

Poco importaba, porque nada más necesitaban saber. Los indios eran paganos, idólatras y hacían sacrificios humanos, cuya carne acababa al final en sus estómagos y no en los dioses a los que decían ofrecer la hecatombe. Un acto tan despiadado como el más vil de los asesinatos:

[SEVILLA] ¿En qué Egipto, en qué Scitia el mundo ha visto,
adonde el indio carne humana coma,

201 «Poco sabían Lope de Vega y sus contemporáneos sobre la religión musulmana, porque nada querían saber de ella, pero había ciertos aspectos que sí eran conocidos por el pueblo llano: la prohibición de beber vino y comer cerdo, la poligamia y la veneración de reliquias de Mahoma» (Herrero García, 1966: 527).

que un hombre, sea el que fuere, hombre atrevido,
por gozar la mujer mate al marido?
[…]
Valdovivos ocupa una balanza,
y otra tu hijo el príncipe Carloto;
su sangre pide a Dios y a ti venganza,
y desde Francia al indio más remoto
te piden que castigues su malicia:
¡justicia, gran señor; señor, justicia![202]

Si aquellos sacrificios de sangre, miembros y vísceras horrorizaban no sólo a los españoles, sino a cualquier cristiano del Viejo Mundo, la única explicación posible que encontraban para prácticas tan atroces era que fueran obra del demonio[203]. Para un español del Quinientos, sólo la influen-

202 Lope de Vega, *El marqués de Mantua*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 1496.

203 «que los llevaban a sacrificar; y de que ya los tenían arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos, y cuando habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían, y a los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando otros indios carniceros, que les cortaban brazos y pies, y las caras desollaban y las adobaban como cueros de guantes, y, con sus barbas, las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chilmole; y desta manera sacrificaron a todos los demás, y les comieron piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos, que eran las barrigas e tripas, echaban a los tigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas, […] ¡miren los curiosos lectores que esto leyeren, qué lástima tendríamos dellos. Y decíamos entre nosotros: "¡Oh gracias a Dios, que no me llevaron a mí hoy a sacrificar!"» (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. Carmelo Sáenz de Santa María, Barcelona, Sopena, 1970, p. 521).

cia luciferina podría justificar la existencia de aquel horror. Además, la resistencia –más o menos violenta– de aquellos pueblos a convertirse al catolicismo hacía más creíble la creencia de que la mano del diablo estaba detrás de todo. Por lo tanto, la presencia de figuras demoníacas como Ongol o Pillán en las comedias de tema americano del primer Lope eran sólo la consecuencia directa de tales pensamientos:

[OROMPELLO] Ya pongo el ramo, y la vedija encima,
de la lana más cándida apartada;
¿qué aguardas, pues, que tu tiniebla oprima?
Ponte en ella, Pillán y la dorada
tez descubierta, dime lo que sabes
deste español y su vecina armada[204].

Como adoradores del sol, las asimilaciones con el mundo antiguo saltaban a escena enseguida. En concreto, el recurso al dios solar por excelencia, Apolo, resultaba inevitable. La proyección de la mitología clásica sobre la amerindia se produjo en una doble vertiente: primero, la contracción del nombre del dios (Apolo > Apó) coincidía con la palabra «Apo», que según Fernández de Oviedo significaba 'gran señor o rey' en lengua incaica[205], aunque en Lope conserva su significación divina:

---

204 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 762.

205 «y envióle a decir, por le mudar de su propósito, que él sabía que había seído maltractado e venía a le desagraviar, e que el Apo de Castilla (que así llaman ellos al Rey), le había escripto que le ayudase contra los que le habían enojado» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1992, V, p. 118).

SOLO Si sabías el valor
deste valiente araucano
a quien Apó soberano
hizo de Arauco señor,
¿cómo no tienes temor?[206]

[TUCAPEL] Si el soberano Apó juntar quisiera
chilenos y cristianos españoles,
no con tan largo mar nos dividiera,
un sol nos diera luz y no dos soles,
acá y allá de un alba amaneciera[207].

Según nos cuenta Juan de Betanzos en su *Suma y narración de los incas* (1551), «Apo» también era el nombre que Atabaliba y los suyos daban a Francisco Pizarro: «[…] habrá pocos españoles en el Cuzco porque se habrán ido con el Macho Apo que ansí llaman al Marqués [Pizarro] a Lima»[208]. Después, en un nivel poético, Apolo quedó tan vinculado al ámbito del Nuevo Mundo que era descrito sin rodeos como dios y señor de las Indias[209], aunque, por razones evidentes, la población indígena jamás hubiera conocido de su existencia:

[VENUS] Parte, que en el traje humano
quiero verle en esta selva,
primero que Apolo indiano
otra vez a verme vuelva,
y yo en la red de Vulcano[210].

---

206 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 771.

207 Ibíd., p. 795.

208 Juan de Betanzos, *Suma y narración de los incas*, ed. Mª. del Carmen Martín Rubio, Madrid, Atlas, 1987, p. 292.

209 Cfr. el epígrafe *El sol, hacedor del oro*.

210 Lope de Vega, *Adonis y Venus*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 553.

Era un pequeño ejercicio de *inventio* para paliar su falta de conocimientos sobre ídolos precolombinos. Puestos a elegir entre paganismos, el principio de *auctoritas* recaía sobre la mitología clásica. Al mismo tiempo, adecuaba el discurso al oído de la siempre temida furia mosqueteril, más acostumbrada a los dioses de la Antigüedad grecorromana –aunque sólo fuera cada vez que se acudía al teatro– que a extraños nombres de divinidades que, probablemente, jamás volverían a escuchar.

Abrasados por el sol

El retrato negativo del indio no acababa con su idolatría o sus sacrificios humanos. De manera habitual, en los corrales de comedias se nos presenta a un nativo cruel, salvaje y pagano que vive en una tierra rica, llena de tesoros, pero que a cambio debe soportar un calor sofocante, que prácticamente tuesta su piel, dejándole aquel color broncíneo. Era el precio que había que pagar por tanto oro[211]. Si en la Antigüedad, el escita representaba la imagen del pueblo que vivía bajo el frío más inhóspito, ahora el indio se vuelve a incorporar a la nueva retórica para quedar como su contrario:

[REY DON ALONSO] Abrásese el frío escita,
hiélese el indio abrasado,
dé leyes el troglodita,
navéguese el mar helado
donde el ostrogodo habita[212]

211 Cfr. el epígrafe *El sol, hacedor del oro*.

212 Lope de Vega, *El primer rey de Castilla*, en *Obras completas. Comedias, X*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 293.

Una vez más, Lope demostraba una erudición de segunda mano, pues no había sido el primero en comparar a indios y escitas. En varias crónicas de Indias –Fernández de Oviedo o Las Casas, entre otros– aparecen confrontados por sus ritos, hábitos y costumbres; para empezar, los dos pueblos tenían en común ser devoradores de hombres:

> En muchas partes de la *Natural Historia* de Plinio, dice que comen los hombres carne humana, así como los antropófagos, que son gente de los scitas. Y el mesmo auctor dice questos antropófagos, o comedores de carne humana, beben con las cabezas de los hombres o calavernas; y que los dientes, con los cabellos de los que matan, traen por collares, segund que escribe Isigono Nicense […] Estos collares tales he visto yo muchas veces al cuello a algunos indios en la Tierra Firme. En la cual, en muchas partes della comen carne humana, e sacrifican hombres e mujeres e niños, e en todas edades; y también la comen en las islas cercanas a éstas, de quien he tratado[213].

De hecho, en su defensa de los indígenas, fray Bartolomé de las Casas quitaba hierro a pecados tan graves como la antropofagia o la sodomía invocando el precedente clásico de los escitas, predecesores de los turcos según algunos humanistas[214]

---

213 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1992, I, p. 168.

214 «De los quales sármatas o scitas, dexadas otras opiniones que ay, se cree por cierto que tuvieron origen los turcos de agora. Y los que piensan y han escrito que descienden de los troyanos, hanse engañado, paresciéndoles que, porque los teucros señorearon a Troya y fueron assí llamados, que los turcos tuviessen origen dellos. Pero la verdad es la que está dicha: que ellos descienden de los sármatas, a los quales los antiguos también llamaron scitas, y su nombre propio antiguo era turcas; y assí los nombran Plinio y Pomponio Mela, y comúnmente son agora llamados turcos» (Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, ed. Antonio Castro, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 264), 1989, I, p. 295).

y célebres en la Antigüedad por su valor, destreza y ferocidad a caballo, y, al parecer, por otras razones:

> Cuánto más que aun traer algunos aquel hábito [mujeril] podía ser por otra causa, sin pensar en cosa del pecado nefando. Esto parece poder haber sido por lo que refiere Galeno sobre Hypocras, en el tratado *De Aere et aqua*. Cuenta Galeno allí que munchos de los scitas naturales [de] Scitia, región última de Europa (porque hay otra en Asia), son como eunucos, inhábiles para ser casados; por lo cual hacen todos los oficios de las mujeres, así en hablas como en obras, y llámanlos afeminados oficios, digo, no de vicios, sino honestos, los que las mujeres hacen; a los cuales adoran y reverencian los vecinos de aquella tierra temiendo no les acaezca el mismo defecto que aquéllos padecen[215].

Volviendo a la noción del indio tostado por el sol, la comedia *El primer rey de Castilla* no es el único título donde el poeta madrileño nos recuerda el tópico de los indios como moradores de las zonas tórridas de la tierra. Dentro del primer Lope, concretamente en *La Arcadia*, volverá a surgir el tópico con términos cruzados a los anteriores (scita abrasado / indio helado), aunque en esta ocasión no será en boca de un monarca orgulloso, sino por medio de la queja de un pastor enamorado:

[GALAFRÓN] De estas montañas la soberbia frente
igualará la hierba de este llano,
y de este humilde río la corriente
los campos de cristal del Océano;
al scita abrasará calor ardiente,
y el indio en el rigor de su verano

215 Fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, ed. Paulino Castañeda Delgado, Madrid, Alianza, 1994, p. 1954.

cubierto se verá de nieve fría,
si se ablandare la enemiga mía[216].

Como sucedía con el resto de ideas o prejuicios sobre el Nuevo Mundo eran clichés enraizados en el imaginario popular que acabaron dando el salto a la poesía o viceversa[217]. Un trasvase que estaba favorecido directamente por aquel nexo de unión que conformaba el gran espectáculo de masas en que se había convertido el teatro comercial a finales del siglo XVI.

La lengua del otro: americanismos

A lo largo de la Historia, se ha podido comprobar en incontables ocasiones cómo el contacto entre pueblos conllevó de manera natural un intercambio lingüístico más o menos intenso. En América, ya desde la primera expedición colombina el choque de lenguas tan diversas, que imposibilitaban la comunicación entre europeos y americanos, puso en marcha mecanismos básicos de diálogo: el aprendizaje de palabras sueltas o lo que vulgarmente se conoce por 'señalar con el dedo':

---

216 Lope de Vega, *La Arcadia*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 63), 1975, p. 79.

217 Uno de los paradigmas más señalados sería el hermoso soneto que uno de los hermanos Argensola dedicó a aquellos viajeros que dejaban amor, tierra y familia para buscar fortuna en el Nuevo Mundo, y que comienza de la siguiente manera:

¡Oh tú, que a los peligros e inconstancia
del mar te obligas, y en el viento esperas
ver del indio tostado las riberas,
y envuelta en sus arenas tu ganancia! (Lupercio Leonardo de Argensola, *Rimas*, ed. José Manuel Blecua, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, 173), 1972, p. 57).

> Colón llevaba, en su primer viaje, dos intérpretes con los que esperaba superar los problemas lingüísticos […] Nada más tocar tierra y ver a los primeros indios se dio cuenta de que aquellos intérpretes iban a servir para bien poco, como decía el Padre Las Casas: 'las manos le servían aquí de lengua[218].

Procedimiento tan elemental fue trayendo de vuelta en las bodegas de los barcos un número cada vez mayor de voces indígenas o americanismos que poco a poco se fueron incorporando a la lengua española[219]. En una fase inicial, se produjo entre los conquistadores un fenómeno de acomodo a aquella nueva realidad que le entraba por los ojos y se crearon expresiones basadas en palabras castellanas añadiendo 'de la tierra', por ejemplo, en oposición a 'de Castilla'; después, adaptados a un medio que cada vez dominaban mejor, fueron incorporando los vocablos indígenas, principalmente de origen taíno o arahuaco. Era lo que Manuel Alvar llamó el «proceso de adaptación» y el de «adopción», respectivamente[220].

Los primeros testimonios de americanismos son bien tempranos, numerosos y de procedencia variopinta. No sólo tenemos el ejemplo del diario de Colón. Gramáticos –Nebrija[221]–, cronistas –Mártir de Anglería, Fernández de Oviedo y López de Gómara[222]– y soldados –Bernal Díaz del

---

218 Romero, 1992: 266.

219 Para el concepto de americanismo nos ceñiremos al diccionario de la Academia: «Vocablo, giro, rasgo fonético, gramatical o semántico que pertenece a alguna lengua indígena o proviene de ella» (*DRAE*).

220 Alvar, 1970: 19.

221 En su *Vocabulario español-latino* (1495) está recogida la palabra *canoa*.

222 Sólo en la primera parte de la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo (1535) hay documentados más de 500 indigenismos.

Castillo[223]– trufaron sus obras de más de una referencia a un léxico indígena que pasaría a la lengua oral y escrita con mayor o menor fortuna. El paso a la literatura peninsular (propiamente dicha) era sólo cuestión de tiempo: «Muchas de estas palabras se han integrado en la lengua común y se encuentran en las obras de los mayores escritores del Siglo de Oro, como Cervantes, Lope de Vega o Quevedo»[224].

En el caso del poeta madrileño, que es el que nos ocupa, su aporte de americanismos a la poesía es más que notable, quizás uno de los que más se preocupó en incorporar el nuevo vocabulario a la lengua literaria[225]. En realidad, lo que Lope estaba constatando era la dignificación de un marco cultural –en forma de palabras que en su mayoría estaban completamente asimiladas a la cotidianidad–. Ya no se plantea el referente americano como algo ajeno. Por aquel entonces, ¿quién no había probado el chocolate o visto un loro parlotear? El Nuevo Mundo se siente adscrito como parte legítima de la modernidad, convirtiéndose al mismo tiempo en punto de encuentro privilegiado y síntesis de culturas ecuménicas.

Por supuesto, el lenguaje del indio en escena será siempre el propio de un castellano del siglo XVI, sabido el apego que tenía el dramaturgo por homogeneizar a sus personajes, pero hallamos también una voluntad inequívoca de sembrar sus intervenciones de aquellas palabras cada vez más familiares al oído:

---

223 Para el estudio de los americanismos en la magna obra de Díaz del Castillo, se nos antoja como fundamental el libro de Manuel Alvar (1970).

224 Pottier-Navarro, 1992: 298.

225 Véanse los trabajos de Morínigo (1951), Miramón (1968: 174-177) y Canonica-de Rochemonteix (1991: 462-476).

> El lenguaje de los indios es, desde luego, convencional –no podía ser de otro modo–; pero Lope no desperdicia la oportunidad de engarzar en sus versos las palabras nuevas que llegan del mundo recién descubierto, consciente de que aquello corresponde al acervo común del idioma[226].

Palabras, que no lenguas. Más allá del léxico nuevo, bastante acotado a alimentos, animales y plantas, es decir, a un orden natural, para el español del Quinientos hablar o entender aquellas lenguas se concebía como una tarea propia de titanes. No habría lengua más difícil que dominar que aquéllas habladas por el indio:

TEODORO	Unas palabras sé yo que al oído le dijera si desmayada estuviera.
LEONARDO	¿Que no lo está?
TEODORO	Creo que no.
LEONARDO	Dilas, ¡por Dios!
TEODORO	Son en griego.
LEONARDO	¡Sean en indio!
TEODORO	Ya las digo[227].

En realidad, los idiomas nativos fueron estudiados con dedicación por los misioneros que no sólo los aprendieron, sino que nos dejaron valiosísimas gramáticas y vocabularios que siguen siendo de enorme utilidad hoy en día. De manera oficial se implantó el español como lengua vehicular, pero hasta el siglo XVIII, concretamente hasta el reinado de Car-

226 Pedro, 1954: 88.

227 Lope de Vega, *La bella malmaridada*, ed. Christian Andrès, Madrid, Castalia (Clásicos Madrileños, 24), 2001, pp. 86-87.

los III[228], hubo un interés por parte de la Corona en que se respetaran aquellas lenguas y no se coartara su uso, tanto en un ámbito público como privado, dando lugar a un bilingüismo o multilingüismo incluso, según la región, que ha llegado hasta nuestros días[229].

Armas, utensilios y herramientas

Dentro de los americanismos introducidos en la Península no sólo hallamos largas listas de animales o plantas, sino también de otros campos semánticos, más relacionados con la vida diaria del indio. Algunos de ellos han quedado plenamente asimilados al español moderno como 'canoa' o 'piragua', pero otros no corrieron la misma suerte y cayeron en desuso, bien porque hacían referencia a objetos sin valor o bien porque tenían sustitución en la sociedad europea, léase 'tambo', por ejemplo. El vocablo es de origen quechua (*tampu*), que significa «posada» o «tienda rural pequeña» (*DRAE*)[230], según la región americana en la que nos encontremos:

[DEMONIO] en que aquel falso Rodrigo,
que se vende por tu amigo,
te ha robado a Tacuana,

228 En 1770, el rey Carlos III ordenó que el español fuera la lengua universal de las Indias para que los «indios tomen amor a la nación conquistadora, destierren la idolatría y se civilicen para el trato y el comercio», pero después de más de 250 años de multilingüismo, su edicto tuvo un efecto limitado.

229 Sólo en el virreinato de Nueva España, los funcionarios y misioneros españoles tuvieron que afrontar una diversidad lingüística de tintes babélicos: 68 lenguas y 384 variedades dialectales, según datos del Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INLI) de México.

230 Si no se indica lo contrario, todas las definiciones de este capítulo están sacadas del diccionario de la Real Academia.

y de verla esta mañana
en su tambo soy testigo[231].

Otro tanto sucedió con la palabra 'galpón', de origen nahua, que significa «departamento que se destinaba a los esclavos en las haciendas de América». Esta voz no fue recogida por un diccionario de la Real Academia hasta la edición de 1899. Hoy en día la vemos bajo una segunda acepción, pues, abolida la esclavitud, predomina entonces como «casa grande de una planta»:

[GALVARINO] ¿Será mejor que esas plumas
de que os miráis coronados,
esas macanas famosas,
esas flechas, hondas y arcos,
llevar las cargas a cuestas
destos españoles bravos,
y a morir en los pesebres
de sus galpones y tambos?[232]

En este fragmento del *Arauco domado* habría que destacar también la mención a las armas ofensivas del indio: el arco, la honda, y, por supuesto, la macana, que tanto se nombra en las crónicas de Indias. La macana era una especie de maza pesada o garrote con filo de pedernal que utilizaban los guerreros amerindios, cuyo filo era capaz de cortar brazos o piernas con suma facilidad.

---

231 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 1005-1006.

232 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 828.

Tanto o más temida que la macana era el arco. No sólo por la puntería que demostraban en alcanzar el rostro o las piernas –las partes del cuerpo que quedaban fuera del morrión y la coraza–, sino por la frecuencia con la que aquellas flechas iban 'enherboladas', es decir, envenenadas[233]. Algunos famosos exploradores como Fernando de Magallanes, Francisco de Orellana y Diego de Rojas murieron a causa de la ponzoña de un dardo. Por consiguiente, no nos puede sorprender que para Lope a la hora de engalanarse el español se ciña la espada y el indio el arco:

TALGUANO	¿Tipalco no es aquél?
PILLARCO	¡Oh, caro amigo!
	¿Qué hay de fiesta?
TIPALCO	Por verla diera el arco.
TALGUANO	Pues bien podrás[234].

Otra palabra que ha perdido la vigencia que tenía por razones evidentes fue el adjetivo 'yanacona' o «indio que estaba al servicio personal de los españoles». Del quechua (*yanakuna*), no fue recogida en el diccionario hasta 1899:

233 «Mandó saltar Pedrarias contra ellos cierta gente en los bateles de las naos, pero ellos pónense con sus arcos y flechas, aunque desnudos en cueros, a defenderles que en tierra no entrasen; y, de la primera rociada de flechas que les soltaron, les mataron luego dos hombres por ir las flechas enherboladas, lo cual puso en gran temor a toda la gente que iba en las barcas; pero soltando ciertos tiros de pólvora desde las naos, creyendo los indios que eran rayos y truenos y relámpagos, todos volvieron, huyendo, las espaldas». (Fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, ed. Paulino Castañeda Delgado, Madrid, Alianza, 1994, p. 2005).

234 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 755.

[ALONSO] Pero advierte que ha llegado
un yanacona de paz,
que por muy cierto ha contado
que el indio pertinaz
de todo Arauco ha trazado
una fiesta y borrachera
de las que suelen hacer
en Cayocupil[235].

Por el otro lado, como ya venimos señalando, otras muchas voces indígenas fueron incorporadas al léxico del español peninsular y asimiladas con total naturalidad. La lista podía ser interminable: aguacate, alpaca, batata, cacique, caucho, chocolate, enagua, guano, guacamole, hule, huracán, iguana, macuto, pampa, petaca, puma, tabaco, tiburón, tomate, vicuña, etc. Entre ellas, la ya famosa 'canoa', mencionada por Colón en su primer viaje e incluida por el gramático Antonio de Nebrija en su *Vocabulario español-latino*:

[FRAY BUYL] Ven mañana a Barucoa,
y llevarásme.
AUTÉ Español,
¿a qué hora?
FRAY BUYL Con el sol
tendrás aquí la canoa[236].

En una canción del *Arauco domado* encontramos un par de palabras que también se han afianzado en el corpus lexicográfico del español: 'piragua', de origen caribeño, y 'guacamayo', cuya etimología es taína (*huacamayo*):

235 Ibíd., p. 820.

236 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 994.

MÚSICOS Piraguamonte, piragua,
piragua, jevizarizagua.
En una piragua bella,
toda la popa dorada,
los remos de rojo y negro
[…]
Yo me era niña pequeña,
y enviáronme un domingo
a mariscar por la playa
del río Bío-Bío
[…]
Iremos al tambo mío,
cuyas paredes de plata
cubrirán paños de plumas
de pavos y guacamayas
[…]
Bío-Bío,
que mi tambo le tengo en el río.
Piraguamonte, piragua,
piragua, jevizarizagua[237].

Para terminar, un último vocablo que se ha establecido confortablemente en nuestra lengua: 'hamaca', de procedencia antillana, también citada por el Almirante en su *Diario de abordo*:

[TACUANA] De un yanacona he sabido
que me aguarda en ese bosque
con una hamaca y diez indios
en que me lleven veloces[238].

237 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 834-836.

238 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 989.

El corpus de americanismos en la obra de Lope es mucho mayor, por supuesto; otros más se pueden encontrar en varios capítulos del presente estudio. Esto es sólo una pequeña muestra, porque como dijo el profesor Lapesa: «Lope emplea 80, de los cuales sólo 30 aparecen exclusivamente en comedias de tema americano»[239].

El indio también se divierte: fiestas, bodas y bailes

Una de las peculiaridades en el retrato del otro se encontraba en su afición desmesurada por el baile. No todo era barbarie o paganismo, como ya venimos advirtiendo, y también había lugar para «la nota de la simpatía»[240]. Desde fechas tempranas, conquistadores, colonos y misioneros se vieron sorprendidos por la insospechada variedad de danzas, fiestas y celebraciones que de origen sacro o profano, conformaban parte básica de la vida social del indígena:

> [TACUANA] Con esto no puede ser,
> en tantas guerras y pleitos,
> que de tus bodas y areitos
> reciba el alma placer[241].

En tiempos de Lope, la imagen del indio danzarín estaba tan arraigada en el acervo popular como el salvajismo de ellos o la promiscuidad de ellas. Los relatos de los cronistas son multitud y dan probado testimonio de coros, bailes y danzas en los cuatro rincones del continente americano. Impulsado

239 Lapesa, 1987: 31.

240 Morínigo, 1946: 132.

241 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 960.

por la predilección popular por las cabriolas americanas, más lascivas y sugerentes, el tópico estaba ya consolidado a finales del XVI. El erotismo mal disimulado de danzas como la chacona las convertían en peligrosas a ojos de los moralistas. En el caso del gracioso, su único problema era tener la pareja de baile equivocada:

> [TRISTÁN] Sirva en una campana de badajo,
> tocando desde vísperas a nona;
> baile con Holofernes la chacona,
> y guarde un melonar hecho espantajo[242]

La chacona, el tambico y el bullícuzcuz fueron desplazando en el gusto de los españoles a los de origen europeo o tradicional como la zambra, las alemanas y el pies de gibao. De todos ellos, hubo uno que se popularizó más allá de la Península, inclusive, y que a pesar de las protestas de la Iglesia se convirtió junto a la chacona en el preferido de ricos y pobres: el areito.

> [MÚSICOS] nuestro areito glorioso,
> hoy que sale el sol,
> consagre el canto famoso
> hoy que sale el sol divino,
> hoy que sale el sol[243]

El rector Cervantes de Salazar nos ha dejado una descripción minuciosa de cómo se bailaba el areito, al menos en el

242 Lope de Vega, *El mármol de Felisardo*, en *Obras completas. Comedias, IV*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 527.

243 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 957.

Nuevo Mundo, pues en la Península era un poco diferente, siempre bajo la estrecha vigilancia de los guardianes de la fe y las buenas costumbres:

> en el suelo de los patios [colocaban] muchas esteras y encima dellas los atabales y los otros instrumentos músicos; danzaban en corro, asidos de las manos y por ringleras; bailaban al son de los que cantaban y tañían y respondían bailando y cantando. […] Notaron los que al principio miraron en estos bailes, que cuando los indios bailaban así en los templos, que hacían otras diferentes mudanzas que en los netotiliztles, manifestando sus buenos o malos conceptos, sucios o honestos, con la voz, sin pronunciar palabras y con los meneos del cuerpo, cabezas, brazos y pies, a manera de matachines, que los romanos llamaron *gesticulatores*, que callando hablan. A este baile llamaron los nuestros areito, vocablo de las islas de Cuba y Sancto Domingo[244].

En realidad, no creemos que sea apropiado hablar de areito fuera del ámbito de las Grandes Antillas, su cuna. El término se extendió tanto que pasó a denominar a casi cualquier fiesta de indios. El origen del areito era caribeño, concretamente taíno, y poco tenía que ver con otro tipo de danzas rituales, por ejemplo, como las ceremonias que precedían al sacrificio de una virgen para los mexicas:

> En este baile o areito andavan travados de las manos, o abraçados, el braço del uno asido del cuerpo, como abraçado, y el otro asimismo del otro, hombres y mugeres. Un día antes que matassen a la muger que havía de morir a honra de la diosa Xilonen, las mugeres que servían en el cu, que se llamavan cioatlamacazque, hazían areito en el patio del

244 Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, ed. Manuel Magallón, Madrid, Atlas, 1971, II, p. 37.

> mismo cu, y cantavan los loores y cantares a esta diosa. Ivan todas rodeadas de la que havía de morir, que iva compuesta con los ornamentos de esta diosa. De esta manera, cantando y bailando, velavan todas la noche precedente al día en que havía de morir[245].

La suerte de los bailes americanos en la Península era parte de una preferencia generalizada por las danzas isleñas, que se bailaban en pareja, enlazados y con movimientos más sugerentes que las tradicionales. En *La ingratitud vengada*, aparece un lacayo canario que no para de bailar:

> RODRIGO Taño bonico un discante,
> y sé danzar el canario,
> que soy natural de allí
> y entre el azúcar criado[246].

No es el único ejemplo que tenemos en el primer Lope. En el acto III de *Las ferias de Madrid*, durante una mascarada, uno de los galanes, Roberto, sale disfrazado de indio y, como no podía ser de otra forma, comienza a cantar y a bailar al son de una letra que comienza: «no por mí, sino por vos…».

Mitos, invenciones y leyendas

La apertura de la mente renacentista a aquel mundo nuevo no pudo desprenderse del hálito de leyenda que conllevaba la

245 Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. Juan Carlos Temprano, Madrid, Historia 16, 1990, pp. 75-76.

246 Lope de Vega, *La ingratitud vengada*, en *Obras completas. Comedias, III*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 774.

exploración, conquista y colonización de semejante inmensidad de tierra virgen –desde el punto de vista europeo, claro está–. En esto contribuyeron en gran medida los libros de caballerías, género favorito en la primera parte del Quinientos, que propiciaron el florecimiento de todo tipo de relatos, historias y leyendas que obsesionaron a los conquistadores españoles[247]. Bastantes de aquellos mitos tenían un origen clásico como el de las amazonas o eran propios de aquellas latitudes como El Dorado. Otros, en cambio, no eran más que historietas de origen incierto, transmitidas boca a boca:

> [GUARÍN] Mas ¿no sabes que cuentan de los indios
> que, para no cansar a sus caballos,
> caballeros en ellos, a sus casas
> llevan la leña encima de sus hombros?[248]

Si bien se han hallado restos fósiles que demuestran que el caballo existía en América en tiempos prehistóricos, se acabó extinguiendo y fue posteriormente reintroducido, ya domesticado, por los españoles. Durante la época colonial, miles de caballos fueron llevados al Nuevo Mundo procedentes de España —entre ellos la famosa raza andaluza– y llegaron así hasta el sur del actual Estados Unidos, donde en ocasiones se escapaban, emigrando al norte y volviéndose salvajes. Otros eran robados y vendidos a los indios, que enseguida establecieron un fuerte vínculo entre el guerrero y el animal, del que esta anécdota que nos cuenta Lope, que sin duda divertiría a un europeo del XVI, es sólo un ejemplo.

---

247 A pesar de la extensa bibliografía sobre el tema, seguimos considerando como fundamental el libro de Irving A. Leonard (reimpr. 1996).

248 Lope de Vega, *La obediencia laureada*, en *Obras completas. Comedias, XIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1997, p. 684.

Alimentos indígenas

Cuando los europeos llegaron al Nuevo Mundo, fueron obsequiados con frecuencia con una amplia variedad de bebidas y platos –principalmente a base de cereales, frutas y verduras– como parte de las ofrendas ceremoniosas de paz o amistad[249]. El gusto de los españoles debió de quedar satisfecho, pues alguno de aquellos platos se incorporaron a su gastronomía ya en las primeras décadas del XVI[250], aunque no tuvieron el mismo éxito al otro lado del Atlántico. En cambio, sus ingredientes, como el maíz o la patata, sí entraron a formar parte de la base alimenticia europea[251]. Las crónicas

---

249 «Y como hubo hecho su razonamiento, preguntó el gobernador [Francisco Pizarro] a las lenguas que qué era lo que decía, e dijeron que había dicho lo mesmo que el otro indio que había venido el día antes, e otras muchas razones, loando el grand ser de la persona de Atabaliba, e su mucho señorío y estado, e su grand pujanza y ejército de guerra que tenía, e asegurando e certificando al gobernador que su señor Atabaliba lo rescibiría de paces e lo quería tener por amigo y hermano. El gobernador le respondió muchas e buenas palabras, e lo mesmo que al otro indio había respondido, e le hizo buen tractamiento. Este embajador traía servicio de señor, e cinco o seis vasos de oro fino, con que bebían; e con ellos daba a beber a los españoles de su chicha o vino que él traía, e dijo que con el gobernador se quería ir hasta Caxamalca» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1992, V, p. 49).

250 Como demuestran las crónicas, cuando Hernán Cortés se avituallo para pasar a la Nueva España, hizo acopio de pan cazabe, alimento indígena hecho a base de yuca: «Digamos ahora cómo todas las personas que he nombrado, vecinos de la Trinidad, tenían sus estancias, donde hacían el pan cazabe, y manadas de puercos, cerca de aquella villa, y cada uno procuró de poner el más bastimento que podía» (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. Carmelo Sáenz de Santa María, Barcelona, Sopena, 1970, p. 130).

251 Cfr. el epígrafe *Flora y fauna del Nuevo Mundo*.

de Indias están repletas de alusiones a tales o cuales platos, normalmente con motivo de algún concilio entre indígenas y españoles, pero en otras ocasiones aparecen como platos puestos a la mesa del conquistador, es decir, integrados en la temprana cultural colonial.

Como no podía ser de otra manera, será en las comedias americanas donde Lope dará testimonio de aquellos alimentos. Las fuentes empleadas siguen siendo las mismas. No tenemos ninguna duda al respecto: Alonso de Ercilla y Pedro de Oña para el *Arauco domado*[252] y sobre todo Fernández de Oviedo y López de Gómara para *El Nuevo Mundo*[253], porque de primera mano nos parece muy difícil que el poeta madrileño hubiera probado el ulpo o dado un trago a un vaso de chicha:

GUALEVA Madí traigo en mi cestillo;
perper traigo que beber;
mas no veo a mi querido
Tucapel.
MILLAURA Yo traigo aquí
el ulpo mejor que vi,
por si cansado o herido
de aquesta batalla sale,
Fresia, mi adorado Rengo.

En este fragmento tenemos varios ejemplos. Primero, el madi o madí, que es una semilla oleosa que se puede tostar o enharinar y de la que se obtiene un aceite delicado, como sucede también con el girasol. Era parte básica del sustento

252 Cfr. el epígrafe *Chile*.

253 Como ya demostrara el profesor de la Nuez en un prolijo trabajo (1990), que a su vez se basa en un artículo de Campos (1949).

del guerrero araucano[254]. El ulpo es una mazamorra hecha con harina tostada desleída en agua fría, a la que se le podía añadir leche o miel. Es una voz recogida en el diccionario de la Academia. El muday o perper era la fermentación de la chicha de maíz que hacían los pueblos precolombinos en Chile. La chicha de maíz, tostada en arena caldeada y molida en piedras de mano, era la preferida por los mapuches. Cuando era fuerte se llamaba muday y cuando sabía suave era conocida como perper:

QUIDORA Por aquí un cocavi tengo
que no hay cosa que le iguale,
y también traje muday
porque beba mi Talgueno,
aunque es de mi amor ajeno,
si sangre en mis venas hay[255].

El cocavi no era ningún alimento en particular, sino el conjunto de enseres, víveres y provisiones que cargaba el indio a la guerra. En otro lugar del *Arauco domado*, Lope comete una pequeña redundancia, porque, como ya hemos explicado, «chicha» y «perper» son vocablos sinónimos:

[ENGOL] ¿Eres el que, puesto en oro
el casco de su cabeza,
hiciste una hermosa pieza,

254 «El mantenimiento es harina de trigo, cebada o maíz tostado, mezclada con madi, semilla sabrosa, la cual es todo su matalotaje o cocavi como ellos le llaman, y el común sustento de los indios en la guerra» (Alonso González Nájera, *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, ed. José Toribio Medina, Santiago de Chile, Imprenta Ercilla, 1889, p. 111).

255 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 775.

en que por grande tesoro
bebías chicha y perper
con los caciques de Chile?[256]

El cazavi o cazabe fue fundamental en la dieta de los conquistadores, sobre todo en los primeros tiempos. El cazabe era una torta hecha a base de yuca que los españoles adoptaron de los indios. En América no se conocía el trigo y su implantación fue lenta y laboriosa, pues no sólo el cereal se tuvo que adaptar a un nuevo clima, sino que los indios tuvieron que aprender las técnicas europeas de cultivo, como el trillado. A falta de pan, debido a la escasez de trigo, el cazabe vino a sustituirlo como alimento básico.

PALCA (¿El señor pregunta, en fin?)
Cacique Dulcanquellín.
COLÓN No es de entenderse capaz,
que al fin es bárbara lengua.
BARTOLOMÉ Cacique debe de ser
que habrá adentro qué comer.
[…]
PALCA (A la boca ha señalado.
¿Comer pide? Sí, mandioca,
cazaví[257].

Sólo hasta el siglo XVIII, gracias sobre todo a las plantaciones del valle del México Central, el pan de trigo vino a convertirse en «un alimento prestigioso y nutritivo» en las Indias[258]. Por último, la mandioca o yuca era el tubérculo del que se preparaba el cazabe.

256 Ibíd., p. 825.
257 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 972.
258 Bethell, 1990: 184.

Flora y fauna del Nuevo Mundo

Uno de los aspectos que más impactaron a los españoles nada más llegar a latitudes americanas, especialmente a zonas tropicales, fue la mudanza drástica del paisaje. El escenario había cambiado completamente, no sólo por las nuevas condiciones climáticas, mucho más cálidas, húmedas y sofocantes, sino por la misma naturaleza exuberante que les rodeaba. La mirada abierta de los conquistadores contemplaba árboles inmensos, animales desconocidos, aromas exóticos, etc., así hasta configurar lo que venimos llamando 'nueva realidad americana'. Una parte nada despreciable de aquella fertilidad que inundaba sus sentidos acabó al otro lado del Atlántico, transportada en los pesados galeones, como, por ejemplo, semillas, flores y frutas, porque no todo lo que los europeos se llevaron de América fueron metales preciosos.

Flora

Curiosamente, una de las frutas que más se asocia al Nuevo Mundo tiene un origen bien distinto: «Hay una fructa que acá llaman plátanos; pero en la verdad no lo son, ni éstos son árboles, ni los había en estas Indias, e fueron traídos a ellas; mas quedarse han con este improprio nombre de plátanos»[259]. De hecho, su etimología es latina –*platănus*–. El plátano ya era conocido por los europeos en 1492. Cuenta la leyenda que fue Alejandro Magno, en su paso por la India, quien probó aquella extraña fruta amarilla y negra que le

259 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1992, I, p. 247.

ofrecían, y decidió llevársela de vuelta a Macedonia. Noticias acerca del plátano se documentan en el sureste asiático desde el siglo V a. C. y desde allí pasó a África a través de Magadascar en tiempos de la caída del Imperio Romano:

RAMIRO Ni por el hielo el elefante grave,
ni jamás por el agua el fénix nuevo,
ni en tierra el pez, ni por la mar el ave,
[…]
ni el plátano en la arena, el cisne en el fuego,
ni el hombre que es de padres principales,
sin las hazañas a su nombre iguales[260].

A la península Ibérica llegó con los árabes, que lo cultivaron a lo largo del litoral mediterráneo. En las Canarias fue introducido por mercaderes portugueses, que lo traían de Guinea, y al parecer de las islas afortunadas pasó a las Indias en 1516 gracias a un fraile que lo llevó a Santo Domingo, el primer lugar donde se comenzó a plantar en el Nuevo Mundo. Pronto, su cultivo se extendió por los cuatro rincones del continente americano, llegando incluso al cono sur:

PUQUELCO A buscar su mal,
aunque sustento buscaba,
salió este español, que estaba
comiendo en un platanal[261].

---

260 Lope de Vega, *El testimonio vengado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 156.

261 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 791.

Si nos centramos en las especias, con la canela ocurría algo parecido. A pesar de su cuna asiática, estaba fuertemente vinculada al Nuevo Mundo, en especial por la leyenda del país de la canela, un reino fabuloso lleno de canelos hasta donde alcanzaba la vista. Aquel mito fue perseguido con ahínco por los españoles y a punto estuvo de costarle la vida a Gonzalo Pizarro y a Francisco de Orellana en una expedición calamitosa en 1540, aunque al final aquel fracaso condujera al descubrimiento del río Amazonas por parte de éste último:

> [ENRIQUE] Porque mandaste cortar
> el blanco cuello a Isabela,
> ¿con qué azúcar y canela
> se puede ahora curar?[262]

En realidad, la canela no sería introducida en América hasta mediados del siglo XVII, cuando los portugueses tuvieron que desalojar su última colonia en el reino de Ceilán, que había caído por completo en manos de los holandeses. Perdido el control comercial de la canela en el Oriente, intentaron su cultivo en el Nuevo Mundo, concretamente en el Brasil.

Una de las plantas más genuinamente americanas es el maíz, alimento base de los pueblos amerindios. Los españoles fueron encontrando maíz a lo largo de toda América, desde Chile hasta Canadá. Ya en tiempos de Lope, su impacto en la alimentación europea fue espectacular. En nuestros días, es el cereal que más se produce en todo el mundo, muy por encima del trigo y el arroz[263]. Desde fechas tempranas, los

262 Lope de Vega, *La fuerza lastimosa*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 385.

263 Según la FAO, el maíz tiene un volumen de producción de 1.069 millones de toneladas al año, mientras que el trigo (603) y el arroz (430) están bastante por debajo de sus cifras (datos de 2007).

españoles tuvieron conocimiento de aquella planta gramínea, cuyo valor nutritivo la hacía más importante que todo el oro del Nuevo Mundo, convirtiéndose pronto en parte básica de la dieta también para los europeos, como el vino:

SALVADO ¡Oh, figura de tapiz!
¡Mal hay el que tantos años
te dio su vino y maíz,
su perejil y su carne![264]

Otra planta originaria de las Indias es el pimiento. Perteneciente al género *capsicum*, comprende varias especies cuyos frutos reciben nombres distintos según el país: ají, chile o chili, pimiento, guindilla, morrón, *peperoncino*, etc. Sus usos y aplicaciones no sólo se centraban en la gastronomía, sino también en otras ciencias como la medicina[265]. En *Los locos de Valencia*, le encontramos otra función más, la poética, aunque con cierto tono burlesco:

FEDRA Pues ésa que tú querías,
¿tiene más merecimientos?
FLORIANO Tiene de nieve y pimientos
los dientes y las encías[266].

La belleza de las flores americanas también deslumbró a los conquistadores, que no tardaron en llenar los huertos,

264 Lope de Vega, *Los españoles en Flandes*, en *Obras completas. Comedias, XIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1997, p. 557.

265 En su *Libro del arte de las comadres o madrinas* (1541), Damián Carbón recomienda el uso del pimiento como ingrediente para un remedio contra el dolor de estómago (f. 18v).

266 Lope de Vega, *Los locos de Valencia*, ed. Héléne Tropé, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 277), 2003, p. 197.

parques y jardines europeos de los ejemplares más fascinantes. Una de las más famosas fue el clavel de las Indias o *Tagetes erecta*, flor que todavía hoy utilizan los mexicanos para adornar las tumbas de sus difuntos el Día de los Muertos. Su nombre verdadero es *zempaxúchitl* (o cempasúchil, del náhuatl *cempoallí*, veinte, y *xochitl*, flor) y procede del sureste del valle de México, en Xochimilco, donde se le hacían ofrendas a la diosa Quetzalli-Cihuacoatl, engendradora de la vida:

> [HAMET] Aquí te ofrece Narciso
> su locura vuelta en flor;
> […]
> no se esconda la azucena,
> por no ser negra en tu mano;
> aquí está el clavel indiano,
> y las lágrimas de Elena[267].

Otra variedad con pétalos de color rojo guindo y amarillo por el envés, recibía el nombre de tlemole, 'la flor del crepúsculo', por su vinculación con el mundo de los muertos. Tanto fue el fervor que los indígenas demostraban en el cultivo del cempasúchil y el tlemole, que el Xochitepec o 'cerro de las flores' fue considerado emblema de la ciudad de Xochimilco, apareciendo en el escudo colonial otorgado por Felipe II el 11 de abril de 1559. En dicho emblema, el Xochitepec tiene siete rosas inglesas en su base y sobre el oleaje de la laguna rosas rojas y verdes que el heraldista pintaría por error, pues probablemente jamás vio un cempasúchil y tal vez porque los misioneros traducían *xochitl* por 'rosa'.

---

267 Lope de Vega, *La tragedia del rey don Sebastián*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 432-433.

Una referencia obligada en este florilegio es el aloe vera, cuyas aplicaciones medicinales ya eran alabadas antes de que Lope naciera. Si bien era una planta conocida en Occidente mucho antes del descubrimiento de América, la variedad hallada en las islas Barbados (*aloe barbadensis*) alcanzó un gran renombre por sus potentes propiedades curativas. En *El Nuevo Mundo*, asoma dentro de una lista de plantas aromáticas con una forma corrompida –*linaloel*–, que se repetirá en otros lugares de su obra[268]:

DULCANQUELLÍN Ya de rodillas estamos
a tu Majestad inmensa.
Palo más rico y süave
que el cinamomo y canela,
digno que el fénix que vuela
hasta el sol en ti se acabe.
[…]
TACUANA Así de estos agujeros
mane un licor, árbol santo,
más que el linaloel y acanto
y aromáticos maderos,
que sane cualquier herida[269].

268 «y que cuando viene en suma
a estar vieja, hace una hoguera
de la olorosa madera
de mirra, linaloel,
clavo, canela y laurel,
cinamomo y canambuco» (Lope de Vega, *El peregrino en su patria*, ed. Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 55), 1973, p. 275).

269 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 978.

Por supuesto, el poeta madrileño también se acuerda de los árboles de las Indias. Uno de ellos, celebrado por su resina aromática, era el liquidámbar americano (*liquidambar styraciflua*). En la mayoría de los cronistas de Indias (Fernández de Oviedo, López de Gómara, Cervantes de Salazar, Díaz del Castillo, Las Casas, etc.) se alaban sus virtudes y se destacan la opinión y la importancia que los españoles dieron a aquel árbol desde un principio[270]. En *El Nuevo Mundo*, aparece inscrito como una de las ofrendas que los indios ofrecían a su dios-demonio Ongol:

[TAPIRAZÚ] Mientras ocupado estaba,
que a mi Ongol sacrificaba
del monte una tigre hermosa,
con ramas de liquidámbar,
mirra, laurel y canela
la cubría, y perfúmela
con gomas de almizcle y ámbar[271].

270 «Hay también muchas montañas de árboles de liquidámbar; son hermosos árboles; y muchos de ellos muy altos; tienen la hoja como hoja de yedra; el licor que de ellos sacan llaman los Españoles liquidámbar, es suave en olor, y medicinable en virtud, y de precio entre los Indios; los Indios de la Nueva España mézclanlo con su misma corteza para lo cuajar, que no lo quieren líquido, y hacen unos panes envueltos en unas hojas grandes; úsanlo para olores, y también curan con ello algunas enfermedades. Hay dos géneros de árboles de que sale y se hace el bálsamo, y de ambos géneros se hace mucha cantidad; del un género de estos árboles que se llama *xiloxochitl* hacen el bálsamo los Indios y lo hacían antes que los Españoles viniesen; éste de los Indios es algo más odorífero, y no torna tan prieto como el que hacen los Españoles; estos árboles se dan en las riberas de los ríos que salen de estos montes hacia la Mar del Norte, y no a la otra banda, y lo mismo es de los árboles de donde sacan el liquidámbar, y del que los Españoles sacan el bálsamo» (Fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, ed. Fidel Lejarza, Madrid, Atlas, 1970, p. 302).

271 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 962.

El bálsamo copal o resina del liquidámbar tenía aplicaciones medicinales, especialmente para el sistema nervioso, y su fragancia recordaba al ámbar gris, tan apreciado en los mercados europeos. Los emperadores aztecas fumaban el tabaco mezclado con la resina del liquidámbar. En el Viejo Mundo, hecha goma era utilizada además para perfumar guantes.

Fauna

La naturaleza desbordante de aquellos dominios albergaba otras sorpresas en el espesor de la maleza. No sólo sus árboles, flores y plantas maravillaron al extranjero, los animales del Nuevo Mundo cautivaron ya la atención de los primeros españoles, que nunca habían visto criaturas como el jaguar o el tapir, sin parangón alguno en los bosques europeos. Aves, reptiles, mamíferos, todo un nuevo escenario donde incluso se creyeron haber visto seres de leyenda como el unicornio o la sirena[272]. Como los monstruos de las cartas náuticas, que aguardaban a los marineros en los extremos de los mapas, aquellas bestias vivían en tierras lejanas, remotas y apartadas, donde no había llegado aún la civilización:

> El hombre, los animales y las plantas comunes no son los únicos seres vivos que pueblan el mundo; entre ellos, aunque normalmente confinados en lugares remotos, habitan monstruos amenazadores y extrañas criaturas de aspecto semihumano. Esta concepción, nacida en la Antigüedad, se afianza y desarrolla durante la Edad Media y entra con vigor en la Edad Moderna, agonizando sólo de manera paulatina hasta el siglo XVIII[273].

272 Cfr. el epígrafe *Al otro lado del Mar Tenebroso*.
273 Casas Rigall, 2002: 253.

No pocas de aquellas criaturas estremecieron los sueños del español de la época como el caballo había aterrorizado al indio en la Nueva España, pero otras fueron domesticadas, como el mono o el papagayo, y acabaron en los balcones de los indianos, como prueba irrefutable de su flamante condición social.

Dentro de esta última clase, uno de los más apreciados por los colonizadores fue el aleto[274], un ave rapaz que ya los aztecas utilizaban para la cetrería antes de la llegada de los españoles. El propio Góngora, aficionado a la caza, inmortalizó al animal en sus *Soledades* con aquel pasaje que comienza: «Tú, infestador en nuestra Europa nuevo, / de las aves nacido, Aleto, donde / entre las conchas hoy del Sur esconde…»[275]. En el primer Lope, tenemos varias menciones al aleto:

> MENALCA Basta. No sé, te prometo,
> qué furia, si no es Aleto,
> se me reviste en el pecho[276].

Su fama ocasionó que se llevaran muchos ejemplares a la Península para entretenimiento de reyes, cortesanos y grandes señores. Su agilidad en vuelo y su destreza a la hora de

---

274 No confundir con el significado moderno de la palabra. El *aleto* era un halcón pequeño mientras que el *aleto* o *halieto* de hoy en día es el águila pescadora.

275 Luis de Góngora, *Soledades*, ed. John Beverley, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 102), 1998, p. 157.

276 Lope de Vega, *El verdadero amante*, en *Obras completas. Comedias, II*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 124.

matar pronto le ganaron un sitio en los manuales de cetrería de la época[277], a pesar de su origen americano:

> [RICARDO] Que el aleto más gentil
> que la India a España ha dado,
> se quedará atrás cansado
> en vuestro vuelo sutil[278].

Tanta fue su fama como ave de caza, que en *La imperial de Otón* Lope se olvida del devenir de los tiempos y vuelve a caer en uno de sus frecuentes anacronismos, destruido el principio aristotélico que proclamaba que la poesía trata de lo universal y la historia de lo particular[279]. Para Lope,

---

277 En 1644, Alonso Martínez de Espinar le dedicó todo un capítulo de su famoso libro, que comienza así: «El aleto es una especie de halcón que se cría en las Indias, pequeño de cuerpo, pero de generoso ánimo; es su brío y aliento tanto para volar todas las aves que se ofrecen, que dicen acomete a los ánsares y grullas, y no teme a ninguna, aunque sea el águila, y en compañía la acometerá; es casi del color del neblí; tiene la cabeza grande en proporción de su cuerpo, los ojos encendidos y lustrosos, el pico corto y ancho, las alas largas y levantadas, las plumas de la cola cortas, los muslos fuertes y las piernas escamosas, los dedos de los pies nudosos; crían en peñas altísimas, donde no pueden llegar pies humanos; son de muy buenas costumbres y se amansan fácilmente, y así se estiman mucho; vuelan con ellos las perdices, porque son los que mejor y más matan; para su agilidad no le embarazan las espesuras, que por las matas entran tras de ellas, como si no hubiera monte; cosa que no lo hacen los otros halcones» (Alonso Martínez de Espinar, *Arte de ballestería y montería*, Madrid, Blass, 1946, p. 363).

278 Lope de Vega, *La pobreza estimada*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 569.

279 «El teatro, para Lope, supera la crónica, como el original, al accionar y hablar, supera el retrato. El teatro revive la conciencia del pasado, haciendo que la poesía sea superior, por revivificada, a la historia. Y así como Shakespeare respeta, ante todo, la crónica, Lope casi nunca lo hace, siendo decididamente anacrónico y antiarqueológico» (Rozas, 1990: 470).

como explica el propio dramaturgo en la dedicatoria de *La campana de Aragón*, la fuerza de la Historia sobre las tablas de un escenario es mucho más vigorosa que si es leída en las crónicas. Y lo demostrará recurriendo a la manoseada comparación entre pintura y poesía: «porque en un cuadro están las figuras mudas y en una sola acción las personas; y en la comedia hablando y discurriendo, y en diversos afectos por instantes»[280]. Es la revivificación de la historia[281]. Volviendo a nuestra comedia, en tiempos de Otón o mejor dicho Ottokar II de Bohemia (1230-1278), quedaban todavía más de doscientos años para que se descubriera el Nuevo Mundo. Poco le importaba eso a Lope:

[OTÓN] Mis azores de Noruega
y mis aletos indianos,
no anden más en vuestras manos
ni en los aires de esta vega[282].

La interiorización de aquella nueva realidad llevó a la entrada de animales americanos en dichos, expresiones y frases coloquiales, aunque más de uno jamás había visto semejantes criaturas, como el caimán. En *Las ferias de Madrid*, un galán compara a una mujer fea con el reptil de los pantanos:

280 Lope de Vega, *La campana de Aragón*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 842.

281 «He aquí la conciencia muerta del pasado vuelta a hacer y hablar en la imaginación creadora, en el pliego y por fin en el corral. La dicotomía neo-aristotélica estudiada por los críticos de Cervantes –historia igual a verdad versus poesía igual a mentira– ha sido puesta al revés» (Gilman, 2002: 276).

282 Lope de Vega, *La imperial de Otón*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 581.

CLAUDIO Roberto, mirad que os digo,
¡vive Dios!, que es un caimán.
No sé qué tengo de hacer;
de mal se me hace pagar,
que éstos me pueden gritar
si la acertasen a ver.
Es un demonio[283].

La frase estaba bastante extendida en la época, como demuestra que se aplicaba tanto a hombres como mujeres[284], como sucede en *La dama boba*, donde las damas se burlan de un galán melindroso. No sólo el caimán, otros animales americanos como el loro o el papagayo se incorporaron al lenguaje de la calle.

La espada y la cruz: hacia la conquista de América

La suerte del español de entonces dependía en gran medida de si llegaba a una región ya pacificada o a otra aún sin conquistar. Aunque parezca mentira, la segunda opción era

---

283 Lope de Vega, *Las ferias de Madrid*, en *Obras completas. Comedias, II*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 371.

284 ¡En el desván, un preciado
lindo, y es un caimán,
pero tiénele el desván,
como el espejo, engañado! (vv. 2975-2978).

Diego Marín, en su edición para Cátedra, malinterpreta el pasaje, creyendo que la significación aquí es la propia del lenguaje de germanías: «un bribón peligroso» (p. 178), pero se está refiriendo a un «preciado lindo», es decir, a todo lo contrario a un valentón. Un lindo era un galán afeminado, más preocupado en su vestido, imagen y apariencia que en cualquier otra cosa. Y a pesar de ser feo, «es un caimán», en el desván le dicen todo lo contrario, «tiénele […] engañado», como el espejo.

la preferida por los aventureros. A mayor riesgo, mayor posibilidad de enriquecerse. No era lo mismo establecerse en un puerto seguro como Nombre de Dios en Panamá, por ejemplo, y dedicarse a hacer tratos con las mercancías americanas, que tomar morrión, espada y arcabuz y embarcarse en una expedición a *terra incognita*. Una distancia tan grande como la que iba entre jugarse la hacienda o la vida, entre ser un colono y un conquistador:

> [FRESIA] Ya la española espada,
> el arcabuz temido
> que truena como el cielo
> y rayos tira al suelo,
> y el caballo arrogante en que subido
> el hombre parecía
> monstruosa fiera que seis pies tenía[285].

Las empresas para 'poblar' o 'rescatar oro' eran expediciones temerarias con escasas posibilidades de éxito, auténticos viajes a ninguna parte o lo que era peor, epopeyas en busca de algún mito increíble como las siete ciudades de oro, el país de la canela, la fuente de la eterna juventud, etc., entre otras muchas leyendas que embaucaron la codicia de muchos españoles del Quinientos.

El juicio de la conquista

Sobre Lope y la conquista de América, parte de la crítica se mueve en un continuo contrasentido. Desterrado el enfoque positivista, que creía adivinar los juicios, manías y

285 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 760.

preferencias del poeta madrileño en cada verso o línea de su obra, parece que con la llamada polémica 'lascasiana' se hace una excepción. Una vez roto el prisma que equiparaba literatura y vida, hoy en día a ningún investigador se le ocurriría sacar alguna conclusión sobre las filias y fobias del dramaturgo, pero con la magna empresa americana parece claro que estamos ante la excepción que confirma la regla. Un buen grupo de estudiosos, principalmente norteamericanos, creen vislumbrar la opinión de Lope en sus comedias de tema americano, en especial, en *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*. Ya sea a través del indio o el soldado, los reproches que traslucen en más de un pasaje han inclinado a algunos a pensar que el poeta madrileño ponía en duda los planes imperiales de conquista, sólidos en el plano teórico, pero huecos en la práctica:

> La tolerancia admitida por Lope por efecto de un subyacente *lascasismo* se desplaza hacia una empresa de gestos vacíos sin valores intrínsecos: el retrato de la colonización americana y canaria pintado por Lope predica una ética tan sólo de intenciones, que importa de España los modelos de moralidad ideal (los Reyes Católicos, la doctrina cristiana), sin velar por su aplicación[286].

Más allá de la cautela con la que debemos proceder cada vez que queramos adivinar las intenciones de un autor buceando en su obra, es cierto que hallamos más de un punto discordante con una hipotética visión idealizada de la Conquista de América. De hecho, Lope es uno de los pocos dramaturgos de su tiempo que se atrevió a poner en tela de juicio las verdaderas intenciones de muchos de los que pasa-

286 Brito Díaz, 1998: 420.

ban a Indias y a denunciar los abusos de una parte de los conquistadores, subyugados por la codicia del oro.

> The established view of Lope de Vega as consistently orthodox and highly nationalistic has led scholars of his work to miss the conflictive, disruptive, or even subversive ideas found in his writing, and to fail to consider the mechanicisms by which such ideas may be contained, controlled, or framed[287].

Por lo tanto, no podemos estar más en desacuerdo con la idea de que la comedia de tema americano sea un ejemplo más de aquella cultura de masas al servicio de los grandes poderes estatales en la que se había convertido el teatro barroco. A veces, Lope no rehuía la controversia, con *Fuente Ovejuna* o *La Estrella de Sevilla*[288] como ejemplos de su actitud crítica ante el poder:

> Así, la comedia americana de Lope se presenta como evasión de la realidad, instrumento para proponer de nuevo, a través de una repetición de estructuras fijas, ya indicadas por Maravall y Díez Borque como características de todo el teatro del siglo XVII, una ideología conservadora, cara a la defensa del orden constituido y de los ideales aristocráticos, bajo el disfraz de antídoto contra la crisis y la decadencia nacional[289].

Ahora bien, tampoco podemos inclinar el otro lado de la balanza con juicios precipitados. Por encima de las invectivas

287 Carey-Webb, 1992: 427.

288 *La Estrella de Sevilla* es de autoría dudosa. Morley y Bruerton descartan un origen lopesco, mientras algunos investigadores como Rodríguez López-Vázquez (ed., 1991) o Cantalapiedra (1993) apuestan por Andrés de Claramonte, haciendo suya la antigua teoría del profesor Leavitt (1931).

289 Garelli, 1981: 295-296.

a la avaricia de riquezas, se eleva con fuerza la exaltación de la misión divina. La evangelización del Nuevo Mundo era la causa justa esgrimida por las armas españolas. Para Todorov, la espada y la cruz no son excluyentes, existe «una relación de subordinación: la primera es un medio y la segunda, un fin»[290]. A ojos de Lope, la tarea religiosa quedaba por encima de la humana y se convertía, al mismo tiempo, en excusa, argumento y justificación para la magna empresa americana:

PROVIDENCIA Dios juzga de la intención.
Si él, por el oro que encierra,
gana las almas que ves,
en el cielo hay interés[291].

La labor de los misioneros es alabada una y otra vez por Lope, orgulloso de que sean los españoles quienes extendían la fe católica hasta el último rincón del mundo conocido, es decir, hasta el indio:

[FÉLIX] con su espíritu de fuego,
alumbrados y encendidos,
van predicando su fe
hasta los remotos indios[292].

Incluso aceptando que las opiniones vertidas en *El Nuevo Mundo* retrataran de manera genuina el pensamiento de Lope, el sentido de las mismas no podía ser más meridiano.

290 Todorov, 1987: 20.

291 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 945.

292 Lope de Vega, *Roma abrasada*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 282.

El poeta madrileño nunca parece discutir el *porqué*, sino el *cómo* de la conquista de Indias. Denunciar lo que de reprobable tuvieron los hechos no es lo mismo que condenarlo todo al fuego eterno. A nadie se le ocurriría pensar que Lope o Quevedo, cuando vilipendian los versos de Góngora, estén pensando en que su enemigo literario jamás debió levantar la pluma del papel. Y todo a pesar de que, como dijo Zabaleta: «El odio más declarado del mundo es el de una poesía contra otra»[293]. Ir más allá y concluir que el Fénix cuestionó la expansión imperialista con sentencias como: «El escepticismo de Lope se limita a las consecuencias políticas y económicas del descubrimiento»[294], nos parece apresurado, cuanto menos. El principal propósito del Fénix era enaltecer una orientación espiritual de la odisea americana, repudiando la sed insaciable del oro de tantos otros. Bastaría leer la comedia hasta el final. Por si hubiera quedado algún barrunto entre el público, en el cierre de *El Nuevo Mundo*, el dramaturgo pone en boca del Rey Católico una loa patriótica de la Conquista que, esta vez sí, agradaría sobremanera a quienes se sentaban en el palco, el desván y los aposentos:

[DON FERNANDO] Hoy queda gloriosa España
de aquesta heroica victoria,
siendo de Cristo la gloria
y de un genovés la hazaña.
Y de otro mundo segundo
Castilla y León se alaba[295].

293 Zabaleta, 1983: 182.

294 Dille, 1988: 500.

295 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 1012.

En otra de sus comedias de tema americano, el *Arauco domado*, volverá a insistir en la prevalencia de la tarea celestial frente a la mundana. Don García supedita la campaña militar a la evangelización de los araucanos, cambiando el orden natural de los acontecimientos:

GARCÍA Dos cosas en Chile espero
que su gran piedad me dé,
porque con menos no quiero
que el alma contenta esté:
la primera es ensanchar
la fe de Dios; la segunda,
reducir y sujetar
de Carlos a la coyunda
esta tierra y este mar,
para que Felipe tenga
en este Antártico polo
vasallos que a mandar venga[296].

Y lo repitió en otros lugares de su obra dramática. En *La Santa Liga*, don Juan de Austria le recuerda a su noble séquito quiénes son sus antepasados y por qué hechos religiosos eran felizmente recordados:

[DON JUAN] Bisnieto soy, señor, de aquel Fernando
[…]
que dio a los indios fe, y al luterano
rompió la voz, la Inquisición fundando[297].

296 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 757.

297 Lope de Vega, *La Santa Liga*, en *Obras completas. Comedias, X*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 540.

Para Lope, la importancia de la cristianización de un continente comprometía a todos, religiosos y seglares, allí en América y aquí en España. No existía misión más elevada, así que se debía dar ejemplo, especialmente los conquistadores, desde el gobernador hasta el soldado:

> FELIPE Justo ha sido
> que a todos ejemplo des:
> al español, porque entienda
> cómo se debe estimar
> aquesta angélica prenda,
> y al indio, porque al altar
> llegar con respeto emprenda[298].

En suma, en *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, se exalta el triunfo de la fe sobre la avaricia, pecado capital de la soldadesca, en lo que Weiner llamó: «la conquista espiritual de los indios por el amor cristiano»[299].

> Lope's three american plays [*Nuevo Mundo, Arauco domado* y *Brasil restituido*] reveal no firm ideological connection between them and the writings of Francisco de Vitoria or Bartolomé de las Casas. The dramatist has not used his plays as a vehicle to publicly denounce ruthless *conquistadores* or to question the legal rights of his country to conquer the American Indians[300].

298 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 756.

299 Weiner, 1983: 70.

300 Shannon, 1989: 195.

Como ya escribiera Soufas: «Lope's play represents the hybridity of the discovery»[301]. Por un lado, denuncia la conducta codiciosa de muchos de sus compatriotas, pero por otro lava sus culpas por la consecución de un bien común más trascendental que cualquier tesoro: la cristianización de un mundo nuevo.

La guerra contra el demonio

Al margen de la famosa polémica entre Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda, la tarea gigantesca de evangelizar las tierras americanas trajo consigo un debate hirviente de ideas desde un amplio espectro político, jurídico y teológico. Cuando Cristóbal Colón arribó al Nuevo Mundo se encontró un continente completamente pagano, sin ninguna noticia de la fe católica y con poca o ninguna voluntad de abandonar a sus ídolos. Para los teólogos del Quinientos esto sólo se podía explicar como la labor secular del diablo y, por tanto, era una obligación para todos los poderes del Estado devolver aquellos territorios a su dueño legítimo, Cristo: «La misión de Colón es suplantar esta posesión "ilegal" del diablo y, según el "derecho de reversión", devolver las islas y el hemisferio completo a España»[302].

PROVIDENCIA ¿Quién es?
DEMONIO El Rey de Occidente.
PROVIDENCIA Ya sé quién eres, maldito;
entra[303].

301 Soufas, 1999: 330.
302 Rose, 1998: 477.
303 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 945.

Para tamaña responsabilidad no sólo se recurrió a la fuerza de las armas y a la ayuda de los misioneros, sino que también se pergeñó una base jurídica que legitimara la política imperial en América, tanto militar como religiosa. El llamado 'derecho de reversión' fue explicado hasta su paroxismo por el doctor Diego Andrés Rocha, jurista español del siglo XVII, en el *Tratado del origen de los indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile* (1681)[304], quien a través de unas etimologías imposibles y unas leyendas disparatadas intentó crear un pasado común a indios y españoles, incluida una génesis judía para los habitantes del Nuevo Mundo[305]. Es por ello que en el *Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, la Idolatría tiene miedo de que América sea recuperada por la fe cristiana:

IDOLATRÍA Tras años innumerables
que en las Indias de occidente
vivo engañando a la gente
con mis errores notables,
tú, cristiana Religión,
por medio de un hombre pobre,
¿quieres que tu fe la cobre
estando en la posesión?[306]

Sin embargo, el Maligno se defiende y contraataca acusando a los españoles de que en realidad sólo pretenden el

304 Véase el artículo de León Azcárate (2004).

305 El doctor Rocha menciona el relato de un hidalgo español de nombre Contreras, quien visitó en las montañas Tarama, cerca del Amazonas, a los indios collas, quienes, según él, declararon ser de origen judío, usando nombres hebreos como Salomón, David, etc.

306 Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 943-944.

oro de América y no ganar almas para el cielo. Ya sea a través del demonio o la Idolatría, que cumplen la misma función como enemigos de la fe católica, se les recuerda a los conquistadores una y otra vez que su objetivo principal no es la búsqueda de riquezas:

IDOLATRÍA No permitas, Providencia,
hacerme esta sinjusticia,
pues los lleva la codicia
a hacer esta diligencia.
So color de religión,
van a buscar plata y oro
del encubierto tesoro.
[…]
DEMONIO No los lleva cristiandad,
sino el oro y la codicia.
[…]
PROVIDENCIA La conquista se ha de hacer[307].

Era una guerra legítima entre el cielo y el infierno. Para Lope, los españoles debían deshacer la obra maligna. La intervención del demonio llega a ser física, inclusive. En el *Nuevo Mundo*, se disfraza de hombre e intenta impedir que el cacique vaya a misa, lo que en la práctica significaba la conversión de toda la tribu:

DEMONIO ¡Oh, qué gracioso que estás
con esta amistad fingida!
Éstos, codiciando oro
de tus Indias, se hacen santos;
fingen cristiano decoro,
mientras vienen otros tantos

307 Ibíd., pp. 945-946.

que lleven todo el tesoro;
que ya el otro llegan a España[308]

El desenlace de la batalla no podía ser otro que el triunfo de la Fe. Estaba escrito que las Indias debían volver al reino de Dios y así el poeta madrileño lo anuncia de manera profética en boca de la Religión:

RELIGIÓN Está con sangre firmado,
con siete sellos sellado
de los siete sacramentos.
de la fe las Indias son;
Dios quiere gozar su fruto[309].

Por supuesto, Lope necesitaba una escenificación de la victoria. El demonio aparece en escena vencido, cabizbajo y reconociendo la autoridad divina sobre el Nuevo Mundo. En un detalle no falto de interés, el dramaturgo manda al demonio al Leteo o río del Olvido para la mitología griega, es decir, pagana, en vez de al Abismo, donde la bestia es arrojada en el *Apocalipsis* de San Juan:

[DEMONIO] Ya que en el blanco pan bajar te veo
a tomar posesión del reino indiano,
cedo el derecho a tu divina mano
y bajo a las prisiones del Leteo[310].

El triunfo del catolicismo garantizaba también el de las armas, pues Dios estaba del lado de los españoles. De nuevo, surgía el providencialismo, tan dañino para la España de la

308 Ibíd., p. 1005.
309 Ibíd., p. 944.
310 Ibíd., p. 1006.

época. En la cosmovisión del español del Quinientos, cada alma ganada para el catolicismo era un vasallo para el rey. El indio no sólo se postra ante la cruz, sino también ante el monarca:

> [MUSTAFÁ] no gobierna tantos reinos,
> ni tantos mares allana,
> para que le rinda el indio
> perlas, piedras, oro y plata
> con pereza y cobardía,
> sino con…[311]

Dejando a un lado las interpretaciones políticas, tan difíciles de descubrir, sí es cierto que en sus comedias americanas destaca la llamada de atención que hace a quien quiera escucharle: las Indias no es un lugar para llenarse los bolsillos de oro, sino para ganarle almas al cielo. Como se expresaba Case con motivo del V Centenario: «Lope no hace caso omiso de este materialismo, que es el precio en términos humanos por una conquista tan importante».[312]

La lucha contra el indio

Como ya venimos señalando, no es posible separar los procesos de conquista y evangelización en el Nuevo Mundo, aunque tampoco estemos ante etapas del todo simultáneas. Bien es cierto que en cada una de las expediciones para poblar o 'rescatar oro' se podía encontrar a algún fraile o sacerdote marchando junto a los conquistadores, pero el ver-

311 Lope de Vega, *La Santa Liga*, en *Obras completas. Comedias, X*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 485.

312 Case, 1993: 16.

dadero esfuerzo misionero llegaba después. La espada y la cruz no siempre caminaban de la mano, incluso en ocasiones los religiosos alcanzaban zonas que los soldados no conocían aún, pero lo habitual era que se sometiera a un determinado territorio, antes de enviar a los misioneros y levantar templos, capillas y monasterios.

Si la conversión sólo se conseguía a través de la fuerza de las armas, para la mente tridentina algo había fallado o, mejor dicho, alguien. Para un español de finales del Quinientos, criado en la moral contrarreformista, no había explicación posible para que una persona, al que se le habían enseñado los principios de la fe cristiana, no tuviera deseos de ser bautizado. ¿A quién culpar, entonces? ¿A los indios o a los conquistadores? Poner orden en el torbellino de pareceres que gravitaba sobre el tema en tiempos de Lope requeriría otro libro, pero si nos centramos en el poeta madrileño, que es el objeto real de nuestro estudio, la respuesta es evidente. La facilidad pasmosa con la que se hacía fortuna en las Indias había corrompido a la mayoría de sus compatriotas, desviándoles de su propósito primero y más noble:

[REBOLLEDO] Los que las Indias hallaron
vinieron por oro y plata;
halláronla tan barata,
que por vidrios la compraron[313].

Pero Rebolledo es un soldado. Cuando la crítica o la queja va en boca de un indio, la acusación sube de tono. Lo puede decir más alto, pero no más claro. La inmoralidad de los

313 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 781-782.

conquistadores impedía una pacificación de aquellas tierras y un sometimiento voluntario a Dios, primero, y al Emperador, después.

TUCAPEL Ladrones, que a hurtar venís
el oro de nuestra tierra
y disfrazando la guerra
decís que a Carlos servís,
¿qué sujeción nos pedís?[314]

Sin entrar a valorar hasta qué punto se creía Lope su propio discurso, es decir, si realmente pensaba que se podía rendir un continente entero sólo con la palabra de Dios, su postura estaba con la de otros escritores de su tiempo, que no dudaban en condenar la política seguida en las Indias y sus efectos ruinosos en el país[315]. El tratamiento del indio en la Comedia Nueva tiene muchos paralelismos con el resto de

314 Ibíd., p. 771.

315 Quevedo sea quizás el mejor ejemplo pues una vez y otra vez maldijo a las Indias por ser la causa principal de los males de España: «El ejemplo de la explotación de las minas es, para Quevedo, prueba fehaciente de la inmoralidad inherente a las Indias […] En su advertencia preliminar a la edición de la *Milicia evangélica, para contrastar la idolatría de los pueblos, conquistar almas, derribar la humana prudencia, desterrar la avaricia de los ministros*, de Manuel Sarmiento de Mendoza (1628), Quevedo resumió estos conceptos poetizados en múltiples ocasiones:

Grande es el cuidado con que asiste España a los viajes de las flotas que van a traernos, en el oro y la plata, aquella miseria honrosa que se llama riqueza, aquel metal que alimenta las demasías, que viste las culpas; muy preciado, no sólo de que olvida los hombres de Dios, sino de solo Dios para los hombres; comunero de los sentidos y motín de la paz del corazón, inducidor de codicias extranjeras, que nos le truecan a disparates viles y culpables, y nos dejan burlados y pobres (Schwartz Lerner, 1992: 67).

Para un panorama general sobre la imagen de las Indias en la literatura del Siglo de Oro se nos antoja como fundamental la consulta de Arellano (1992).

figuras 'atropelladas' de su teatro, como el villano que tiene que defender a su mujer de un noble lujurioso o la doncella que tiene que disfrazarse de hombre para lanzarse en busca del hombre que le ha arrebatado la honra. Es decir, el indio puede y debe defenderse cuando se ve atacado en su honor, pero al final acabará sometiéndose al orden establecido, restaurándose la armonía, como sucede con la conversión final de Caupolicán en el *Arauco domado*:

> Moralmente, Lope se sitúa ante el indio americano como ante el hombre del pueblo de una región cualquiera de España cuando se ve hollado injustamente [...] Esto es lo que ha llevado a Azorín a colocar a Lope de Vega entre sus *Retratos de algunos malos españoles*, título que entraña una réplica irónica a quienes no conciben un patriotismo con los ojos abiertos a los defectos de su patria o de sus compatriotas[316].

Por lo tanto, el personaje del indio aparece sometido a los convencionalismos del género, poniendo entre paréntesis los juicios políticos o morales que algunos investigadores creen distinguir cuando se trata de encausar la legitimidad o no de la Conquista. En nuestra opinión, sería un error juzgar todas estos momentos dramáticos que aquí hemos ido recogiendo más allá de lo que son, teatro comercial barroco, pues situar a Lope dentro de una corriente progresista o conservadora respecto a América lo vemos como un anacronismo huero.

Los héroes

Si dejamos a un lado el paradigma del *Arauco domado*, donde tenemos una alabanza por encargo de las gestas de

316 Pedro, 1954: 91.

los Hurtado de Mendoza en Chile, no es frecuente encontrar alusiones a los conquistadores, ni siquiera a los Balboa, Almagro, Pizarro, Valdivia o Alvarado. El prestigio de la magna empresa americana era fútil comparado con las grandes guerras europeas. Las hazañas militares que habían hecho posible la captura del rey francés en Pavía (1525) o la rendición del Papa tras la victoria de San Quintín (1557) cautivaban el interés de los españoles del Quinientos mucho más que la lucha cuerpo a cuerpo en selvas remotas con indios desnudos, salvajes y mal pertrechados. El eco apagado de aquellas empresas dejó un poso de amargura en los soldados que volvían del Nuevo Mundo:

> Nosotros, sin saber su majestad cosa ninguna, le ganamos esta Nueva España, sirviendo a Dios, al Rey y a toda la cristiandad. He traído esto aquí a la memoria para que se vean nuestros muchos y buenos y nobles y leales servicios que hicimos a Dios y al rey y a toda la cristiandad, y se pongan en una balanza y medida cada cosa en su cantidad, y hallarán que somos dignos y merecedores de ser puestos y remunerados como los caballeros por mí atrás dichos[317].

A pesar de aquel silencio injusto, sobre todo de la poesía culta, en la producción dramática del primer Lope hemos hallado alguna mención al esfuerzo bélico que se llevaba a cabo en diferentes partes del continente americano. En *El molino*, el rey recibe la visita secreta de la duquesa Celia, que le recuerda los servicios de su padre en los dos extremos del mundo, el Flandes frío y las Indias ardientes:

---

317 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. Carmelo Sáenz de Santa María, Barcelona, Sopena, 1970, p. 805.

[DUQUESA] Yo soy hija del duque Leonadío,
viejo y enfermo de servirte en guerras
al fuego indiano y al flamenco frío[318].

Por último, en una de sus comedias, el poeta madrileño rinde un pequeño homenaje a uno de los héroes nacionales del XVI. Hernán Cortes, vencedor del imperio azteca y fundador de la Nueva España, fue quizás el más célebre de los conquistadores en tiempos de Lope:

[DON PEDRO LUJÁN] Y acuérdome de un favor
que hizo el Emperador
a Cortés y a vuestro padre.
Después ya de haber pasado
aquella borrasca fiera,
por fin, el sol en su esfera
dijo, vuelto al mar impío:
«Si es que escapado se han
Fernán Cortés y don Juan,
el mundo vendrá a ser mío»[319].

En suma, la idea que tenía Lope de lo que un viajero cualquiera se iba a encontrar nada más llegar a América estaba conformada por una serie de tópicos, prejuicios y lugares comunes que muchas veces eran falsos, sin más rodeos, otros se presentaban como mitos inspirados en hechos reales y sólo unos pocos eran verdaderamente ciertos. Ahora bien, habría

318 Lope de Vega, *El molino*, en *Obras completas. Comedias, II*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 282.

319 Lope de Vega, *Las pérdidas del que juega*, en *Obras de Lope de Vega. Nueva edición*, ed. Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Real Academia Española), 1930, VIII, p. 437.

que recordar que Lope nunca estuvo en el Nuevo Mundo, por lo que se podría excusar que tuviera una percepción distorsionada de aquellas tierras remotas.

Sin embargo, cuando se volvía todo era diferente. Con cada regreso, con cada hombre, un pedazo de las Indias arribaba a España, ya fuera en forma de tesoros o de recuerdos, transformando poco a poco la vida peninsular, impregnándola de la esencia americana del mismo modo que cada colono que llegaba de Europa estaba moldeando el Nuevo Mundo. ¿Qué retrato nos ofrecerá el joven Lope de aquella nueva realidad? ¿Será más o menos objetivo o seguirá movido por las suspicacias? ¿Conservará aquella visión desfigurada de las Indias y sus pobladores? De esto tratará la segunda parte de este estudio.

El viaje de vuelta: el largo camino a casa

Los peligros de la travesía

Emprender el regreso era tan arduo, comprometido y peligroso como la travesía de ida, aunque probablemente más. A lo largo del camino aguardaba un mar lleno de violentas tormentas que había que sortear en pesadas embarcaciones de madera que muchas veces ni siquiera estaban preparadas para un viaje que parecía interminable. Tan azaroso era cruzar el Atlántico que muchos españoles permanecían en la Península, atemorizados por un éxodo de proporciones bíblicas. Una auténtica odisea para la época. En *El perseguido*, la dama no pide un imposible, no quiere que vaya en busca de las playas remotas del Nuevo Mundo:

CASANDRA No te quiero pedir cosas tan grandes:
ni que a las puertas del infierno vayas,
y de su guarda la dureza ablandes
ni que visites las remotas playas
del Indio mar a efecto que su oro
arrastre en guarniciones de mis sayas,

sino que en el lugar de su tesoro
me ayudes a vencer un enemigo[320].

Lejos de ser un motivo literario, era muy real. Para aquellos 'vagamundos' que se arriesgaban a cruzar el mar de Atlante, el periplo americano les reservaba todavía más penalidades, con Lope de Aguirre y Cabeza de Vaca como paradigmas, incluso si conseguían sobrevivir y alcanzar las deseadas playas españolas[321].

Piratas, corsarios y bucaneros

Si el regreso era aun más peligroso que el viaje de ida, se debía a un solo motivo. Camino de vuelta, al español de entonces le esperaba una amenaza que no se había dejado ver desde que levara anclas en el Arenal sevillano: piratas. Aquellos depredadores ventajistas acechaban a los barcos que surcaban las aguas de vuelta a España, pues eran estas naves las que iban cargadas con el oro indiano. En *El favor agradecido*, el duque, convertido en pirata, le ofrece a la rei-

320 Lope de Vega, *El perseguido*, ed. Silvia Iriso y María Morrás, en *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, coord. Patrizia Campana, Luigi Giuliani, María Morrás y Gonzalo Pontón, Lérida, Milenio, 1997, I, p. 343.

321 «[…] aquellos primeros españoles que por acá vinieron, cuando tornaban a España algunos de los que venían en esta demanda del oro, si allá volvían, era con la misma color dél; pero no con aquel lustre, sino hechos azamboas e de color de azafrán o tericia; e tan enfermo, que luego, o desde a poco que allá tornaban, se morían, a causa de lo que acá habían padescido, e porque los bastimentos y el pan de España son de más recia digestión que estas hierbas e malas viandas que acá gustaban, e los aires más delgados e fríos que los desta tierra. De manera que, aunque volvían a Castilla, presto daban fin a sus vidas, llegados a ella» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1992, I, p. 49).

na los tesoros que ha conseguido en sus asaltos a las flotas procedentes de las Indias:

> [DUQUE] que darle yo piedras bellas
> que hurté al indio y español
> no es precio que iguala a un sol
> cuyos ojos son estrellas[322].

Ingleses, franceses, holandeses… todos los enemigos de España con salida al mar intentaron robar aquello que sus ejércitos no podían alcanzar por sus propios méritos. Francis Drake, Juan Florín, Jacob L'Hermitte, son sólo algunos nombres de una larga lista de marineros que, al servicio de sus reyes o estados, tenían patente de corso para atacar las naves españolas en acciones de guerra mal disimuladas. Era la única manera de debilitar el monopolio imperial y salvaguardar el contrabando. La Corona española intentó reaccionar, mejorando primero la seguridad interior de los buques y después obligando por real cédula de 1526 a que los barcos navegaran reunidos en flotas. Aquellas medidas sirvieron para poco. Sin duda, la piratería fue todo un éxito, tanto que se acabó por institucionalizar, creándose auténticas armadas pagadas por el erario público, que más tarde serían el embrión de las futuras marinas nacionales[323]. En tiempos del primer Lope,

---

322 Lope de Vega, *El favor agradecido*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 324.

323 «En 1621, Guillermo de Usselinx, no sin esfuerzos, […] creó la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. El proyecto pretendía establecer colonias agrícolas en América […] pero el proyecto fracasó por la oposición de los Estados Generales […] El principal objetivo de la Compañía era proteger el contrabando atacando en su propio imperio a sus enemigos tradicionales, España y Portugal, para lo cual contaba con el subsidio de un millón de guineas anuales que los Estados Generales entre-

todavía quedaban lejos las primeras colonias anglosajonas en el Nuevo Mundo, aunque ya lo habían intentado, por lo que se tenían que conformar con depredar las flotas pequeñas o esperar a que una tormenta diezmara o dividiera la poderosa Armada de Indias. Los ataques podían sucederse en casi cualquier parte, pero había lugares de paso especialmente peligrosos, como el canal de las Bahamas o las proximidades de las islas Azores, donde los corsarios sabían que las flotas llegaban maltrechas después de sufrir tempestades, mar arbolada y vientos huracanados –quizás también otros piratas–:

> Segura navegación es toda, por ser la mar larga, aunque pocos navegan que no cuenten de tormentas; lo peor de pasar a la ida es el golfo de las Yeguas, entre Canaria y España, y a la venida, la canal de Bahama, que es junto a la Florida[324].

Si bien los corsarios europeos fueron una amenaza constante para el tráfico marítimo al Nuevo Mundo, no le fueron a la zaga los piratas berberiscos. Desde los puertos artillados de Argel o Túnez abordaban cualquier barco mercante que navegara por el Mediterráneo, pero en algunas ocasiones se

---

gaban en tiempos de paz, más 16 barcos de guerra y cuatro falúas en caso de que hubiese hostilidades. No era esto lo que Usselinx pretendía, por lo que acabó separándose de la Compañía, quedando el Estado y los particulares inmersos en tan lucrativa actividad, de la que obtenía el primero la quinta parte del botín […] Y en este productivo negocio, entre 1622 y 1636, la Compañía de las Indias Occidentales capturó 547 embarcaciones cuyos barcos valían 6.710.000 florines y cuyos cargamentos se vendieron en Holanda por 30.000.000. La compañía tenía en servicio 800 barcos y 67.000 marinos y soldados» (Garzón Pareja, 1975: 188-189).

324 Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, ed. Jorge Gurria Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 315.

atrevían a cruzar el estrecho de Gibraltar y esperar a las flotas en el golfo de Cádiz, sin contar los ataques a los puertos desde donde también se zarpaba para el Nuevo Mundo[325]. Si bien las galeras africanas no eran rivales para los galeones españoles, por tamaño y armamento, sus objetivos se centraban en naves aisladas del convoy o en condiciones tan precarias, que estuvieran a punto de irse a pique. En *El favor agradecido*, el duque exiliado se ha convertido en un pirata berberisco que se ha hecho rico asaltando las flotas de Indias:

> [ESTACIO] que viene rico y soberbio
> de robar armadas de Indias,
> y quiere ver si han quedado
> de tus asaltos reliquias[326].

En el siglo XVII, como consecuencia colateral de la expulsión de los moriscos de 1609, se hicieron famosos los piratas llamados 'hornacheros', pues eran moriscos oriundos de la región extremeña de Hornachos, que se establecieron en la

---

325 En la cuenca mediterránea, el puerto de Málaga tuvo una importancia capital en la defensa del litoral andaluz de los ataques berberiscos y en el aprovisionamiento de las plazas fuertes cristianas, tanto españolas como portuguesas, que dependían de los víveres procedentes de tierras malacitanas para su subsistencia. Para facilitar la colonización del Nuevo Mundo, el emperador firmó una real cédula en 1529 en la que se otorgaba a varios puertos, entre ellos el de Málaga, el derecho a embarcar pasajeros y mercancías para América, pero no a recibir barco alguno: «Con el fin de vigilar las mercancías que llegan, los barcos han de regresar directamente a Sevilla, 'so pena de muerte y de perdimiento de todos sus bienes para la nuestra Cámara y fisco'» (Pérez de Colosia y Gil Sanjuán, 1978: 574).

326 Lope de Vega, *El favor agradecido*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 319.

alcazaba de Salé –actual Marruecos–, desde donde lanzaban sus temidas razias por todo el Mediterráneo occidental[327].

Naufragios

Por aquel entonces, las noticias de naufragios que llegaban a la Península eran tan abundantes que formaban parte de la vida cotidiana del Quinientos, como los rumores sobre la guerra contra el Turco. Con una economía cada vez más endeble, tanto la Hacienda real como los particulares sufrían con cada anuncio del hundimiento de una flota. Tantas historias de náufragos en las crónicas de Indias acabaron por ver nacer un motivo literario, nada original claro, pues era tan antiguo como la literatura, pero rejuvenecido por la nueva realidad americana.

No nos podemos llamar a engaño. A pesar de la amenaza constante que suponían los piratas europeos y africanos; en realidad, el mayor peligro para los bajeles era el mismo océano. Las embarcaciones de madera de la época, fueran de guerra o mercantes, no estaban preparadas para la navegación transoceánica y eran vulnerables a las violentas tempestades atlánticas. A lo largo de varios siglos, maremotos y tormentas acabaron por sepultar bajo las aguas cientos de pecios, millones de ducados e infinidad de tesoros indianos. Aquella sangría continua se convirtió en una vía de agua para la economía española de los siglos XVI y XVII, que vivía en riesgo perpetuo de bancarrota[328]. No sólo la fortuna de los mercaderes estaba en juego, sino el propio mantenimiento de

327 Acerca de los piratas hornacheros y su fortaleza del Salé, véanse los trabajos de Buzineb, 1992 y 1994.

328 Para saber más sobre los naufragios de las flotas de Indias, es imprescindible el libro de Bonifacio (2007).

la Hacienda real, cada vez más necesitada del oro y la plata de las Indias. La suerte de las flotas y, en especial, de la gran escuadra protegida por la Armada de Indias, era seguida con angustia en el puerto de Sevilla y en el resto de la Península. Cada feliz atraque era celebrado con gozo como una victoria en los campos de batalla. Cada pérdida era llorada como la más terrible de las desgracias. En *Los locos de Valencia*, la criada cree que Fedra, su señora, le dará malas noticias sobre la flota de Indias:

LAIDA ¿Nuevas? ¿Qué nuevas?
FEDRA Mortales.
LAIDA ¿Hase algún reino perdido
o flota de las que han ido
a las Indias Orientales?[329]

Ya hemos señalado que la singladura por aquel Mar Tenebroso albergaba peligros, sobresaltos e inconvenientes incluso para el piloto más experto. Encontrar nuevas rutas no era sencillo y la parquedad en el intercambio de mapas, cartas y noticias provocaba que la ruta hacia el Nuevo Mundo, no por vieja, terminara de dominarse por completo[330]. En la derrota atlántica había varios lugares azarosos donde la navegación

329 Lope de Vega, *Los locos de Valencia*, ed. Héléne Tropé, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 277), 2003, p. 255.

330 «Todas estas vicisitudes de la organización de la armada de Indias se unían a la inexperiencia de los navegantes que cubrían una ruta que, a pesar de ir adquiriendo una veteranía en tiempo, casi siempre presentaba nuevas contingencias que eran de vital importancia superar. A esto había que añadirle el tener que vencer la errónea idea, reminiscencia de la competencia en el Mediterráneo, de querer silenciar cualquier dato, bien geográfico, bien meteorológico, que pudiera orientar nuevas navegaciones, con objeto de proteger los intereses económicos y evitar otras apetencias navales» (Flores Moscoso, 1981: 118).

se hacía más problemática y los marineros temían atravesar incluso a bordo de un pesado galeón. Por desgracia, algunos de aquellos cementerios de barcos eran de paso obligado, como el llamado golfo de las Yeguas:

> [TEODORO] soy, señor, de Lyon de Francia,
> y este hidalgo, de París,
> el peregrinar fue voto
> que hicimos, el mástil roto,
> el galeón *San Dionís*
> en el golfo de las Yeguas;
> y digo en una palabra,
> que hasta llegar a una zabra
> nadamos cuarenta leguas[331].

En realidad, el golfo de las Yeguas no era ningún golfo, sino la región marítima que comprendía desde las costas del sur de España hasta el archipiélago canario. Por lo tanto, era el primer peligro que se afrontaba nada más salir a mar abierto. Si la tormenta les sorprendía, se intentaba retornar a las costas gaditanas, para volver a empezar una vez reparadas las naves:

> Embarcámonos en Sanlúcar –que voy abreviando–, y llegando al golfo de las Yeguas fue tan desatada y terrible la tormenta que nos sobrevino, que por poco no quedara tabla en que salvarnos; pero por la prudencia de Diego Flores de Valdés, general de la flota, volviendo las espaldas a la tormenta, tornamos a invernar a Cádiz[332].

---

331 Lope de Vega, *La francesilla*, en *Obras completas. Comedias, IV*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 755.

332 Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, ed. María Soledad Carrasco Urgoiti, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 46), 1972, II, p. 241.

En su *Historia general y natural de las Indias*, Gonzalo Fernández de Oviedo explicó el peculiar origen del nombre de aquella colosal masa de agua que separaba España y las islas Canarias y que según los cálculos de la época tenía trescientas leguas de extensión:

> Aquel espacio e golfo de mar que hay desde Castilla a estas islas se llama el golfo de las Yeguas, a causa de las muchas dellas que allí se han echado. Porque, como es tempestuoso mar, en mucha manera más que desde allí adelante hasta las Indias, e de más peligro, acaesció en los principios que esta tierra se poblaba, que trayendo los ganados e yeguas desde España, todas las más dellas se quedaron en aquel golfo, por tormentas, o por se morir en el viaje; y de ser tan dificultoso de pasarlas, comenzaron los hombres de la mar a llamarle el golfo de las Yeguas[333].

Para Lope, el gofo de las Yeguas no sólo era sinónimo de peligro o naufragio, sino que también significaba que se intentaba pasar al Nuevo Mundo y, como ya hemos comentado en capítulos previos, emigrar a América era la mejor manera de evadir la justicia o el acoso de un enemigo:

> VALERIO Si fueran por el golfo de las Yeguas
> o por el estendido de Narbona,
> con el contrario me obligara a treguas;
> mas no sé dónde esté vuestra persona
> segura de enemigos, ¿qué podría
> sacaros de la más ardiente zona?[334]

---

333 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1992, I, p. 37.

334 Lope de Vega, *Los locos de Valencia*, ed. Héléne Tropé, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 277), 2003, p. 113.

Si se conseguía sobrevivir a la travesía atlántica y volver a pisar las playas andaluzas, ya no sería el mismo sujeto que había dejado España años atrás, al menos para los demás. A los ojos de los españoles peninsulares se había convertido en un elemento desclasado dentro de la rígida sociedad estamental de los Austrias. Con el paso del tiempo, aquellos emigrantes que tornaban a la Península crecieron en número hasta configurarse como una nueva clase o grupo social: el indiano.

Concepto de indiano

No todos los que se embarcaban hacia el Nuevo Mundo se hacían ricos o decidían enraizarse tan lejos del hogar. Un buen número de aquellos colonizadores, pasada la fiebre del oro, tuvieron que resignarse y volver, a veces arruinados, otras desfallecidos por la lucha contra el indio y no pocos empujados por la añoranza de España. No obstante, la emigración americana no paró de crecer, tanto la legal como la ilegal. Ya fuera para ocupar un cargo modesto en la administración colonial o probar fortuna con el arcabuz al hombro, no cesó el flujo migratorio hacia las Indias. Sin contar la marea humana que buscaba esquivar a la justicia o un matrimonio indeseado y que entraba por la puerta de atrás. El cebo de aquel «refugio y amparo de los desesperados»[335], que diría Cervantes, siempre estaba puesto:

> Los extractos del número de licencias conservadas y conocidas entre 1510 y 1560, que son muy incompletas y se refieren sólo a los emigrantes legales, dan cuenta de aproximadamente veinte mil personas, cuando en realidad se esti-

335 Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 49), 2001, p. 326.

ma que hacia 1550 habían pasado a América más de cien mil españoles, cifras inferidas a partir del estudio de los fenómenos de despoblación en la Península durante ese período, según los datos aportados por G. Céspedes del Castillo[336].

Rico o pobre, héroe o villano, cualquiera que regresaba a la Península procedente del otro lado del Atlántico recibía el nombre de indiano. En una sociedad estamental tan cerrada como era la España del Antiguo Régimen, surgió a la luz de América una nueva clase social, que llegaría para impulsar el desarrollo de una burguesía ahogada hasta entonces bajo la presión de un orden monárquico-señorial, que seguía viendo con malos ojos a quienes sacaban beneficio del comercio, considerado propio de judíos.

Definición de indiano

Antes que nada, habría que advertir de la amplitud significativa del término, sea sustantivo o adjetivo. En principio, es todo aquél que ha estado en el Nuevo Mundo. En el *Tesoro de la lengua* de Covarrubias (1611), la palabra indiano se detalla como: «el que ha ido a las Indias, que de ordinario éstos vuelven ricos». Para Correas, la definición se desembaraza del tópico de la riqueza, porque indiano es simplemente «el que ha estado en las Indias»[337]. En el lenguaje de la gente de la carda se prefería el término 'perulero', aunque poco importaba si venía del Perú, la Nueva España o cualquier otro territorio americano[338]. En el caso de Lope, la signifi-

336 Villarino y Fiadino, 1993: II, 987.

337 Gonzalo Correas, *Arte de la lengua española castellana*, ed. Emilio Alarcos García, Madrid, CSIC, 1954, p. 216.

338 *Perulero*: «S. que es del Perú, de las Indias; rico, poderoso» (*Tesoro de villanos*).

cación se amplía notablemente, pues abarca a cualquiera que tuviera tratos, es decir negocios, con las Indias. En *El caballero del milagro*, el poeta madrileño nos ofrece su propia definición:

> [LUZMÁN] y como llaman indiano
> al que trato en Indias tiene,
> quien rico de Roma viene
> se ha de llamar el romano[339].

Ahora bien, como ya hemos señalado, el término englobaba mucho más. Si el indiano era aquél que había estado en las Indias, también se incluía a los portugueses que habían viajado al Nuevo Mundo:

> [RENGO] y a Vasco Suárez Indiano,
> que hasta el Perú trajo el eco
> del gran nombre lusitano,
> ¿no ha dado la Infantería?[340]

La generosidad del vocablo no acababa aquí. En el Siglo de Oro, la voz se aplicaba a europeos e indígenas a partes iguales; es decir, tan indiano era el español que pasaba a América como el indio natural de aquellas latitudes. En el *Arauco domado*, queda bastante claro que los cuarenta mil «indianos» son en realidad los guerreros de Caupolicán:

---

339 Lope de Vega, *El caballero del milagro*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 235.

340 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 798.

[ALARCÓN] Pero ¿qué dijera España
si hubiera visto esta tarde
seiscientos hombres de alarde
para tan notable hazaña,
y venir un escuadrón
de cuarenta mil indianos
por lo menos, araucanos,
qué es formidable nación?[341]

No se trataba de ninguna licencia poética de Lope. Las crónicas de Indias empleaban el término «indiano» con absoluta libertad, tanto para conquistadores como para nativos. En más de un lugar, advertimos una clara voluntad de discernir entre indios y indianos, pues éstos últimos parecen disfrutar de una mayor consideración por parte del cronista, por algún servicio o ayuda que han brindado a los españoles o bien porque se han convertido al cristianismo:

> En casa de aquel señor vido el capitán Fernando de Magallanes un enfermo que estaba para morir, e preguntó que quién era aquel doliente e qué mal era el que tenía; e a lo que se pudo entender, le dijeron que era meto de aquel señor, e que había dos años que tenía una grand fiebre. E hízole el capitán entender que estoviese de buen ánimo, y que si se quisiese convertir a la fe de Cristo, luego sanaría. El indiano fue contento, e habiendo adorado la cruz, se baptizó, y el día siguiente dijo que era sano e que no sentía mal alguno, e saltó fuera del lecho, andando e comiendo como los otros, e contaba a los otros indios no sé qué cosas que durmiendo había visto; a causa de lo cual, aquel señor, con dos mil e doscientos indios, en pocos días después que el enfermo sanó, adoraron a Cristo loando su religión[342].

341 Ibíd., p. 785.

342 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1992, II, p. 222.

Por último, como adjetivo, pasó a denominar a reyes y grandes señores que estuvieran relacionados de algún modo, directa o indirectamente, con el Nuevo Mundo. Por supuesto, el primero de ellos y por ende más celebrado, el rey de España, en cuyos dominios jamás se ponía el sol:

GARCÍA Pues con esto al templo vamos,
y decid en altas voces,
que ya se retira Carlos:
¡Viva el invicto Felipe,
Rey español, Rey indiano![343]

Este uso como adjetivo ceremonioso estuvo bastante extendido en la época, tanto en cauces oficiales como correspondencia privada. Y desde fechas muy tempranas. En una carta fechada el 22 de mayo de 1523, Fray Antonio de Guevara se dirige al presidente del Consejo de Indias, don Alonso de Fonseca, de la siguiente manera: «Muy magnífico señor y indiano Procónsul»[344].

Convivencia y confusión con otras palabras

Tras esclarecer de manera definitiva el concepto de 'indiano', convendría que nos detuviéramos por un momento en otras palabras del mismo campo semántico: perulero, chapetón, criollo, etc. En este caso, nos ocuparemos de 'criollo', pues es la que tenemos documentada en nuestro corpus de comedias del primer Lope. Aparte del significado por todos

343 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 848.

344 Fray Antonio de Guevara, *Epístolas familiares*, en *Obras completas, III*, ed. Emilio Blanco, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 2004, p. 251.

conocido: «Dicho de un hijo y, en general, de un descendiente de padres europeos. Nacido en los antiguos territorios españoles de América y en algunas colonias europeas de dicho continente» (*DRAE*), en el Quinientos se podía emplear de una manera más indeterminada.

Vamos por partes. Primero, el significado moderno, que era el más corriente: «Que se deue conzederarse que ay algunas mugeres españolas o españoles como no sea mestizo ni quarterán, criollo, mulato, cino nacido en Castilla»[345]. Segundo, como se recoge en *El desposorio encubierto*, se refería al nacido en un determinado lugar:

FELICIANO Pícaros, ¿no me conocen
por criollo de Madrid?
(Haré que se desembocen)[346]

Tercero, los significados de 'criollo' e 'indiano' se acabarán mimetizando, quedando como simples sinónimos. En *La bella malmaridada*, un galán finge ser indiano –y por lo tanto, rico– para seducir a una mujer tapada, que resultará ser una cortesana:

TEODORO Indiano soy como os cuento.
CASANDRA Bien lo muestra la color.
TEODOR En la color y el sabor
todo soy un pimiento.
[…]
¡Qué mujer!

---

345 Felipe Guamán Poma de Ayala, El *primer nueva corónica y buen gobierno*, eds. John V. Murra, Rolena Adorno y Jorge L. Arioste, Madrid, Historia 16, 1987, I, p. 1042.

346 Lope de Vega, *El desposorio encubierto*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 498.

CASANDRA ¡Qué hombre!
TEODORO Ahora
quiero que mis Indias rijas.
CASANDRA ¿Que en efecto eres criollo?
TEODORO Como esas maldades crío.
CASANDRA Luego ¿no eres indio?
TEODORO Bien mío,
¡del rostro, sí!
CASANDRA ¡Vaya al rollo!
TEODORO Indiano soy ¡por tu vida!
de aquí de Caramanchel.
CASANDRA Tan negra soy como él[347].

Esta deliciosa escena de enredo juega también con el color de piel del falso indiano, que la cortesana cree que tiene que ser oscuro, en un juego de planos del significado donde se mezclan el indiano, el criollo y el indio –o sea, el mestizo[348]–. No nos puede extrañar que a veces se produjera aquella igualación entre voces. Al fin y al cabo, si el indiano era quien había conocido las Indias o tenía tratos con ella, el criollo, por haber nacido en el Nuevo Mundo, cumplía ambas premisas.

El indiano, una nueva clase social

La realidad mandaba. Pronto, el indiano pasó de ser una *rara avis* a integrarse dentro de una sociedad que lo contemplaba con extrañeza, para lo bueno y para lo malo. Aquellos emigrantes que habían decidido regresar tardaban en descubrir su sitio en una colectividad que ya no les veía como

347 Lope de Vega, *La bella malmaridada*, ed. Christian Andrès, Madrid, Castalia (Clásicos Madrileños, 24), 2001, pp. 47-49.
348 Cfr. el epígrafe *Abrasados por el sol*.

uno de ellos. Para el español del Quinientos, el indiano era alguien bajo sospecha, inclusive peligroso, si es que había vuelto de las Indias lleno de caudales. ¿Por qué? En la mente del vulgo, más por envidia que por otras cuestiones, se le arrogaban cualidades negativas o, cuanto menos, moralmente reprobables. Las razones por las cuales un hombre se decidía a navegar por el Mar Tenebroso en busca de riquezas sólo podía esconder un motivo oscuro. De nuevo, la sombra de la mancha familiar, y es que cambiar España por mundos remotos era algo incomprensible para la mayoría:

> La significación de las Indias para los que permanecían en la Península está bien clara: enriquecerse en el Nuevo Mundo ponía en peligro la limpieza del linaje, convertía al indiano en un posible judío, interesado en acumular una fortuna individual y secular[349].

Ya hemos advertido en más de una ocasión cómo el viaje a América era aun más peligroso de lo que el español de por aquel entonces se imaginaba. Buena parte de aquellos aventureros morían de hambre o enfermedad, si no acababan sacrificados en algún altar pagano, antes de ver una sola moneda de oro. Sólo unos pocos conseguían regresar sanos, salvos y prósperos. Daba igual. El retrato dominante en la literatura de la época sigue al pie de la letra el ideario del vulgo, por lo que nos presenta a un indiano ávido, rico y lujurioso, y Lope, como fiel escribano del pueblo, satisface su gusto:

> [LUZMÁN] Es el uno un rico indiano
> y el otro un aragonés,
> que hasta en cintas de tus pies
> cubrirá de oro su mano.

349 Castro, 1966: 322.

El indiano te ha de dar,
en viéndote, una cadena
que trae al cuello, y es buena[350].

Como el famoso celoso cervantino, el indiano retorna después de haber amasado una inmensa fortuna, que, entre otras cosas, le posibilitará un vertiginoso ascenso social e incluso el parentesco con la nobleza, cada vez más necesitada de las rentas de la alta burguesía. De entre todas las riquezas americanas aparecerá estrechamente relacionado con el oro, que para algo era sinónimo de Indias:

[MARCELA] [El oro] es tan blando, que el indiano,
como cera, con la mano
le labra y da perfección[351].

Tanto es así, que indiano y dinero van a aparecer siempre en un mismo nivel significativo. En *El maestro de danzar*, Aldemaro se extraña de que su criado, Belardo, no le pida albricias por traerle tan buenas noticias. A su manera, el gracioso le recuerda al galán que es pobre:

[ALDEMARO] Belardo, ¿qué te detienes,
qué albricias no me has pedido?
BELARDO ¿De qué Indias has venido
o qué cambio en Madrid tienes?[352]

350 Lope de Vega, *El caballero del milagro*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 225.

351 Lope de Vega, *Los torneos de Aragón*, en *Obras completas. Comedias, V*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 618.

352 Lope de Vega, *El maestro de danzar*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 567.

La imagen del indiano como hombre rico era un lugar común en el siglo XVI y, como todos los tópicos, se basaba en un prejuicio extendido, aceptado, pero falso. Pasar a las Indias no era garantía de nada y menos de regresar con los baúles llenos de oro. Muchos fracasaban en su intento de medrar en la administración colonial, otros se arruinaban en negocios calamitosos y la mayoría no rescataban más que la vida de alguna expedición de conquista desastrosa. En la obra dramática lopesca, por lo general el indiano suele acarrear el sambenito que le cargaba el pueblo llano, especialmente los residentes en Sevilla[353]. A pesar de la fuerte raigambre del tópico, habría que esperar unos años más, ya muerto Lope, para que, poco a poco, fuera apareciendo en la literatura un indiano bien distinto al tradicional:

> La visión del indiano en esta mojiganga [*Los casamientos* de Suárez de Deza (1663)] es la del hombre pobre, pretencioso, galán –acaso segundón–, soldado que desconoce las costumbres de la corte y regresa a su tierra a casarse[354].

Un detalle era bien cierto. Muchos de aquellos emigrantes tenían la intención de volver tarde o temprano, aunque cambiaban de manera de pensar según las noticias que le llegaban desde la patria: crisis, guerra, miseria, etc. No obstante, no haría falta irse tan lejos en el tiempo. Desde un principio, el indiano fue visto por sus compatriotas como un elemento extraño, difícil de clasificar y, por supuesto, diabólicamente atractivo. A partes iguales, modelo y contraejemplo para la estricta sociedad del Antiguo Régimen:

---

353 Sobre la imagen del indiano en las comedias ambientadas en Sevilla, véase Cornejo, 2001: 166-169.

354 Villarino y Fiadino, 1993: II, 990.

> [El indiano] es subversivo en cuanto ha alcanzado un rápido ascenso económico debido a su inscripción en una economía mercantil, y poco o nada debe a "heredades" ni a linajes. Además, y para colmo, produce interés e incluso reconocimiento en los estratos medios y bajos de la sociedad, que ven en él el espejo de la propia posibilidad de progreso[355].

Olvidarse de los sinsabores que afrontaba un indiano de vuelta en la Península sería restringir la visión de conjunto. Por norma, era un personaje que se observaba con recelo, pues era creencia popular pensar que aquél que pasaba a las Indias tenía un pasado inquietante o era un fugitivo de la justicia. Además, habían hecho carrera en un lugar lejano, las Indias, donde se creía que se habían perdido la fe, la moral y las buenas costumbres. Poco importaba que regresara rico o pobre:

> Estos [los indianos], a su vez, tienen sus dificultades con la vida en España [...] ya que se les considera como forasteros. Cuando son ricos y generosos, les envidian; cuando son pobres o después de haber gastado sus riquezas, les menosprecian[356].

En el teatro comercial barroco el indiano es rico por definición y, por lo tanto, se convierte en un enemigo poderoso en la lucha por el corazón de la dama. En una sociedad donde el favor y el regalo eran paso forzoso para cualquier amante, la amenaza del oro de las Indias se convierte en un recurso dramático más para complicar la trama de las comedias.

---

355 Walde, 1993: 153.
356 Reichenberger, 1992: 98.

El poder del dinero

No todos los prejuicios que arrastraban los indianos eran negativos. Había una cualidad preestablecida que suscitaba un gran interés en parte de la población. La fortuna que se le presuponía a todo aquel que regresaba del Nuevo Mundo le confiaba un atractivo particular para el sexo contrario. En la producción dramática del primer Lope aparecen muy pocos indianos, es cierto, pero cuando lo hacen –véase *El castigo del discreto*, por ejemplo–, suelen presentar los signos de riqueza propios de aquel grupo social. Entre ellos, no había rasgo más vinculado al indiano que la mona y el papagayo, símbolos exóticos de su paso por mundos remotos y que lucían con orgullo en rejas y balcones:

HIPÓLITA ¿Qué trae más?
ROBERTO Un papagayo
y una mona harto famosa.
HIPÓLITA ¿Cómo?
ROBERTO Que no habla cosa
y ella se come un lacayo.
Mandada estaba ahorcar
en Sevilla por la muerte
de once niños[357].

En una sociedad tan empobrecida como la España de finales del siglo XVI, el dinero era más que nunca prueba de distinción social, por muchas sospechas que suscitara su origen. Tanto en el teatro comercial como en la vida cotidiana, el indiano rico se convirtió en la presa preferida no sólo de

357 Lope de Vega, *El castigo del discreto*, en *Obras completas. Comedias, VII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 226.

las familias necesitadas de rentas, que no dudaban en casar a sus hijas con indianos sin preguntar por el linaje o la limpieza de sangre, sino también de las ninfas, mancebas y tusonas, siempre dispuestas a desplumar al incauto. Aquel favor tan interesado dio pie a numerosas chanzas, enredos y confusiones sobre las tablas. Las comedias están llenas de galanes que fingen ser lo que no son para engañar a la mujer que pretenden conquistar. En *La bella malmaridada*, un galán se hace pasar por indiano para ganarse los favores de una cortesana:

[MARCELO]	De golpe habéis de subir.
ROSARDO	Quedo, que se espantarán.
MARCELO	Ve adelante, Feliciano.
LEANDRO	Decidle que soy indiano[358].

Lope, tan inclinado a la «incertidumbre anfibológica» como declarara en su *Arte nuevo* (vv. 323-326)[359], utilizará el mismo recurso en ambas direcciones. Ellas se aprovechan también de la fama de los indianos para conseguir sus propósitos. En *El desposorio encubierto*, una dama celosa se escuda en un falso servicio a un indiano para averiguar la identidad de la dama que vive en cierta casa:

358 Lope de Vega, *La bella malmaridada*, ed. Christian Andrès, Madrid, Castalia (Clásicos Madrileños, 24), 2001, pp. 69-70.

359 «Siempre el hablar equívoco ha tenido
y aquella incertidumbre anfibológica
gran lugar en el vulgo, porque piensa
que él sólo entiende lo que el otro dice» (Lope de Vega, *Arte nuevo de hacer comedias*, ed. Enrique García Santo-Tomás, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 585), 2006, p. 149).

BEATRIZ Ya el oficio dicho habemos.
Un indiano nos envía
para que solicitemos
esta mujer[360].

En *La bella malmaridada*, el pretendiente rico es encerrado en un cuarto oscuro donde goza por error de Dorotea, la vieja alcahueta, creyendo estar en los brazos de la hermosa Lisbella. Al final de la comedia, desvelado el engaño, le preguntan con sorna a la celestina por el conde romano, al que llaman «indiano» por su 'fortuna':

TEODORO Del indiano te pregunto.
DOROTEA Gozome, ¡qué quieres más?
¡Linda burla le hemos hecho![361]

La mala opinión que tenían como grupo y que ponía en duda el origen de su hacienda constituyó un aliciente más para que aquella nueva clase buscara el parentesco nobiliario a través del matrimonio o la compra de títulos que, por otra parte, se convirtió en moneda de cambio corriente entre un orden monárquico-señorial cada vez más menesteroso y una burguesía ávida por no pagar impuestos[362]. A pesar de la génesis mercantilista de su fortuna, el indiano se consideraba un hidalgo, pues volvía de América como un hombre nuevo

360 Lope de Vega, *El desposorio encubierto*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 498.

361 Lope de Vega, *La bella malmaridada*, ed. Christian Andrès, Madrid, Castalia (Clásicos Madrileños, 24), 2001, p. 147.

362 La venta y concesiones de títulos nobiliarios a plebeyos ha sido estudiada por Thompson (1979), Amelang (1982) y Domínguez Ortíz (1976), entre otros.

–recuérdese el ideal renacentista[363]–, hecho a sí mismo y dueño de su futuro:

> Pese a considerarse a sí mismos como hidalgos, los indianos no desdeñaron las actividades productivas que en España eran indignas de un noble; sólo el trabajo manual directo y el comercio al por menor fueron evitados, salvo casos de necesidad extrema, como menesteres deshonrosos[364].

Aquel cambio de mentalidad, defendida con entusiasmo por los círculos humanistas, no provocó el efecto deseado[365]. Era un concepto moderno de hidalguía que, lamentablemente, no tendría arraigo en la vieja y rancia nobleza española, con Sevilla como excepción natural a la regla, por su trato frecuente con la poderosa casta mercantil de la ciudad[366].

---

363 Cfr. el capítulo El descubrimiento.

364 Villarino y Fiadino, 1993: II, 988.

365 «En efecto, algunos consiguen mejorar y Mal Lara, que desdeña a quienes se envanecen de privilegios heredados, reproduce con gusto el cuentecillo del hidalgo que decide buscar fortuna en Indias, en abierto desafío de la norma vigente entre los de su clase: "Preguntado uno, que era caballero y fue a Indias y vino rico, '¿cómo ganaste de comer?' Respondía: 'Quitándome el don'"» (Bernal Rodríguez, 1992: 5).

366 Si la Sevilla del Quinientos estaba dominada por la ambición, avaricia y materialismo alumbrados por el comercio con las Indias, no hallamos mejor paradigma social que la nobleza sevillana, que no dudó en emparentarse con la oligarquía local para participar en el lucrativo negocio americano: «The conversion of the nobility to commerce opened what had heretofore been a closed society, and brought about the entrance of the merchant class into their ranks. Marriages between the scions of the oldest noble families and the daughters of merchants became a normal occurrence in the city during the course of the century. In fact, even the nobility who did not engage in commerce were forced by necessity, or at times cupidity, 'to marry the daughters of merchants', and 'the power of gold made *hidalgos* and nobles out of merchants and commoners'» (Pike, 1965: 440-441).

El caso de Las ferias de Madrid*: ¿una pincelada autobiográfica?*

Después de salvaguardar al Lope hombre del Lope autor, creemos haber encontrado una fisura en la máscara que usaba el poeta madrileño cada vez que alzaba la pluma del papel. Bien es conocido por todos que fue un rico caballero indiano quien le arrebató a su amor de juventud, la actriz Elena Osorio. Una decepción amorosa que le acabaría costando el destierro de la corte, pero que sería de importancia capital para el desarrollo de su Comedia Nueva[367]. Una experiencia traumática que nunca llegaría a olvidar del todo, como demuestra la literaturización de aquel episodio que inmortalizaría en las páginas de *La Dorotea*, ya en plena senectud.

Que a veces Lope se 'colaba' en sus comedias bajo tal o cual disfraz, especialmente bajo el nombre de Belardo[368], es un hecho descubierto, reconocido y aceptado por los especialistas. Dentro de la producción dramática del primer Lope, sin abandonar el tema del indiano, creemos tener una comedia donde el autor por un instante dejó salir al hombre de carne y hueso. En *Las ferias de Madrid*, durante una mascarada, uno de los galanes aparece disfrazado de indio, al parecer, según cuenta el propio personaje, en honor del indiano que le arrebató el amor de una dama:

---

367 Para la influencia de la escuela valenciana en el teatro lopesco, véase el trabajo del hispanista italiano Rinaldo Froldi en *Lope de Vega y la formación de la comedia* (1973: 39-159). Después, le han seguido Joan Oleza (1984), Josep Lluís Sirera (1986) y otros.

368 Acerca del tema de los pseudónimos lopescos en su obra dramática sigue siendo fundamental el estudio de S. G. Morley (1951). En éste, se señala que aparece un Belardo en 64 comedias, pero que solamente en 36 ocasiones se puede hablar de una verdadera presencia del poeta madrileño.

[ROBERTO] Oíd la mía, que en el traje indiano
imito aquel galán de mi señora
que atropelló mis años de servicio
por el oro divino y poderoso[369].

Esta referencia parece estar dedicada a una sola pareja: Elena Osorio y don Francisco Perrenot de Granvela. Si tenemos en cuenta la inmediatez de las fechas, se despeja cualquier duda: la sentencia definitiva que mandaba a Lope al destierro tenía firma del 7 de febrero de 1588[370] y la comedia en cuestión fue compuesta por aquellos años (1585-1588)[371]. A esto habría que añadir que ni Roberto –que es el galán quejoso– ni ningún otro personaje de la comedia es un indiano, por lo que la alusión es intranscendental para el devenir de la acción dramática. Por consiguiente, fuera un acto inconsciente o no –esto sería imposible de determinar–, a nuestro juicio quedaría claro que el poeta madrileño escribió *Las ferias de Madrid* con el recuerdo fresco de la traición de Elena en la cabeza, y, que Roberto no sería más que otro pseudónimo bajo el cual se ocultaría el hombre y no el autor.

369 Lope de Vega, *Las ferias de Madrid*, en *Obras completas. Comedias, II*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 448.

370 «[Los alcaldes] confirman la sentencia de vista en grado de revista con que los cuatro años de destierro de esta corte y cinco leguas sean ocho demás de los dos del reino, y los salga a cumplir desde la cárcel los ocho de la corte y cinco leguas, y los del reino dentro de quince días; no los quebrante, so pena de muerte los del reino, y los demás, de servirlos en galeras al remo y sin sueldo, con costas» (Castro y Rennert, 1968: 41).

371 Morley y Bruerton, 1968: 244-245.

Animales exóticos en la metrópoli

Las relaciones que llegaban del Nuevo Mundo no sólo hablaban de indios antropófagos o tesoros fabulosos, sino de otras cosas absolutamente inesperadas como paisajes, plantas y animales que excitaban la fantasía de los europeos. Como en otros tantos órdenes de la vida, la nueva realidad americana trajo consigo un cambio en las aficiones extravagantes de los poderosos. Hasta entonces, las bestias que conformaban las colecciones más exóticas llegaban de África, sobre todo a través de comerciantes portugueses. Tal era el caso del mismo rey. A pesar de preferir los jardines, Felipe II poseía un pequeño zoo en su palacio de Aranjuez y otro más importante en la madrileña Casa de Campo:

> En la Casa de Campo había un zoo más grande, con elefantes, rinocerontes (una rareza en Europa) y leones [...] Había también una bandada especial de cisnes, importados de los Países Bajos, que flotaban majestuosamente en los lagos artificiales construidos por expertos holandeses (y cuidadosamente provistos tanto de percas como de carpas, importadas también de los Países Bajos en contenedores especiales)[372].

Ya desde las primeras expediciones comenzaron a arribar al puerto sevillano no sólo oro, plata y joyas, sino también animales salvajes, criaturas que jamás se habían visto antes en Europa. Normalmente, muertos o disecados, pues alguna de sus partes se empleaba en remedios medicinales, p. ej. la uña del tapir, pero otros muchos llegaban vivos para el disfrute de sus amos indianos o la venta exclusiva a los pocos bolsi-

372 Parker, 2004: 62.

llos que podían pagar su alto coste. Aquellas hermosas criaturas causaron asombro en los españoles de entonces, que no podían dejar de admirarse por el comportamiento 'humano' de los monos o la capacidad de los loros para 'hablar'.

El mono

El mono o mico, junto al papagayo, fue el animal de compañía más corriente entre los indianos. Sin duda, la fauna americana que más llamó la atención en general, especialmente de mujeres y niños. En las ciudades, sus gestos, cabriolas y chillidos eran bien apreciados por los transeúntes, que se agolpaban a su alrededor a la menor oportunidad. A pesar de que en Sevilla se podían ver con relativa frecuencia, el atractivo de este simpático animal conseguía atraer más público que cualquier otra cosa, algo de lo que el poeta madrileño se burla en unos versos del *Arauco domado*:

[REBOLLEDO] No digo, como encareces,
ir a ver una persona
famosa, pero una mona
la irán a ver treinta veces[373].

Al llegar como parte del equipaje de los indianos y tener un alto precio en el mercado, el mono se convirtió en un signo de ostentación, tuviera su propietario tratos con las Indias o no. Tanta fue su popularidad que mono y papagayo se solían mencionar juntos, como inseparables:

373 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 802.

ESPERANZA ¡Jesú,
qué de cosas atropellas!
No falta sino que digas
que la mona y papagayo
andan de amor…[374]

A pesar de la visión heredada del romanticismo del mono como fiel compañero del pirata, puesto en su hombro, en el siglo XVI el simio nunca andaba suelto por la calle, sino encadenado:

[CALIXTO] Finalmente, yo me encierro
con temor de aqueste perro,
en dando el Ave María,
por no arrastrar en Turquía
como mona maza y hierro[375].

Uno de los juegos con el que más disfrutaban los niños consistía en acercarse con un pequeño espejo. En el último momento, se lo ponían por delante para que el animal pudiera ver su cara y darse un gran susto. La reacción airada del mono, tirando de la cadena con sus saltos y gritos divertiría sobremanera a pequeños y mayores. En *La pastoral de Jacinto*, el protagonista, que es una especie de figurón[376], se asusta cuando ve aparecer a su enemigo como el animal se espanta de su propio reflejo:

---

374 Lope de Vega, *Los comendadores de Córdoba*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 1250.

375 Lope de Vega, *La difunta pleiteada*, en *Obras de Lope de Vega. Nueva edición*, ed. Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Real Academia Española), 1917, IV, p. 559.

376 El figurón es la deformación cómica, hiperbólica y caricaturesca de un tipo determinado de personaje, aunque en la mayoría de las ocasiones se trata de un galán, que acaba siendo escarmentado para solaz del público. Para una definición de comedia de figurón, véase Lanot y Vitse (1976).

[JACINTO] Y así, tú eres para mí,
cuando en ti mi forma dejo,
como a la mona el espejo,
que teme de verse a sí[377].

A pesar de que se pueden hallar especies diversas de primates a largo y ancho del mundo, el mono acabaría convirtiéndose en el símbolo animal de las Indias –recuérdese el cuadro *Los dos monos* de Pieter Brueghel el Viejo (1525-1569)–, por encima de otros como el jaguar o el cóndor, sagrados para ciertas culturas precolombinas.

El papagayo

La pareja natural del mono en cualquier retrato o descripción de un caballero indiano. No importaban su colorido plumaje, el grueso pico o sus graciosos andares, la cualidad más aplaudida por el español del Quinientos era que podía hablar. De hecho, ya se encargaban los dueños de llevar a la Península sólo a los mejor entrenados para asombrar a propios y extraños. Su habilidad para repetir sonidos humanos acabó siendo proverbial:

[LEONIDO] Rebuzna el asno; el caballo
relincha que atruena un sordo;
habla el papagayo, el tordo;
gruñe el puerco y canta el gallo[378].

377 Lope de Vega, *La pastoral de Jacinto*, en *Obras completas. Comedias, VI*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 570-571.

378 Lope de Vega, *La boda entre dos maridos*, ed. José Roso Díaz, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Giuliani, Lérida, Milenio, 2002, II, p. 843.

Como ya sucedía con el mono, se podían comprar papagayos en el Arenal de Sevilla a precios muy elevados, por lo que no eran exclusivos de los indianos, pero sí de las clases pudientes. En *Los comendadores de Córdoba*, la trágica escena final está realzada por un breve destello cómico, tan propio de grandes como Lope de Vega o Shakespeare, cuando el Veinticuatro no salva de su brazo vengador ni al papagayo de la casa, al que acusa ante el rey con estas palabras:

> [VEINTICUATRO] maté cuantos hubo en ella;
> [...]
> hasta un papagayo, que era
> también traidor, pues hablaba
> y no me dijo mi afrenta[379].

Su capacidad para imitar la voz humana era tan conocida en tiempos de Lope que ya Covarrubias recogía una expresión al uso en su diccionario: «hablar como papagayo», para quien discurría de memoria, sin comprender en realidad lo que estaba diciendo.

Uñas, palos y piedras: otros tesoros del Nuevo Mundo

Previo paso por la Casa de la Contratación, los mercados europeos bullían de productos americanos que poco a poco se hicieron un hueco privilegiado como cosméticos, medicinas y artículos de lujo. La febril actividad mercantil que generó la gesta del Descubrimiento abrió el Viejo Mundo a infinidad de nuevos géneros: esencias, polvos, pieles… no siempre se buscaba la ganancia con el oro de las Indias.

379 Lope de Vega, *Los comendadores de Córdoba*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 1266.

Algunas de aquellas mercancías, que apenas valían nada en América, alcanzaban precios desorbitados nada más llegar a la Península, por lo que eran codiciados por los comerciantes extranjeros, que se especializaron en su compra y venta para disgusto de los españoles, que les achacaban todos los males de la economía nacional. Así se quejaba el humanista sevillano Juan de Mal Lara:

> En otro tiempo rescataban en Indias el oro y la plata por habas y otras cosillas que de acá llevaban. Agora rescatan en Sevilla los de Flandes, Francia y Alemania, por niñerías, mucha moneda, y con ella biven en Sevilla. Por ende queda averiguado, que *A quien Dios quiere bien, en Sevilla le dio de comer*[380].

En aquel exótico catálogo tenían un valor especial los remedios medicinales que arribaban desde el otro lado del Atlántico. El hallazgo de nuevas especies de plantas y animales, así como el conocimiento de la medicina amerindia que llegó a Europa a través de los misioneros, principalmente, impulsó de manera considerable la europea, tan limitada por aquel entonces, consiguiéndose el alivio o incluso la curación de algunas enfermedades infecciosas, como el llamado mal francés, por ejemplo.

Medicina indígena

Uno de los productos indianos más valiosos era la uña del beorí o tapir americano, animal conocido por los españoles desde fechas tempranas –ya recogido por Mártir de Anglería– y que fue dibujado por Fernández de Oviedo jun-

380 Juan de Mal Lara, *Filosofía vulgar*, ed. Antonio Vilanova, Barcelona, Talleres de Gráficas Aymamí, 1958, I, p. 158.

to a otros ocho para acompañar su *Historia general y natural de las Indias*[381]. A la uña del tapir o 'gran bestia', apelativo que compartía con el alce, se le atribuían poderes curativos, concretamente en el tratamiento de la epilepsia o gota coral, como era conocida en tiempos de Lope. A falta de alces, el tapir vino a sustituirlo como remedio. Según las creencias de la época, el animal también sufría del mismo mal, pero conseguía atajar los ataques introduciendo su pezuña izquierda en la oreja del mismo lado, así que era frecuente reconocer a un epiléptico por la sortija de uña que guardaba en el bolsillo:

[CARDENIO]	Di, ¿en qué despertará? Mas muerta debe de estar.
VIRENO	Metámosle un alfiler por el brazo y volverá.
CARDENIO	¡Qué gentil sortija de uña!
VIRENO	Pues no te dé eso molestia, que harto tienes de gran bestia[382].

Si estimada era la uña de la 'gran bestia' –a pesar de su completa inutilidad–, más aún era el famoso palo indiano, alivio eficaz contra la sífilis o mal francés, que, junto a la peste bubónica, fue el mayor azote de la Humanidad durante los siglos XVI y XVII. En realidad, su verdadero nombre era guayacán o guayaco, un árbol conocido también como

381 La ilustración del tapir decora el libro XII, dedicado a los animales terrestres. La lista completa sería la siguiente: «[…] we now have copies of nine animals sketched by our author-artist: in addition of the iguana, we find his concept of the jaguar, the tapir, the anteater, the armadillo, the sloth, the opossum, the kinkajou, and the llama» (Turner, 1985: 33).

382 Lope de Vega, *La escolástica celosa*, en *Obras completas. Comedias, VII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 353.

lignum vitae (leño de vida), de ahí la denominación de 'palo indiano' o 'leño de las Indias':

> [LUZMÁN] Pues en llegando a las damas,
> no hay fea, no hay fiero o mostro
> que no curen más del rostro
> que de sus obras y famas.
> […]
> cuál lo enrubia si está cano,
> o por quererse alegrar,
> con jengibre de dorar,
> oro chico y palo indiano[383].

Para la curación de la sífilis, por otro nombre bubas, se hervía la corteza del guayaco y se le daban friegas al enfermo por todo el cuerpo varias veces al día[384]. Asimismo, se le obligaba a beber un té especial hecho con el palo indiano, que debía tomarse por la mañana y por la noche. Así nos consta en un tratado de medicina de la primera mitad del Quinientos[385]. Su

383 Lope de Vega, *El caballero del milagro*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 148-149.

384 Este masaje caliente era el que provocaba los sudores a los que aludía Cervantes en el comienzo de *El casamiento engañoso*: «[…] y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su rostro, mostraba bien claro que, aunque no era el tiempo muy caluroso, debía de haber sudado en veinte días todo el humor que quizá granjeó en una hora» (Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 49), 2001, p. 521).

385 «[…] en qualquier termino que esten [de la enfermedad] es muy bueno lauarse la cara & todas las partes que se pelan con el agua quarta del palo casto y beuella cada dia a la mañana & noche andando leuantados porque luego tornan a renacer. El que se curare con la cura vniuersal ningun beneficio otro ha menester; la cura vniuersal del palo tiene el principado» (Ruy Díaz de la Isla, *Tratado llamado Fruto de todos los autos contra el mal serpentino*, eds. María Teresa Herrera y María Estela González de Fauve, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1997, f. 10v).

introducción en España como remedio contra el mal francés tuvo que ser bien temprana, pues ya en *La lozana andaluza* (1528) se alaban sus propiedades sanadoras[386]. El cronista Fernández de Oviedo lo llama «palo santo», «cura universal» para el médico Díaz de la Isla y el padre Las Casas le confiere toda clase de aplicaciones salutíferas:

> […] los árboles y yerbas medicinales, señaladamente el palo de guayacán, que no sólo para el mal francés o de las bubas, pero para toda enfermedad que proceda de frío y humidad, y el árbol de que se hace el bálsamo artificial y otros infinitos que se cree haber de su naturaleza saludables, cosas más preciosas que margaritas ni oro ni plata ni plomo ni estaño[387].

Otro artículo valorado por sus efectos milagrosos era la piedra bezar o bezoar. No se trata de ninguna gema, sino de una concreción calculosa que se encuentra en el estómago, intestinos y vías urinarias de ciertos animales, sobre todo de los rumiantes. Hecha polvo o pasta y diluida en agua o vino, se le atribuían gran cantidad de beneficios para el cuerpo y

---

386 «Divicia En Nápoles comenzaron, porque también me hallé allí cuando dicién que habían enfecionado los vinos y las aguas. Los que las bebían luego se aplagaban, porque habían echado la sangre de los perros y de los leprosos en las cisternas y en las cubas, y fueron tan comunes y tan invisibles que nadie pudo pensar de adónde procedién. Munchos murieron, y como allí se declaró y se pegó, la gente que después vino d'España llamábanlo mal de Nápoles, y éste fue su principio, y este año de veinte y cuatro son treinta y seis años que comenzó. Ya comienza a aplacarse con el leño de las Indias Ocidentales. Cuando sean sesenta años que comenzó, alora cesará» (Francisco Delicado, *La lozana andaluza*, ed. Claude Allaigre, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 212), 1994, pp. 431-432).

387 Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria*, eds. Vidal Abril Castelló y otros, Madrid, Alianza, 1992, I, p. 336.

la mente[388], como la eliminación de piedras en el riñón, un efecto antidepresivo e incluso un antídoto contra toda clase de venenos. En *La tragedia del rey don Sebastián*, el médico descubre a tiempo un brebaje emponzoñado que pretendían pasar por hecho a base de bezar, es decir, para todo lo contrario, para prevenir cualquier envenenamiento:

[JEQUE]	¿Qué es esto?
ALMANZOR	Piedra bezar
	que hemos pedido a don Diego.
	Jacinto, coral y oro
	que así tomado potable
	hará eterno y perdurable
	tu nombre africano y moro.
[…]	
JEQUE	Oh, señor doctor, bebía
	Esta bebida y decía
	Para beberla, Jesú.
MÉDICO	¿Quién se la da y de qué es hecha?
JEQUE	De jacinto, oro y bezar.
MÉDICO	Pues eso no ha de tomar[389].

Entre todas sus aplicaciones, sería por esta última –la de potente antídoto– por la que se haría célebre a ambas orillas del Mar Tenebroso. Tan convencidos estaban de su éxito,

388 Para saber más sobre los usos de la piedra bezar, véase la extensa y erudita nota que le dedica Diego Barros Arana en su *Historia general de Chile* (1999: 180, n. 34).

389 Lope de Vega, *La tragedia del rey don Sebastián*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 496.

que abundan los cuentecillos o anécdotas que daban fe de la protección segura del bezar[390].

Joyas, esencias y perfumes

Otros productos indianos con una fuerte demanda en los puertos europeos eran los relacionados con la belleza femenina: afeites, tintes, jabones, etc. Como sucedía con los remedios medicinales, muchos de aquellos artículos tenían beneficios más que dudosos para la piel o el cabello de las mujeres, pero la moda mandaba y había pocas que se resistieran a usar género tan exótico. La venta de aquella mercancía tan popular, pero a la vez íntima, se solía realizar de manera privada, ambulante, casa a casa. En la mayoría de las ocasiones, era en la cesta de aquellas viejas alcahuetas, perdición de la honra de tantas, donde la mujer podía escoger lo que más necesitaba sin que la vecina de al lado supiera qué compraba o cuál era el secreto de su atractivo. Aquellos intercambios comerciales, aceptados de mala gana por padres, hermanos y maridos, era el momento que se aprovechaba para el intercambio de billetes o regalos entre los amantes, y de cuya ter-

390 «No pocos han dudado si estas piedras bezares del Perú tienen tanta virtud contra los venenos y otros males, como dellas la fama pública; para lo cual me pareció poner aquí una experiencia que hizo el conde de la Gomera, siendo en este reino gobernador de la provincia de Chucuito por los años de 1610, y fué, que tomó dos pollos iguales y dió a comer a cada uno igual cantidad de solimán, y luego al uno dellos hizo beber unos polvos de piedra bezar, de los cuales vivió éste y murió luego el otro á quien no se dió el antídoto. Por la cual experiencia se muestra bien cuán cierta sea la virtud destas piedras bezares; las cuales, siendo buenas, sirven á todos los antídotos contra veneno, así de picaduras de víboras, como de otros animales, y contra el tabardillo y landres» (Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, ed. Francisco Mateos, Madrid, Atlas, 1956, p. 130).

cería las celestinas se sacaban un dinero nada despreciable. Las comedias barrocas, y por supuesto las de Lope, están salpicadas de aquellas visitas, poderosos desencadenantes de la acción dramática –véase *El caballero de Olmedo* o *La bella malmaridada*, por ejemplo–.

Precisamente, en *La bella malmaridada*, la vieja Dorotea va a ver a Lisbella con la excusa de venderle toda clase de productos de adorno, belleza e higiene, aunque su verdadera intención es pasarle un mensaje del conde:

DOROTEA Traigo lindas aguas claras
para el rostro y bellas mudas,
y si del efecto dudas,
son peregrinas y raras,
de alcanfor de Lima y lirio,
de azucena y hiel de vaca,
que cada cual la tez saca
limpia y blanca como un cirio
[…]
traigo aceite de cristal
que es rico para los dientes,
y otros polvos diferentes
de drago, río y coral,
[…]
traigo emplastos, tacamaca,
laraña, añime, menjuí[391].

En este largo inventario de cosméticos encontramos más de uno procedente del continente americano, como el «alcanfor de Lima», que era una goma que se utilizaba para blanquear la piel del rostro. Otro, en realidad originario de

391 Lope de Vega, *La bella malmaridada*, ed. Christian Andrès, Madrid, Castalia (Clásicos Madrileños, 24), 2001, pp. 120-123.

las islas Canarias, aunque abundante en el Nuevo Mundo, era el «polvo de drago», una resina que se sacaba del árbol del mismo nombre y que se utilizaba para la limpieza y blanqueo de los dientes. Esta vez no por moda caprichosa, sino por prescripción facultativa, pues así consta en la obra del médico, soldado y sacerdote Francisco Martínez de Castrillo (1520-1580?), quien escribiera el segundo tratado de odontología más antiguo del mundo[392].

Al final de la lista se relatan algunas resinas de propiedades diversas, como la «tacamaca», que se creía eficaz contra la jaqueca[393], la «caraña» –que no 'laraña'[394]–, que era la goma

392 La resina al contacto con el aire se volvía roja, de ahí que fuera conocida como 'sangre de drago': «[…] será bien y aun necessario a muchos [dientes] limpiallos, dos o tres vezes en el mes, con essos poluos comunes que ay, como es piedra pomez, sangre de Drago, coral, y açucar piedra, todo subtilissimamente molido» (Francisco Martínez de Castrillo, *Tratado breve sobre la maravillosa obra de la boca*, eds. María Teresa Herrera y María Estela González de Fauve, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1997, ff. 128v-129r).

Ya fuera del teatro, pero dentro de la producción del primer Lope, el poeta madrileño hace un juego de palabras, tan del gusto barroco, entre la sangre del drago y la del pirata Drake, el dragón de los océanos. En el canto VIII de *La Dragontea*, el general Suárez de Amaya anima a sus cien soldados a resistir mil ingleses con estas palabras:

Mirad del templo el lamentable estrago
que el rápido furor sin duda ha hecho.
Hagamos con la sangre de este Drago
blancos los dientes y contento el pecho (Lope de Vega, *La Dragontea*, ed. Antonio Sánchez Jiménez, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 608), 2007, p. 452).

393 La tacamaca era una resina que se sacaba de un árbol homónimo de las Indias, de cuya madera los indios fabricaban sus canoas. La goma se vendía hecha pastillas pequeñas envueltas en papel, 'parches de tacamaca', que se echaban en brasas encendidas para sahumar el ambiente y poder así aspirar el humo salutífero.

394 Creemos que se trataría de una mala lectura del editor, pues el vocablo 'laraña' nunca fue recogido en diccionario alguno.

de otro árbol indiano que se empleaba para ayudar al parto o tratar lesiones musculares, como esguinces de tobillo[395], y el «anime» –que no 'añime'[396]–, que servía para perfumarse la cabeza[397]. Por último, el aceite aromático de «menjuí», forma corrompida de benjuí –ben judaico–, era originario de Judea y no de las Indias occidentales[398].

---

395 «[…] y lo mismo acontece conueliendose el musculo del lado hazia donde el pie se tuerce, en los quales caso deue remitirse el remediarlos a Medico docto que como perlesia los cure. Para lo qual es necessario poner cuydado en resoluer lo humido que causa aquella floxedad, aplicando a la parte un emplasto de miga de pan tostado, mojandolo en vino de cozimiento de palo, saluia, y con el çumo de la misma saluia, y mançanilla, romero, y cantuesso, y con medicinas semejantes: o hazer vn encerado con caraña, y azeyte de menjuy» (Luis Mercado, *Instituciones algebristas*, ed. María Isabel Montoya, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995, f. 20r).

396 No entendemos por qué el editor deja sin corregir la lectura del texto lopesco, si a continuación abre una nota para explicar el término correcto 'anime'.

397 Esta resina ya se podía encontrar en el Viejo Mundo, pues procedía de Oriente, pero el hallazgo de otra muy similar en el Nuevo Mundo provocó que el nombre pasará a denominar a la sustancia americana, que acabaría por sustituir a la antigua en los mercados:

Y encontinente, en una torre alta de sus ídolos, que está allí junto a la plaza, pusieron muchos perfumes e sahumerios de unas gomas que hay en aquella tierra, que parescen mucho al anime, lo cual ellos ofrescen a sus ídolos en señal de victoria (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1992, IV, p. 133).

398 El aceite de menjuí se utilizaba para perfumar la casa o determinadas estancias: «Pevetes de olor para perfumar, una libra de menjuí, media d'estoraque, hecho todo polvo. Una ochava de almizque, e media de algalia, çinco onças de goma de gante remojada en agua rosada siete o ocho días, e colado. Nueve onças de carbón de sauz molido e çernido. Juntar todas estas cosas e massarlas con la dicha goma de gante. Y como sean massadas, hazer pevetes de la massa y secarlos a do no les dé el sol» (Anónimo, *Manual de mugeres en el qual se contienen muchas y diversas reçeutas muy buenas*, ed. Alicia Martínez Crespo, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1995, p. 53).

No obstante, uno de los perfumes más exquisitos era el ámbar gris –no confundir con la resina fosilizada amarillenta–. Una secreción biliar del cachalote que tras meses de oxidación se solidifica en una sustancia cerosa, oscura y de olor dulce. Aunque por su origen animal se podía hallar en diferentes lugares del globo, el ámbar gris de las Bahamas era uno de los más apreciados. Su altísimo valor lo reservaba para el bolsillo de las clases privilegiadas, que se servían de usos a cada cual más extraño, como el adobo de guantes de piel:

[TRISTÁN] Mal huele por esta parte.
FELICIANO ¿Qué es esto, Tristán?
TRISTÁN No sé;
olor es y no ámbar gris.
Besé al uso de París.
¡Oh, falsa paz!
FELICIANO Guerra fue[399].

No sólo era un perfume. Si el ámbar gris era puesto al sol por un tiempo, convenientemente moldeado y unido en cuentas, se podía vender como piedra preciosa, una joya que también alcanzaba un precio desorbitado en el Viejo Mundo. En *Las ferias de Madrid*, las damas se aprovechan de los galanes incautos, dejando que ellos paguen por regalos y deleites:

EUGENIA ¿Esto es ámbar?
GUILLERMO Ámbar gris.
EUGENIA ¡Buena sarta! Al fin me agrada[400].

399 Lope de Vega, *La francesilla*, en *Obras completas. Comedias, IV*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 761.

400 Lope de Vega, *Las ferias de Madrid*, en *Obras completas. Comedias, II*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 370.

En cambio, el llamado ámbar negro era algo bien distinto. No era otra cosa que azabache, una variedad de lignito. Si bien se podía conseguir en la Nueva España, era un fósil de uso orfebre antiguo, de etimología árabe y que incluso se ha encontrado en yacimientos neolíticos. En tiempos de Lope, era famoso el azabache asturiano:

> [BELARDA] Que no hay en todo París,
> ni en toda España ni Italia
> tan bello almizcle y algalia,
> ámbar negro y ámbar gris[401].

Durante siglos, las joyas americanas fueron una porción importante del comercio de lujo con las Indias, pero sólo eso, una parte. A la Península llegaba toda clase de mercancías para dar boato a la casa o al vestido de los más ricos, desde pieles hasta frutas exóticas.

Otros artículos de lujo

Un producto mencionado por Lope en sus primeras comedias es la denominada «colcha indiana», un arte ancestral realizado en el México precolombino para el lecho de reyes y grandes caciques. En *Los comendadores de Córdoba*, doña Beatriz la saca para engalanar la cama para su amante:

> [BEATRIZ] Perfuma esta cuadra toda,
> echa aquella colcha indiana.
> Hoy es, amiga doña Ana,
> nuestro desposorio y boda[402].

401 Lope de Vega, *El leal criado*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 449.

402 Lope de Vega, *Los comendadores de Córdoba*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 1263.

Una colcha de las Indias fue uno de los objetos personales más preciados del Emperador y que se llevaría a su retiro del monasterio de Yuste[403]. Incluso cuenta la leyenda que fue bajo aquella colcha de plumas donde exhaló su aliento postrero Carlos V, el único Emperador del Viejo y del Nuevo Mundo.

América en España: la parte por el todo

A lo largo de este estudio, hemos intentado poner de manifiesto el proceso intenso de interculturalidad que la gesta del Descubrimiento desencadenó en España primero, y en Europa inmediatamente después, –sin olvidarnos de la propia América, claro está–. Quizás no haya habido noticia que cambiara el curso de la Historia como el grito de Rodrigo de Triana aquel 12 de octubre de 1492. Extender los límites cartográficos conllevó asimismo la apertura mental del hombre común, que, impulsada por el pensamiento humanista, dejó de ver, pensar y decidir con la línea estrecha del horizonte como punto de referencia. La cosmovisión tradicional europea se vio pronto herida de muerte, pues en el momento que se cambiaba la perspectiva, todas las medidas físicas y espirituales quedaban trastocadas, dejaban de tener validez. Conceptos o dicotomías como lejos/cerca, nuevo/antiguo y civilización/barbarie, por ejemplo, quedaron totalmente renovados. Como si existiera una nueva balanza para pesar el mundo.

---

403 «Carlos V tenía en su dormitorio de Yuste –según los inventarios a los que hace referencia María Paz Aguiló Alonso– 'una colcha de pluma de las Indias'. Estas piezas causaron gran admiración ante los ojos españoles» (Litto Lecanda, 1999: 60). Véanse también las láminas de Sánchez-Ocaña (1958).

Si el impacto cultural en toda Europa fue poderoso, tanto más en la España de por aquel entonces –que es la que nos ocupa–, puerta de América y 'fundadora' –para lo bueno y lo malo– de la nueva realidad americana. Incluso para una sociedad tan cerrada en sí misma como la España de los Austrias, en un principio el Nuevo Mundo supuso una corriente de aire fresco en un ambiente tan gris, opresivo y desesperanzador como en el que se iba hundiendo aquel gigante con pies de barro. Lamentablemente, las esperanzas se fueron desvaneciendo con los años[404]. No obstante, las Indias se incorporaban no sólo a los mapas, sino también al imaginario colectivo, paso obligado antes de pasar a la poesía culta:

REY RAMIRO El alemán, el indio, el scita, el persa,
el chino, el de Etiopía, el de Polonia,
y todas las naciones, han de oírla,
y o ¿no soy rey?[405]

El continente americano entró a formar parte de la realidad peninsular como parte ajena, al menos en un principio, pero inseparable de una cotidianidad que ya no se contentaba con mirar el esplendor de las ciudades italianas o la opulencia de la campiña francesa. Tan español era ahora el indio como lo había sido el árabe. En bailes y mascaradas,

404 «Ante este panorama no parece razonable esperar alabanzas a la conquista americana, que además hacía ya tiempo que había dejado de ser una empresa militar para convertirse en una empresa comercial, sino más bien –como así sucedió– la continua condena del carácter mercantil que ésta había adquirido, que se haría patente sobre manera en una ciudad como Sevilla» (Cobos, 1997: 19).

405 Lope de Vega, *La campana de Aragón*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, p. 876.

los nobles comienzan a disfrazarse de caciques tanto como la moda de la época demandaba trajes de pastores o moriscos para semejantes ocasiones:

DON LUIS Bien le pudiera dar su gallardía.
De negro y oro, entró luego el de Almada
y el de Vargas, indiano a lo cacique[406].

El mundo conocido se había dilatado con los viajes de Cristóbal Colón y continuaba ensanchándose con cada jornada de navegación o conquista. La Monarquía Hispánica comprendía vastos territorios que hacían que el norte y el sur se tocaran, así como el este y el oeste, no dejando que el día se pusiera en los dominios de Felipe II, el auténtico 'Rey Sol'. En el *Arauco domado*, los indios reconocen la inmensidad del Imperio español, desde el norte flamenco hasta el sur chileno:

[RENGO] No es sujetarse a cristianos
bajeza, si ellos son tales,
que han llegado por sus manos,
donde sus septentrionales
montes, a nuestros indianos[407].

Ya a finales del Quinientos, el español tenía la plena conciencia de encontrarse entre dos mundos, con el océano Atlántico como frontera natural. Tanto es así que Felipe IV

406 Lope de Vega, *El padrino desposado*, en *Obras completas. Comedias, VI*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 716-717.

407 Lope de Vega, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 796.

(1621-1665), nieto de Felipe II, fue llamado 'Señor de los Dos Mundos' y 'Rey Planeta'. En *El asalto de Mastrique por el príncipe de Parma*, su gobernador se resiste a ceder la plaza fuerte, quejándose de la ambición del rey de España, que ya tiene todo un mundo a sus pies:

> [GOBERNADOR] yo he de tener a Mastrique
> por quien en Mastrique estoy.
> Perdona España, pues tiene
> Indias; esta plaza es mía[408].

Uno de los lugares donde mejor se podía apreciar la inmersión de América en España y viceversa, era el idioma y por extensión, la literatura. En un proceso lento, arduo, pero imparable, la poesía culta fue asimilando poco a poco un número creciente de vocablos nuevos, muchos de ellos procedentes de las diferentes lenguas indígenas, que se incorporaron al sistema lingüístico en ambos niveles –oral y escrito–, es decir, en el día a día y en la literatura (con las comedias del Fénix como ejemplo). Décadas habían pasado desde que Cortés conquistara la Nueva España o Pizarro pidiera un rescate por el emperador inca, por lo que los poetas, desembarazados de la venda molesta de la inmediatez, podían incorporar a sus versos el relato de las grandes hazañas o la denuncia de las consecuencias nefastas de la política imperial en el Nuevo Mundo:

> Higinio Capote atribuía la escasez de menciones del Nuevo Mundo en la poesía de la época del emperador Car-

408 Lope de Vega, *El asalto de Mastrique por el príncipe de Parma*, ed. Enrico di Pastena, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Giuliani, Lérida, Milenio, 2002, I, p. 341.

> los V, tan rica en hazañas y expediciones, a la falta de ese mínimo de perspectiva que casi siempre exige el arte. En la misma línea, Hugo Montes sostiene que era necesario aguardar hasta que se formaran los lugares comunes de los que vive la lírica[409].

Sin embargo, sería injusto negarlo, este rejuvenecimiento de la lengua con ideas, tópicos y lugares comunes no hubiera sido posible sin la labor de los cronistas, hombres a caballo entre el novelista y el historiador, que difundieron hechos y mitos a partes iguales, por aquella necesidad de la época de explicar lo desconocido a través de una autoridad clásica[410]. Y decimos a mitad de camino entre la historia y la mitología, porque, al fin y al cabo, en la misma Antigüedad muchas leyendas habían pasado del mito al *logos* gracias a pensadores de la talla de Aristóteles, Pomponio Mela y Plinio, por ejemplo, que reflexionaron sobre la existencia de animales fabulosos.

La moderna retórica de los amantes

Aquel «nuevo instrumental retórico», que diría Morínigo[411], se haría presente en muchos usos, ámbitos y géneros, aunque en ningún otro espacio quedaría mejor expresado como en la lírica. Las alusiones a América rara vez pasaban de ser elementos ornamentales, pero adquirieron un valor, efecto e importancia insospechadas. La renovación de las fórmulas retóricas, a la que ya aludimos de manera sucin-

---

409 Cobos, 1997: 19.

410 El trasfondo grecolatino en una parte importante de los mitos americanos ha sido estudiado de manera erudita por Juan Gil (1989).

411 Morínigo, 1946: 247-252.

ta en capítulos precedentes[412], también alcanzó al lenguaje de los amantes, dominado hasta entonces por la poética petrarquista. Las imágenes y metáforas a base de productos suntuarios de las Indias fue uno de los procedimientos más socorridos para remozarla, al menos en cierta medida. Bien es cierto que tampoco podemos llamarnos a engaño, en líneas generales la imaginería tradicional resistió el envite, pero de manera paulatina se fueron añadiendo elementos ajenos a aquella concepción medieval-caballeresca del amor, que perduraría hasta bien entrado el siglo XVII. La novedad de aquellas imágenes indianas venía a cubrir una necesidad que los poetas barrocos en particular se esforzaron por conseguir: la renovación de la lengua poética amorosa[413]. Así, en *La fuerza lastimosa*, la amada, a la que se estima por encima de todas las cosas, es comparada con unas Indias, ya que no existe nada más valioso:

> [ENRIQUE] Cargada va de tesoro;
> Indias fue mi amor, que, en fin,
> dél traje esa plata y oro[414].

La comparación de la dama con unas Indias fue un lugar común en aquella reformulación retórica. Ella no sólo vivía en el alma de su enamorado, sino que representaba el bien último, la posesión más preciada, el mayor

412 Cfr. el capítulo INDIAS, TIERRA FABULOSA.

413 «Parte de la herencia petrarquesca fueron unas imágenes poéticas sistematizadas: el cabello de la dama es oro; la frente, azucena; los ojos, soles; los labios, corales. Iban enterándose los poetas barrocos de que se había agotado esta mina de imágenes» (Wardropper, 1985: 208).

414 Lope de Vega, *La fuerza lastimosa*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 375.

de los tesoros. Por lo tanto, no nos puede sorprender que su llegada se esperara con los nervios, angustia e incertidumbre con los que se aguardaba el oro de la Armada de Indias:

[CONDE] ¿Pasó ya la nave indiana
la barra, y, tomando puerto,
vino el tesoro encubierto,
burlando la envidia vana?[415]

Incluso en planos distintos, dentro de un sentido irónico o paródico, se advierte la presencia indiana en aquellas metáforas de cuño reciente. En la descripción física de una mujer, la rosa, el coral y la azucena comienzan a entremezclarse con los símbolos del Nuevo Mundo, como la plata y la patata, por ejemplo:

[CASTRUCHO] Tierna como una patata,
más colorada que rosa,
más que el azúcar, sabrosa,
y más limpia que la plata[416].

En este pasaje, el dramaturgo se mofa de aquellas metáforas que él mismo había ayudado a consolidar. No fue el único. Otros poetas como Góngora o Quevedo también ridiculizaron el uso de la nueva retórica amorosa –que ellos

415 Lope de Vega, *El padrino desposado*, en *Obras completas. Comedias, VI*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 772.

416 Lope de Vega, *El galán Castrucho*, ed. Julián Molina, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Giuliani, Lérida, Milenio, 2002, III, p. 1137.

habían impulsado con sus versos[417]–. No creemos que sea un cambio de opinión o un súbito arrepentimiento, ni de Lope ni de los otros, sino una reacción burlesca contra el abuso de estas imágenes, convertidas ya en tópicos, que es lo que parece denunciarse.

América en la calle: frases, apodos y expresiones populares

Si en la literatura la nueva realidad americana se abría paso con naturalidad, otro tanto sucedía en las calles y plazas de la metrópoli. Con el paso del tiempo, la gente de a pie comenzó a perder la extrañeza o desconfianza que le provocaba todo lo relacionado con las Indias, aceptándolas como elemento invisible de su cotidianidad. Así, surgen una gran cantidad de sentencias relacionadas con el Nuevo Mundo, pero utilizadas siempre en un contexto peninsular. Frases hechas tales como 'de aquí a Lima' o 'valer un Potosí' son sólo dos paradigmas dentro de la fértil imaginación popular, que fue pergeñando más y más expresiones. Al leer las comedias del primer Lope sale a la luz más de un ejemplo. En *Los españoles en Flandes*, la dama se ríe de las calzas coloridas, es decir, llena de manchas y remiendos, de uno de los soldados 'a lo gracioso':

BEATRIZ Pues dime, ¿hay de más colores
papagayo o chamariz,
que estas tus calzas y cuera?[418]

417 Para saber más sobre la adaptación de la nueva retórica a la poesía del Siglo de Oro, véanse las páginas de Cobos (1997: 153-189), donde no sólo se ejemplifica con poetas sevillanos, sino que se nos brinda un extenso panorama general.

418 Lope de Vega, *Los españoles en Flandes*, en *Obras completas. Comedias, XIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1997, p. 557.

En La *obediencia laureada*, al hablar de «más papos que una mona», el poeta madrileño juega con los múltiples significados de la palabra 'papo' y la edad de una dueña –«y ésta pasa de sesenta»–. Por un lado, 'papo' es la «parte abultada del animal entre la barba y el cuello»[419], o sea, lo que hoy en día conocemos como papada; y, por otro, en aquella época también se podía referir al hueco que formaba el pliegue de las tocas encima de las orejas[420], prenda que todavía se podía ver por aquel entonces. Si a todo lo anterior añadimos que a algunas especies de monos se les hincha el buche cuando chillan de enojo o contento, la vieja ama no sale muy bien parada:

> [GUARÍN] no hay más remedio que el ama,
> y ésta pasa de sesenta,
> con más papos que una mona[421].

Una expresión curiosa es la que el poeta madrileño utiliza en *Los torneos de Aragón*: «dejar entre el indio y el sacheo», que no volverá a nombrar en su obra dramática. Zaqueo o 'Zacheo', como también aparece escrito en el Siglo de Oro, es el recaudador de impuestos que, según el evangelio de San Lucas, se subió a un árbol para ver pasar a Jesús[422].

---

419 Definición del diccionario de la Real Academia.

420 *Papos*: «Eran ciertos huecos que se formaban en las tocas, los cuales cubrían las orejas, dichos por otros nombre bufos. Esto se ha ya desusado, salvo en algunas matronas que conservan el uso antiguo» (*Covarrubias*).

421 Lope de Vega, *La obediencia laureada*, en *Obras completas. Comedias, XIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1997, p. 619.

422 Lc 19, 1-10.

[DINARDO] Si el conde, que no creo
[…]
te ha dejado, cual dices, no es dejarte
entre el indio y sacheo,
sino en mitad de España[423].

Si bien Zaqueo (forma abreviada de Zacarías, 'el puro') es un personaje bíblico tratado con benevolencia, al que incluso Jesús le visita en su casa, aquí denota un claro sentido negativo. La significación de la frase estaría próxima a la actual «dejar a alguien entre la espada y la pared», es decir, en peligro.

Las Indias también calaron hondo en el mundo de la rufianesca. Tahúres, ladrones y sacamantecas crearon sus propios giros para describir la realidad en la que intentaban sobrevivir (a costa de los demás). En el lenguaje de germanías, un papagayo era aquél que colaboraba con la justicia[424], hablando más de lo conveniente:

ÁLVARO ¡Oh, mi señor papagayo,
de los más lindos que vi!
¿Cómo va de hablar?
CASTRUCHO Muy bien,
a servicio de los buenos[425].

En boca de los ladrones, sería una prueba más de que la asimilación de América en la realidad cotidiana alcanzó a

423 Lope de Vega, *Los torneos de Aragón*, en *Obras completas. Comedias, V*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, p. 593.

424 *Papagayo*: «Criado de la justicia o soplón» (*Tesoro de villanos*).

425 Lope de Vega, *El galán Castrucho*, ed. Julián Molina, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Giuliani, Lérida, Milenio, 2002, III, p. 1175.

todos los niveles de la sociedad, nobles y plebeyos, cultos e iletrados, ¿pero ocurrió lo mismo con Lope de Vega? A lo largo de estas páginas hemos venido señalando las huellas americanas en su primer teatro; sin embargo, faltaría por intentar vislumbrar si las Indias también formaban parte de su vida diaria, de sus propios pensamientos, de su mismo ser.

América en Lope

Para terminar, de nuevo, el hombre frente al autor. En este último epígrafe no quisiéramos romper el discurso sobre la separación tajante entre vida y literatura. Cualquier lector de este estudio sobre Lope, vistas las numerosas referencias a América en su teatro, se atrevería a proclamar que el Fénix consideraba al Nuevo Mundo como una realidad cercana –desde un punto de vista íntimo, se entiende–, pero estaría equiparando de manera peligrosa al escritor con su obra.

Por consiguiente, sería más oportuno buscar en otra clase de textos, los llamados paratextos[426], donde la voluntad del autor no tiene tanto el refugio que le proporcionan motivos, técnicas y argumentos literarios. No se trataría de

426 «Genette es, sin duda, el primero en proponer una terminología […] El paratexto remite a toda una serie de elementos que son responsabilidad del autor –paratexto autorial– y que suelen relacionarse con la edición –paratexto editorial–. […] La organización paratextual marca profundamente la retórica de la lectura y determina el contrato explícito que se instaura entre autor y texto, y texto y lector. En el paratexto, por otra parte, intervienen los códigos sociales y los propiamente textuales: se trata de una distribución que está a mitad de camino entre el mundo externo e interno del texto que, sin embargo, se impone estratégicamente como guía, medio y modo de leer. Su función esencial es orientar la lectura» (López Alonso y Séré, 2001: 27).

desnudar al hombre, pues en todo acto de escritura existe una intención clara de posteridad, de manera voluntaria o inconsciente, pero sí de dejar traslucir algunos pensamientos o valoraciones personales que a modo de versos sueltos enseñarían un poco de lo que se esconde detrás de la máscara.

En la dedicatoria de *La pobreza estimada*, dirigida a don Francisco de Borja, virrey del Perú, Lope tacha a los poetas culteranos de peligrosos ignorantes: «Esto hay [poetas culteranos] en el mundo de acá, harto mejor para el que V.E. gobierna, por la parte, digo, que hay indios bárbaros»[427]. En este caso, la comparación directa con los indios viene dada por una queja personal, casi a modo de confidencia, que el poeta madrileño confiesa al virrey, lo que denotaría una familiaridad en el uso del término. Poco más podríamos decir con los datos que disponemos. Hasta aquí llegamos con la presencia de América en el teatro del primer Lope de Vega. *Vale*.

427 Lope de Vega, *La pobreza estimada*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, p. 555.

Bibliografía citada

AGUIAR E SILVA, Vítor Manuel de, *Teoría de la literatura*, versión española de Valentín García Yebra, Madrid, Gredos, 1972.

ALCALÁ-ZAMORA, José N., ed., *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, Madrid, Temas de Hoy, 1999.

ALVA IXTLILXOCHITL, Fernando de, *Historia de la nación chichimeca*, ed. Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1985.

ALVAR, Manuel, *Americanismos en la "Historia" de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, Revista de Filología Española, 1970.

AMELANG, J., «The Purchase of Nobility in Castile, 1552-1700: A Comment», *Journal of European Economic History*, 11, 1982, pp. 219-226.

ARELLANO, Ignacio, «La imagen de las Indias y los puntos de vista en la escritura», en *Las Indias (América) en la literatura del Siglo de Oro. Homenaje a Jesús Cañedo*, ed. Ignacio Arellano, Kassel, Reichenberger, 1992, pp. 301-312.

ARGENSOLA, Lupercio Leonardo de, *Rimas*, ed. José Manuel Blecua, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, 173), 1972.

ARJONA, J. H., «Ten Plays Attributed to Lope de Vega», *Hispanic Review*, 28:4, 1960, pp. 319-340.

Autoridades= Diccionario de la lengua castellana, Madrid, Real Academia Española, 1726-1739, 6 vols.; reimp. facsimilar, Madrid, Gredos, 1964, 3 vols.

BARROS ARANA, Diego, *Historia general de Chile (tomo V)*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1999.

BENAVENTE, Fray Toribio de, *Historia de los indios de la Nueva España*, ed. Fidel Lejarza, Madrid, Atlas, 1970.

BERNAL RODRÍGUEZ, Manuel, «Nota sobre el influjo de la espiritualidad renacentista en la reprobación moral de la emigración a Indias: el camino del infierno», *Anuario de estudios americanos. Suplemento*, 49:2, 1992, pp. 3-9.

BETANZOS, Juan de, *Suma y narración de los incas*, ed. Mª. del Carmen Martín Rubio, Madrid, Atlas, 1987.

BETHELL, Leslie, *Historia de América latina*, Barcelona, Crítica, 1990.

BOER, Harm den, «Configuración de la persona en la poesía religiosa del XVII: Lope de Vega y Miguel de Barrios», en *Teoría del poema: la enunciación lírica*, eds. Fernando Cabo Aseguinolaza y Germán Gullón, Amsterdam, Rodopi, 1998, pp. 247-265.

BONIFACIO, Claudio, *Galeones con tesoros. ¿Dónde están hundidos? ¿Qué llevaban?*, Brenes, Muñoz Moya editores extremeños, 2007.

BRITO DÍAZ, Carlos, «Canarias y América: el mundo aborigen en dos piezas teatrales de Lope de Vega», en

América y el teatro español del Siglo de Oro. Actas del II Congreso Iberoamericano (Cádiz, 23 al 26 de octubre, 1996), coord. Concepción Reverte y Mercedes de los Reyes, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1998, pp. 409-422.

BUZINEB, Hossain, «La cuestión de la entrega de la alcazaba de Salé en el siglo XVII», en *Actas del II Coloquio Hispano-marroquí de ciencias históricas: "Historia, Ciencia y Sociedad"*, Madrid, Instituto de Cooperación con el mundo árabe, 1992, pp. 79-87.

—, «Plática en torno a la entrega de la alcazaba de Salé en el siglo XVII», *Al-Qantara*, 15, 1994, pp. 47-73.

CABALLERO, Judith, «En tela de juicio: el papel de la ropa en el descubrimiento de Colón», *Divergencias*, 4, 2006, pp. 37-44.

CAMPOS, Jorge, «Lope de Vega y el descubrimiento colombino», *Revista de Indias*, 10, 1949, pp. 731-754.

CANO NAVARRO, José, «Autoría de *La difunta pleiteada*: ¿Rojas Zorrilla o Lope de Vega?», en *Con Alonso Zamora Vicente. Actas del Congreso Internacional «La Lengua, la Academia, lo popular, los clásicos, los contemporáneos…»*, eds. Carmen Alemany Bay y otros, Alicante, Universidad de Alicante, 2003, 2 vols, II, pp. 465-475.

CANONICA-DE ROCHEMONTEIX, Elvezio, *El poliglotismo en el teatro de Lope de Vega*, Kassel, Reichenberger, 1991.

CANTALAPIEDRA, Fernando, *El teatro de Claramonte y La Estrella de Sevilla*, Kassel, Reichenberger, 1993.

CARBÓN, Damián, *El libro del arte de las comadres o madrinas*, eds. María Teresa Herrera y María Estela González de Fauve, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1997.

CAREY-WEBB, Allen, «Other-Fashioning: The Discourse of Empire and Nation in Lope de Vega's *El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón*», en *Amerindian Images and the Legacy of Columbus*, eds. René Jara y Nicholas Spadaccini, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992, pp. 425-451.

CARREÑO, Antonio, «De mi vida, Amarilis, os he escrito / lo que nunca pensé: la biografía lírica de Lope de Vega», *Anuario Lope de Vega*, 2, 1996, pp. 25-44.

CASAS, Fray Bartolomé de las, *Apologética historia sumaria*, eds. Vidal Abril Castelló y otros, Madrid, Alianza, 1992, 3 vols.

—, *Historia de las Indias*, ed. Paulino Castañeda Delgado, Madrid, Alianza, 1994.

CASAS RIGALL, Juan, «Razas humanas portentosas en las partidas remotas del mundo (de Benjamín de Tudela a Cristóbal Colón)», en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo románico*, coord. Rafael Beltrán Llavador, Valencia, Universidad de Valencia, 2002, pp. 253-290.

CASE, Thomas E., *Las dedicatorias de Partes XIII-XX de Lope de Vega*, Madrid, Castalia, 1975.

—, «El indio y el moro en las comedias de Lope de Vega», en *Looking at the Comedia in the Year of the Quincentennial*, eds. Bárbara Mújica, Shannon D. Voros et al., Lanham, University Press of America, 1993, pp. 13-21.

CASTILLO, Moisés R., «Lope de Vega, inventor de América: *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*», *Bulletin of the Comediantes*, 54:1, 2002, pp. 57-90.

—, «La honorable muerte de un bárbaro en *Arauco domado* de Lope de Vega», *Theatralia*, 6, 2004, pp. 49-76.

CASTRO, Américo, «Sobre lo precario de las relaciones entre España y las Indias», en *Cervantes y los casticismos españoles*, Barcelona, Alfaguara, 1966, pp. 313-338.

—, y RENNERT, Hugo A., *Vida de Lope de Vega (1562-1635)*, Salamanca, Anaya, 1968.

CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 50), 1998, 2 vols.

—, *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 49), 2001.

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, ed. Manuel Magallón, Madrid, Atlas, 1971, 2 vols.

CIEZA DE LEÓN, Pedro, *La Crónica del Perú*, en *Historiadores primitivos de Indias*, ed. Enrique de Vedia, Madrid, Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, 26), 1862, pp. 354-458.

COBO, Bernabé, *Historia del Nuevo Mundo*, ed. Francisco Mateos, Madrid, Atlas, 1956.

COBOS, Mercedes, *Las Indias occidentales en la poesía sevillana del Siglo de Oro*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1997.

COLÓN, Cristóbal, *Diario de a bordo*, ed. Luis Arranz Márquez, Madrid, Historia 16, 1991.

—, *Textos y documentos completos. Nuevas cartas*, eds. Consuelo Varela y Juan Gil, Madrid, Alianza Universidad, 1992.

CORNEJO, Manuel, «Sevilla: puerto y puerta de las Indias. El motivo de la indianización y su papel en las comedias sevillanas de Lope de Vega», *Teatro. Revista de Estudios Teatrales*, 15, 2001, pp. 147-180.

COROMINAS, Juan M., «Las fuentes literarias del *Arauco domado* de Lope de Vega», en *Lope de Vega y los orígenes del teatro español*, ed. Manuel Criado del Val, Madrid, Edi-6, 1981, pp. 161-170.

CORREAS, Gonzalo, *Arte de la lengua española castellana*, ed. Emilio Alarcos García, Madrid, CSIC, 1954.

COVARRUBIAS, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Felipe C. R. Maldonado, Madrid, Castalia, 1995.

DELICADO, Francisco, *La lozana andaluza*, ed. Claude Allaigre, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 212), 1994.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, ed. Carmelo Sáenz de Santa María, Barcelona, Sopena, 1970.

DÍAZ DE LA ISLA, Ruy, *Tratado llamado Fruto de todos los autos contra el mal serpentino*, eds. María Teresa Herrera y María Estela González de Fauve, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1997.

DILLE, Glen F., «El descubrimiento y la conquista de América en la *comedia*», *Hispania*, 71, 1988, pp. 492-502.

DIXON, Victor, «Lope de Vega, Chile and a Propaganda Campaign», *Bulletin of Hispanic Studies*, 70, 1993, pp. 79-95.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, «Comercio y blasones. Concesión de hábitos de las órdenes militares a miembros del Consulado de Sevilla en el siglo XVII», *Anuario de Estudios Americanos*, 33, 1976, pp. 217-256.

DURAND, José, «Caupolicán, clave historial y épica de *La Araucana*», *Revue de littérature comparée*, 52, 1978, pp. 367-389.

EGIDO, Aurora, «La Fénix y el Fénix. En el nombre de Lope», en *Otro Lope no ha de haber. Atti del convegno internazionale su Lope de Vega. 10-13 febbraio 1999*, ed. María Grazia Profeti, Florencia, Alinea, 2000, I, pp. 11-49.

ELLIOT, John H., *El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)*, Madrid, Alianza, 1984.

ERCILLA, Alonso de, *La Araucana*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 359), 1993.

ESPINEL, Vicente, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, ed. María Soledad Carrasco, Urgoiti, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 45-46), 1972, 2 vols.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1992, 5 vols.

FLORES MOSCOSO, Ángeles, «Entretenidos en la armada de la carrera de las Indias en el siglo XVII», *Anuario de estudios americanos*, 38, 1981, pp. 117-145.

FROLDI, Rinaldo, *Lope de Vega y la formación de la comedia. En torno a la tradición dramática valenciana y al primer teatro de Lope*, Salamanca, Anaya, 1973.

GARELLI, Patrizia, «Lope de Vega y la conquista de América; teatro y opinión pública», en *Teoría y realidad en el teatro español del siglo XVII. La influencia italiana. Actas del I Coloquio Interdisciplinar (Roma, 16 al 19 de noviembre, 1978)*, coord. Francisco Ramos Ortega, Roma, Instituto Español de Cultura de Roma, 1981, pp. 289-296.

GARZÓN PAREJA, «El 'riesgo' en el comercio de Indias», *Revista de Indias*, 35, 1975, pp. 187-228.

GIL, Juan, *Mitos y utopías del Descubrimiento*, Madrid, Alianza, 1989, 3 vols.

GILMAN, Stephen, «Lope, dramaturgo de la historia», en *Del Arcipreste de Hita a Pedro Salinas*, eds. Francisco Márquez Villanueva y Claudio Guillén, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, pp. 273-280.

GÓNGORA, Luis de, *Soledades*, ed. John Beverley, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 102), 1998.

GONZÁLEZ-BARRERA, Julián, «Alteraciones y naufragios: una hipótesis para la fecha de *Los locos de Valencia* de Lope de Vega», *Monteagudo*, 13, 2008, pp. 105-115.

GONZÁLEZ NAJERA, Alonso, *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, ed. José Toribio Medina, Santiago de Chile, Imprenta Ercilla, 1889.

GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL, María, *La difunta pleiteada: estudio de literatura comparativa*, Madrid, Victoriano Suárez, 1909.

GRACIÁN, Baltasar de, *Obras completas*, ed. Arturo del Hoyo, Madrid, Aguilar, 1967.

GRANJA, Agustín de la, «Entre gitanas y astrónomos: nota para las dos primeras consultas de la *Lonja de investigadores*», *Criticón*, 47, 1989, pp. 151-160.

GREENBLATT, Stephen, *Renaissance Self-Fashioning from More to Shakespeare*, Chicago, University of Chicago Press, 1980.

GREENE, Thomas, «The Flexibility of the Self in Renaissance Literature», en *The Disciplines of Criticism. Essays in Literary Theory, Interpretation, and History*, eds. Peter Demetz, Thomas Greene y Lowry Nelson Jr., New Haven, Yale University Press, 1968, pp. 241-264.

GRIMAL, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, 2001.

GUEVARA, Fray Antonio de, *Epístolas familiares*, en *Obras completas, III*, ed. Emilio Blanco, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 2004.

HALSTEAD, Frank G., «The Attitude of Lope de Vega toward Astrology and Astronomy», *Hispanic Review*, 7, julio: 1939, pp. 205-219.

HAMILTON, John W., «Las relaciones personales de Lope de Vega con el Nuevo Mundo», *Romance Notes*, 8, 1967, pp. 260-265.

HERRERA, Fernando de, *Poesía castellana original completa*, ed. Cristóbal Cuevas, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 219), 1997.

HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio, *Descripción de las Indias Occidentales*, ed. Antonio Ballesteros Beretta, Madrid, Real Academia de la Historia, 1934.

HERRERO GARCÍA, Miguel, *Ideas de los españoles en el siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1966.

IWASAKI CAUTI, Fernando, «La primera navegación transpacífica entre Perú y Filipinas y su trasfondo socioeconómico», *Anuario de estudios americanos*, 47, 1990, pp. 123-169.

JEREZ, Francisco de, *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla*, en *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987, pp. 119-252.

KIRSCHNER, Teresa J., *Técnicas de representación en Lope de Vega*, Londres, Tamesis Books, 1998.

KONETZKE, Richard, «El mestizaje y su importancia en el desarrollo de la población hispanoamericana durante la época colonial», *Revista de Indias*, 7, 1946, pp. 7-44 y 215-237.

LANOT, Jean Raymond, y VITSE, Marc, «Eléments por une théorie du *figurón*», *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 27, 1976, pp. 189-213.

LAPESA, Rafael, *Páginas escogidas. Estudios lingüísticos, literarios y estilísticos, 2*, Valencia, Universidad de Valencia, 1987.

Las mil noches y una noche, ed. J. C. Mardrus, Madrid, Cátedra, 2007, 2 vols.

LAUER, Robert A., «Caupolicán's Bath in Pedro de Oña's *Arauco domado* and Its Dramatic Treatment in the Spanish *Comedia* of the Golden Age, with Special Reference to Ricardo de Turia's *La belígera española*, Lope de Vega's *El Arauco domado*, and Francisco de González Bustos's *Los españoles en Chile*», en *Homenaje a José Durand*, ed. Luis Cortest, Madrid, Verbum, 1993, pp. 100-112.

LEAVITT, Sturgis E., *The Estrella de Sevilla and Claramonte*, Cambridge, Harvard University Press, 1931.

LEÓN, Fray Luis de, *Poesías completas*, ed. Cristóbal Cuevas, Madrid, Castalia, 2000.

LEÓN AZCÁRATE, Juan Luis de, «*El tratado sobre el origen de los indios del Nuevo Mundo* de Diego Andrés Rocha (1681): un ejemplo de manipulación política de la Biblia», *Religión y Cultura*, 228, 2004, pp. 93-118.

LEONARD, Irving A., *Los libros del conquistador*, trad. Mario Monteforte, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

LITTO LECANDA, Lilia del, *El revestimiento de lo sagrado: La obra del bordador Marcus Maestre en Tepotzotlán*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1999.

LÓPEZ ALONSO, Covadonga, y SÉRÉ, Arlette, *La lectura en lengua extranjera. El caso de las lenguas románicas*, Hamburgo, Buske Verlag, 2001.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, ed. Jorge Gurria Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

—, *Historia de la conquista de México*, ed. Jorge Gurria Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

LÓPEZ PINCIANO, Alonso, *Filosofía antigua poética*, ed. Alfredo Carballo Picazo, Madrid, CSIC, 1953, 2 vols.

LORENTE RODRÍGUEZ, Luis María, «El galeón de Manila», *Revista de Indias*, 5, 1944, pp. 105-120.

MAL LARA, Juan de, *Filosofía vulgar*, ed. Antonio Vilanova, Barcelona, Taller de Gráficas Aymamí, 1958, 4 vols.

Manual de mugeres en el qual se contienen muchas y diversas reçeutas muy buenas, ed. Alicia Martínez Crespo, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1995.

MANZANO MANZANO, Juan, *Colón y su secreto: el predescubrimiento*, Madrid, Cultura Hispánica, 1989.

MARAVALL, José Antonio, *Teatro y literatura en la sociedad barroca*, Barcelona, Crítica (Filología, 21), 1990 (1ª ed., 1972).

MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco, *Lope: vida y valores*, San Juan de Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1988.

MARTÍNEZ DE CASTRILLO, Francisco, *Tratado breve sobre la maravillosa obra de la boca*, eds. María Teresa Herrera y María Estela González de Fauve, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1997.

MARTÍNEZ DE ESPINAR, Alonso, *Arte de ballestería y montería*, Madrid, Blass, 1946.

MERCADO, Luis, *Instituciones algebristas*, ed. María Isabel Montoya, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995.

MEXÍA, Pedro, *Silva de varia lección*, ed. Antonio Castro, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 264 y 288), 1989-1990, 2 vols.

MINIÁN DE ALFIE, Raquel, «Las mujeres indias en la "Trilogía de los Pizarros" en Tirso de Molina», en *España en América y América en España. Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas*, eds. Luis Martínez Cuitiño y Élida Lois, Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Dr. Amado Alonso", 1993, 2 vols., II, pp. 687-693.

MIRAMÓN, Alberto, «El Nuevo Mundo en el universo dramático de Lope de Vega», *Revista de Indias*, 28, 1968, pp. 169-177.

MIRÓ QUESADA, Aurelio, *América en el teatro de Lope de Vega*, Lima, [s. e.], 1935.

MORÍNIGO, Marcos A., *América en el teatro de Lope de Vega*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1946.

—, «Indigenismos americanos en el léxico de Lope de Vega», *Revista nacional de cultura*, 84, 1951, pp. 72-95.

MORLEY, S. Griswold, *The Pseudonyms and Literary Disguises of Lope de Vega*, Los Angeles, University of California Press, 1951.

—, y BRUERTON, Courtney, *Cronología de las comedias de Lope de Vega. Con un examen de las atribuciones dudosas, basado todo ello en un estudio de su versificación estrófica*, Madrid, Gredos, 1968.

NUEZ, Sebastián de la, «América en una obra dramática de Lope de Vega», en *Teatro del Siglo de Oro. Homenaje a*

Alberto Navarro González, Kassel, Reichenberger, 1990, pp. 455-486.

OLEZA, Joan, "Hipótesis sobre la génesis de la comedia barroca y la historia teatral del XVI", en Joan Oleza Simó, dir., *Teatros y prácticas escénicas, I. El Quinientos valenciano*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1984, pp. 9-41.

—, «Del primer Lope al *Arte nuevo*», en Lope de Vega, *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, ed. Donald McGrady, Barcelona, Crítica, 1999, pp. IX-LV.

PARKER, Geoffrey, *Felipe II*, Madrid, Alianza, 2004.

PEDRO, Valentín de, *América en las letras españolas del Siglo de Oro*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1954.

PÉREZ DE COLOSIA, María Isabel, y GIL SANJUÁN, Joaquín, «El tráfico de Málaga con las Indias en tiempos de Carlos I», *Revista de Indias*, 38, 1978, pp. 563-592.

PESSOA, Fernando, *Obra poética*, Rio de Janeiro, Aguilar, 1960.

PETRARCA, Francesco, *Cancionero*, ed. Jacobo Cortines, Madrid, Cátedra (Letras Universales, 121-122), 1999, 2 vols.

PICO DELLA MIRÁ NDOLA, Giovanni, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, en *Humanismo y Renacimiento*, selección Pedro R. Santidrián, Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 121-153.

PIKE, Ruth, «The Sevillian Nobility and Trade with the New World in the Sixteenth Century», *Business History Review*, 39, 1965, pp. 439-465.

POMA DE AYALA, Felipe Guamán, *El primer nueva corónica y buen gobierno*, eds. John V. Murra, Rolena Adorno y Jorge L. Arioste, Madrid, Historia 16, 1987, 4 vols.

PORTUONDO, Augusto A., *Diez comedias atribuidas a Lope de Vega: estudio de su autenticidad*, Charlottesville, Biblioteca Siglo de Oro, 1980.

POTTIER-NAVARRO, Huguette, «El concepto de americanismo léxico», *Revista de Filología Española*, 72: 3/4, 1992, pp. 297-312.

POUND, Ezra, *Literary Essays of Ezra Pound*, ed. T. S. Eliot, Nueva York, New Directions, 1968 (1ª ed. 1954).

QUEVEDO, Francisco de, *Obras completas. Prosa*, ed. Felicidad Buendía, Madrid, Aguilar, 1961.

—, *Un Heráclito cristiano, Canta sola a Lisi y otros poemas*, eds. Lía Schwartz e Ignacio Arellano, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 62), 1998.

REICHENBERGER, Kurt, «América, las Indias y los indianos en el teatro del Siglo de Oro», en *Las Indias (América) en la literatura del Siglo de Oro. Homenaje a Jesús Cañedo*, ed. Ignacio Arellano, Kassel, Reichenberger, 1992, pp. 91-106.

RICO-AVELLÓ, Carlos, *Lope de Vega (flaquezas y dolencias)*, Madrid, Aguilar, 1973.

RODRÍGUEZ LÓPEZ-VÁZQUEZ, Alfredo, ed., Andrés de Claramonte, *La Estrella de Sevilla*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 337), 1991.

ROMERO, María Victoria, «Indigenismos en dos diccionarios españoles: Autoridades y Terreros», en *Las Indias (América) en la literatura del Siglo de Oro. Homenaje a Jesús Cañedo*, ed. Ignacio Arellano, Kassel, Reichenberger, 1992, pp. 265-283.

ROSE, Constance H., «El diablo vestido de plumas», en *América y el teatro español del Siglo de Oro. Actas del II Congreso Iberoamericano (Cádiz, 23 al 26 de octu-*

bre, 1996), coord. Concepción Reverte y Mercedes de los Reyes, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1998, pp. 471-480.

ROZAS, Juan Manuel, *Estudios sobre Lope de Vega*, ed. Jesús Cañas Murillo, Madrid, Cátedra, 1990.

RUANO DE LA HAZA, José María, «Las dudas de Caupolicán: *El Arauco domado* de Lope de Vega», *Theatralia*, 6, 2004, pp. 31-48.

RUIZ LÓPEZ, Hipólito, *Relación histórica del viaje a los reinos del Perú y Chile*, ed. Jaime Jaramillo-Arango, Madrid, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Matemáticas, 1952.

RUIZ RAMÓN, Francisco, «El héroe americano en Lope y Tirso: de la guerra de los hombres a la guerra de los dioses» en *El mundo del teatro español en su Siglo de Oro*, ed. José María Ruano de la Haza, Ottawa, Dovehouse Editions Canada, 1989, pp. 229-248.

—, *América en el teatro clásico español. Estudio y textos*, Pamplona, EUNSA, 1993.

SAHAGÚN, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. Juan Carlos Temprano, Madrid, Historia 16, 1990.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio, *Lope pintado por sí mismo. Mito e imagen del autor en la poesía de Lope de Vega Carpio*, Londres, Tamesis Books, 2006.

—, «Pedro de Oña y su *Arauco domado* (1596) en la obra poética de Lope de Vega: notas sobre el estilo de Lope entre el "taratantara" y las "barquillas"», *Hispanic Review*, 74:3, 2006, pp. 319-344.

SÁNCHEZ-OCAÑA Y LÓPEZ DE BERGÉS, Miguel, «Un recuerdo histórico: 'La colcha del Emperador'», *Hidalguía*, 6, 1958, pp. 365-368.

SCHWARTZ LERNER, Lía, «El motivo de la *Aurea Sacra Fames* en la sátira y la literatura moral del siglo XVII», en *Las Indias (América) en la literatura del Siglo de Oro. Homenaje a Jesús Cañedo*, ed. Ignacio Arellano, Kassel, Reichenberger, 1992, pp. 51-70.

SERÉS, Guillermo, *La transformación de los amantes. Imágenes del amor de la Antigüedad al Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1996.

SHANNON, Robert M., *Visions of the New World in the Drama of Lope de Vega*, New York, Peter Lang, 1989.

SIRERA TURÓ, Josep Lluís y CANET VALLÉS, José Luis, "Francisco Agustín Tárrega", en *Teatros y prácticas escénicas, II. La Comedia*, Londres, Tamesis Books Limited, 1986, pp. 105-131.

SOUFAS, Teresa S., «Rhetorical Appropriation: Lope's New World Play and Canonicity», *Hispanic Review*, 67:3, 1999, pp. 319-332.

SOUTO ALABARCE, Arturo, *Teatro indiano de los Siglos de Oro*, México, Trillas, 1988.

Tesoro de villanos= María Inés Chamorro, *Diccionario de germanía*, Barcelona, Herder, 2002.

THOMPSON, I. A. A., «The Purchase of Nobility in Castile, 1552-1700», *Journal of European Economic History*, 8, 1979, pp. 313-360.

TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América. La cuestión del otro*, Bogotá, Siglo XXI, 1987.

TRUMAN, R. W., «Lázaro de Tormes and the 'Homo Novus' tradition», *Modern Language Review*, 64:1, 1969, pp. 62-67.

TURNER, Daymond, «Forgotten Treasure from the Indies: The Illustrations and Drawings of Fernández de Oviedo», *Huntington Library Quarterly*, 48:1, 1985, pp. 1-46.

URTIAGA, Alfonso, *El indiano en la dramática de Tirso de Molina*, Madrid, Revista *Estudios*, 1965.

VAKIL, Abdoolkarim, «Representations of the 'Discoveries' and the Imaginary of the Nation in Portuguese Integralism», *Portuguese Studies*, 11, 1995, pp. 133-167.

VEGA, Lope de, *Adonis y Venus*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, pp. 547-572.

—, *Arauco domado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 749-848.

—, *La Arcadia*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 63), 1975.

—, *Arte nuevo de hacer comedias*, ed. Enrique García Santo-Tomás, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 585), 2006.

—, *El asalto de Mastrique por el príncipe de Parma*, ed. Enrico di Pastena, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Guiliani, Lérida, Milenio, 2002, 3 vols., I, pp. 289-411.

—, *Las Batuecas del duque de Alba*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 849-938.

—, *La bella malmaridada*, ed. Christian Andrès, Madrid, Castalia (Clásicos Madrileños, 24), 2001.

—, *La boda entre dos maridos*, ed. José Roso Díaz, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Guiliani, Lérida, Milenio, 2002, 3 vols., II, pp. 791-922.

—, *El caballero del milagro*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 141-241.

—, *La campana de Aragón*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, pp. 841-878.

—, *El castigo del discreto*, en *Obras completas. Comedias, VII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 201-306.

—, *El cerco de Santa Fe*, ed. Delmiro Antas, en *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, coord. Patrizia Campana, Luigi Guiliani, María Morrás y Gonzalo Pontón, Lérida, Milenio, 1997, 3 vols., I, pp. 459-557.

—, *Los comendadores de Córdoba*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, pp. 1233-1266.

—, *La dama boba*, ed. Diego Marín, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 50), 2000.

—, *El desposorio encubierto*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 453-550.

—, *La difunta pleiteada*, en *Obras de Lope de Vega. Nueva edición*, eds. E. Cotarelo y Mori (I-VIII, XII y XIII), A. González Palencia (IX), F. Ruiz Morcuende (X) y J. García Soriano (XI), Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Real Academia Española), 1916-1930, 13 vols, IV, pp. 543-581.

—, *La Dorotea*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 102), 1987.

—, *La Dragontea*, ed. Antonio Sánchez Jiménez, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 608), 2007.

—, *La escolástica celosa*, en *Obras completas. Comedias, VII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 307-393.

—, *Los españoles en Flandes*, en *Obras completas. Comedias, XIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1997, pp. 501-600.

—, *El favor agradecido*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 245-342.

—, *Las ferias de Madrid*, en *Obras completas. Comedias, II*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 355-456.

—, *La francesilla*, en *Obras completas. Comedias, IV*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 689-785.

—, *La fuerza lastimosa*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 305-415.

—, *El galán Castrucho*, ed. Julián Molina, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Guiliani, Lérida, Milenio, 2002, 3 vols., III, pp. 1085-1220.

—, *El galán escarmentado*, en *Obras completas. Comedias, IV*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 787-883.

—, *La hermosa Alfreda*, ed. Maria Alessandra Giovannini, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IX*, coord. Marco Presotto, Lérida, Milenio, 2007, 3 vols., II, pp. 929-1046.

—, *La imperial de Otón*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, pp. 573-602.

—, *La ingratitud vengada,* en *Obras completas. Comedias, III*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 739-825.

—, *Isidro*, en *Obras completas. Poesía, I*, ed. Antonio Carreño, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 2002, pp. 195-542.

—, *Laura perseguida*, ed. Silvia Iriso Ariz, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, coord. Luigi Guiliani, Lérida, Milenio, 2002, 3 vols., I, pp. 37-174.

—, *El leal criado*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 441-546.

—, *Los locos de Valencia,* ed. Héléne Tropé, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 277), 2003.

—, *El maestro de danzar*, en *Obras completas. Comedias, I*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 549-645.

—, *El mármol de Felisardo*, en *Obras completas. Comedias, IV*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 501-600.

—, *El marqués de Mantua*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, pp. 1471-1503.

—, *El molino*, en *Obras completas. Comedias, II*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 261-353.

—, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 921-1012.

—, *La obediencia laureada*, en *Obras completas. Comedias, XIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1997, pp. 601-697.

—, *El padrino desposado*, en *Obras completas. Comedias, VI*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 705-800.

—, *Los palacios de Galiana*, en *Obras completas. Comedias, VII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 395-493.

—, *La pastoral de Jacinto*, en *Obras completas. Comedias, VI*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 501-600.

—, *Las pérdidas del que juega*, en *Obras de Lope de Vega. Nueva edición*, eds. E. Cotarelo y Mori (I-VIII, XII y XIII), A. González Palencia (IX), F. Ruiz Morcuende (X) y J. García Soriano (XI), Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Real Academia Española), 1916-1930, 13 vols., VIII, pp. 429-458.

—, *El peregrino en su patria*, ed. Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 55), 1973.

—, *El perseguido*, eds. Silvia Iriso y María Morrás, en *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, coord. Patrizia Campana, Luigi Guiliani, María Morrás y Gonzalo Pontón, Lérida, Milenio, 1997, 3 vols., I, pp. 255-458.

—, *La pobreza estimada*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 551-655.

—, *El primer rey de Castilla*, en *Obras completas. Comedias, X*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 289-381.

—, *El rey Bamba*, ed. David Roas, en *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, coord. Patrizia Campana, Luigi Guiliani, María Morrás y Gonzalo Pontón, Lérida, Milenio, 1997, 3 vols., I, pp. 559-685.

—, *Roma abrasada*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 205-304.

—, *San Isidro, labrador de Madrid*, en *Obras escogidas*, ed. F. Sainz de Robles, México, Aguilar, 1991, 3 vols., III, pp. 357-388.

—, *La Santa Liga*, en *Obras completas. Comedias, X*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 475-565.

—, *El soldado amante*, en *Obras completas. Comedias, VI*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 405-500.

—, *El testimonio vengado*, en *Obras completas. Comedias, IX*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 97-179.

—, *Los torneos de Aragón*, en *Obras completas. Comedias, V*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 545-641.

—, *La tragedia del rey don Sebastián*, en *Obras completas. Comedias, VIII*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1994, pp. 417-517.

—, *El verdadero amante*, en *Obras completas. Comedias, II*, eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca, Madrid, Turner (Biblioteca Castro), 1993, pp. 83-173.

—, *La viuda valenciana*, ed. Teresa Ferrer, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 263), 2001.

VILLARINO, Edith, y FIADINO, Elsa, «La figura del indiano en obras breves del Siglo de Oro», en *España en América y América en España. Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas*, eds. Luis Martínez Cuitiño y Élida Lois, Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Dr. Amado Alonso", 1993, 2 vols., II, pp. 987-994.

WALDE, Lilian von der, «Indiano, simple embustero» en *Dramaturgia española y novohispana (siglos XVI-XVII)*, eds. Lilian von der Walde y Serafín González, México, Universidad Autónoma de México, 1993, pp. 149-160.

WARDROPPER, Bruce W., «La poesía religiosa del Siglo de Oro», *Edad de Oro*, 4, 1985, pp. 195-210.

WEINER, Jack, «La guerra y la paz espirituales en tres comedias de Lope de Vega», *Revista de Estudios Hispánicos*, 17:1, 1983, pp. 65-79.

WELLEK, René, *Concepts of criticism,* New Haven, Yale University Press, 1963.

—, *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*: tomo V, Crítica inglesa (1900-1950), Madrid, Gredos, 1988.

—, y WARREN, Austin, *Teoría literaria*, Madrid, Gredos, 1974.

ZABALETA, Juan de, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, ed. Cristóbal Cuevas García, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 130), 1983.

Cuadernos publicados

1. OSORIO TEJEDA, Nelson, *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 1, Alicante, Universidad de Alicante / Editorial Universidad de Santiago, 2000.
2. HACHIM LARA, Luis, *Tres estudios sobre el pensamiento crítico de la ilustración americana*, prólogo de Nelson Osorio, Cuadernos de América sin nombre, nº 2, Alicante, Universidad de Alicante / Editorial Universidad de Santiago, 2000.
3. MATAIX AZUAR, Remedios, *Para una teoría de la cultura: la expresión americana de José Lezama Lima*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 3, Alicante, Universidad de Alicante, 2000.
4. MENDIOLA OÑATE, Pedro, *Buenos Aires entre dos calles. Breve panorama de la vanguardia poética argentina*, prólogo de Remedios Mataix, Cuadernos de América sin nombre, nº 4, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.

5. GARCÍA IRLES, Mónica, *Recuperación mítica y mestizaje cultural en la obra de Gioconda Belli*, prólogo de Carmen Alemany, Cuadernos de América sin nombre, nº 5, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.
6. PASTOR, Brígida, *El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda: identidad femenina y otredad*, prólogo de Nara Araújo, Cuadernos de América sin nombre, nº 6, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.
7. VV.AA., *Desafíos de la ficción,* prólogo de Eduardo Becerra, Cuadernos de América sin nombre, nº 7, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.
8. VALERO JUAN, Eva Mª, *Rafael Altamira y la «reconquista espiritual» de América,* prólogo de Mª Ángeles Ayala, Cuadernos de América sin nombre, nº 8, Alicante, Universidad de Alicante, 2003.
9. ARACIL VARÓN, Mª Beatriz, *Abel Posse: de la crónica al mito de América,* prólogo de Carmen Alemany Bay, Cuadernos de América sin nombre, nº 9, Alicante, Universidad de Alicante, 2004.
10. PIZARRO, Ana, *El sur y los trópicos*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 10, Alicante, Universidad de Alicante, 2004.
11. PELOSI, Hebe Carmen, *Rafael Altamira y la Argentina,* prólogo de Miguel Ángel de Marco, Cuadernos de América sin nombre, nº 11, Alicante, Universidad de Alicante, 2005.
12. CABALLERO WANGÜEMERT, María, *Memoria, escritura, identidad nacional: Eugenio María de Hostos*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 12, Alicante, Universidad de Alicante, 2005.
13. ALEMANY BAY, Carmen, *Residencia en la poesía: poetas latinoamericanos del siglo XX,* prólogo de José Carlos

Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 13, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.

14. AYALA, María de los Ángeles, *Cartas inéditas de Rafael Altamira a Domingo Amunátegui Solar,* prólogo de Eva Mª Valero Juan, Cuadernos de América sin nombre, nº 14, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.
15. VV.AA., *Un diálogo americano: Modernismo brasileño y vanguardia uruguaya (1924-1932)*, prólogo de Pablo Rocca, Cuadernos de América sin nombre, nº 15, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.
16. CAMACHO DELGADO, José Manuel, *Magia y desencanto en la narrativa colombiana*, prólogo de Trinidad Barrera, Cuadernos de América sin nombre, nº 16, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.
17. LÓPEZ ALFONSO, Francisco José, *«Hablo, señores, de la libertad para todos» López Albújar y el indigenismo en el Perú*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 17, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.
18. PELLÚS PÉREZ, Elena, *Sobre las hazañas de Hernán Cortés: estudio y traducción*, prólogo de José Antonio Mazzotti, Cuadernos de América sin nombre, nº 18, Alicante, Universidad de Alicante, 2007.
19. GARCÍA PABÓN, Leonardo, *De Incas, Chaskañawis, Yanakunas y Chullas. Estudios sobre la novela mestiza en los Andes*, prólogo de Virginia Gil Amate, Cuadernos de América sin nombre, nº 19, Alicante, Universidad de Alicante, 2007.
20. ORTIZ GULLÉ GOYRI, Alejandro, *Cultura y política en el drama mexicano posrevolucionario (1920-1940)*, prólogo de Óscar Armando García Gutiérrez, Cuadernos de América sin nombre, nº 20, Alicante, Universidad de Alicante, 2007.

21. GNUTZMANN, Rita, *Novela y cuento del siglo XX en el Perú*, prólogo de José Morales Saravia, Cuadernos de América sin nombre, nº 21, Alicante, Universidad de Alicante, 2007.
22. SAN JOSÉ VÁZQUEZ, Eduardo, *Las luces del siglo. Ilustración y modernidad en el Caribe: la novela histórica hispanoamericana del siglo XX*, prólogo de Teodosio Fernández, Cuadernos de América sin nombre, nº 22, Alicante, Universidad de Alicante, 2008.

ISBN 978-84-86809-39-3

9 788486 809393

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante